

Rootwing Rainbow y las cuevas de Salamanca

Ismael. A. Moreno



Image not found.

Capítulo 1

"Para que triunfe el mal, sólo es necesario que los buenos no hagan nada."

Edmund Burke

(1729-1797), político y escritor irlandés

-LEHNDENS Y TIBBETS, GUERRA INMINENTE-

Los padres primordiales de esta realidad son el fruto de tres poderosas deidades, amos también en sus propias dimensiones: *Ceusso*, el dios del tiempo, *Cristiano*, el dios de la vida, y *Mirarré*, el dios de la magia.

En un principio llamado: el "*Triángulo*".

Ceusso brindó al universo el correr del tiempo, que vino directamente arraigado a la historia, que constantemente se va escribiendo, porque inexorablemente va cambiando, afectando a todos los cuerpos. Ceusso había regalado a todo el universo el movimiento de las galaxias y de los planetas, con él habían nacido los días y las noches, las estaciones más cálidas como así también las más frías. Sus hijos, los *ciulónes* (seres humanoides semitransparentes) eran los encargados en un principio de ayudar a los seres humanos. A veces acompañaban a algunos en especial, volviéndolos muy longevos: cien, ciento cincuenta y hasta doscientos

años...

Cristiano tenía a sus seres alados de luz: los *ángeles*, que se encargaron de escribir en el *Libro de la Vida* a los primeros humanos. Junto a los ciulónes determinaban las fechas y horas de sus nacimientos, como el momento de los decesos y la cantidad de reencarnaciones que tendrían en ésta o en otra dimensión (claro que de acuerdo a los actos que perpetraban en vida, de haber obrado mal acabarían como objetos inanimados por una eternidad).

Los ángeles también cumplieron una misión importante, al menos una gran parte de ellos, cuidando de los peligros del mundo a los recién nacidos (hoy conocidos popularmente como ángeles de la guarda), hasta que los niños crecían y adquirían el don de la conciencia; a menos que estuviese en ellos escrito un camino por la vida de muy corta duración, en cuyo caso el niño moría y pasaba a formar parte de las almas angelicales de su Creador, sin reencarnar.

Además de los hombres, Cristiano había generado una variedad extensa y exclusiva de plantas y animales y les había obsequiado el agua en forma de ríos, mares y lluvias, también el aire para respirar.

Mirarré tuvo el placer de crear al igual que su par, vida: criaturas, plantas y humanos dotados con su propio poder: magia.

Los hijos de este poderoso dios eran conocidos como *derlops*, y poseían cuerpo humano y cabeza de animales; y fueron los encargados de cuidar a las criaturas mágicas, poner orden entre ellas y dar energía a los espíritus que el mismo Mirarré había engendrado, espíritus que en la tierra cobrarían forma humana, con los sentidos mucho más avanzados que los de Cristiano (tiempo después conocidos como hechiceros), capaces de generar cambios en la materia y el clima, pero igualmente mortales.

La creación conjunta de esa ventana a la fantasía a la que llamaron Universo y de esa pequeña esfera verde-azul a la que denominaron Tierra era muy diferente a como la conocemos ahora, y esto se debió a un suceso que con nuestras mentes no podemos imaginar en sus correctas dimensiones, un hecho catastrófico que sentaría las bases del mundo actual, un hecho que llevaría una energía destructora a esta nueva realidad, y el protagonista hacedor de todo aquello tenía un nombre: *Shtrá*, en la antigua lengua de los dioses, hoy conocido por todos como el

Diablo.

Satanael, uno de los ángeles con más jerarquía que sus hermanos, comenzó a sentir celos de su padre y de los demás miembros del Triángulo, en un punto estaba harto de recibir órdenes, él era dueño de una rica y polifacética mentalidad que sentía que estaba desperdiciando, pues los ángeles, a pesar de cumplir tareas y de tener la libertad creadora, poseían limitaciones, pues no podían jamás ser más poderosos que su creador.

Fue entonces cuando, y a escondidas del Triángulo comenzó poco a poco a invadir las impolutas mentes de sus hermanos. Pasado un tiempo, aquel Satanael tenía contaminada a casi la mitad del total de sus hermanos, y fue entonces cuando creyó que era el momento más oportuno para llevar a cabo el plan que se le había cruzado por su magistral imaginación: Una rebelión.

La sed de poder y la envidia por ocupar el lugar del más poderoso de la creación le llevó a creerse superior, formándole un carácter desafiante, burlista y cínico.

Aunque había tratado de inducir también a los ciulónes y a los derlops metamorfoseándose con sus apariencias (para no ser descubierto), no lo había logrado, quizá porque al no ser como ellos no podía manipularlos tan fácilmente como con sus hermanos; Satanael sabía cómo utilizar las palabras y cómo torcerlas hasta el máximo, era hábil y muy inteligente.

Allá en el Plano Astral se generó una guerra brutal comandada por Satanael como jefe del ejército desertor, contra la mitad que continuaba defendiendo los principios e ideales de su padre Cristiano. El brutal enfrentamiento en el que participaron también los ciulónes y derlops en defensa del Triángulo generó los peores desmanes, ocasionando cataclismos, inundaciones, huracanes, lluvias incesantes y noches que duraron meses enteros, con estrellas que aparecían y desaparecían. Muchas galaxias chocaron y cientos de planetas desaparecieron bajo el impacto, quedando varadas en el vacío oscuro de la nada.

La primera vida en la tierra, aquella que había sido tan bien pensada en común acuerdo, estaba ahora desbastada, cientos de millones habían perecido a causa de las inclemencias cósmicas mientras que otras luchaban por sobrevivir. El enfrentamiento de los hijos del Triángulo había creado un gran desequilibrio que no sólo afectó a la tierra, sino también a

los demás planetas donde se había gestado el germen de la vida y a sus respectivos universos paralelos. Fue entonces cuando los dioses, y en conjunto se vieron forzados a crear un arma, una magia tan poderosa que jamás en ningún plano existencial se había realizado, una serie de palabras que detuvieron el espacio y el tiempo, un poder que pudo debilitar a los ángeles rebeldes, propiciándoles un terrible dolor del cual padecieron por mucho tiempo, despojándoles de sus antiguas dotes, transformándoles en seres de la calaña más baja.

Las entrañas de la tierra fueron abiertas y allí los rebeldes fueron arrojados entre mares de lava ardiendo y fuego incesante. En el deceso, esos ángeles fueron perdiendo la particular característica de la que siempre habían hecho gala: su belleza, para transformarse en seres amorfos, desproporcionados, con cuernos y de colores fríos y escamas, con alas membranosas y garras de bestia, forma adquirida en parte como burla hacia las creaciones perfectas y armoniosas de Cristiano y del resto de las deidades del Triángulo. Los demonios acababan de nacer, y estaban cargados con una negatividad y oscuridad absolutas, y fue también el nacimiento de Satán, que continuó siendo el ser más superior e inteligente de entre todos sus hermanos malditos. La rebelión había dotado a esos horridos seres un poder que los dioses creadores no pudieron quitarles, por ello fue mejor encarcelarlos en la tierra, para que sufrieran eternamente, observando las nuevas creaciones maquinadas por el Triángulo, pero las cosas no iban a quedarse así para siempre, Satanás tenía un haz bajo la manga...

Antes de que la tierra volviera a cerrarse, el ennegrecido Príncipe de la Oscuridad juró que llegado el momento, lograría manipular a siete almas mortales a las que volvería demoníacas, para formar un gran ejército que destruiría a la humanidad para siempre: Lehndens. Los dioses del Triángulo respondieron que estarían preparados para aquel segundo enfrentamiento, y que contarían con sólo tres almas puras que se enfrentarían con los siete lehndens: Tibbets, quienes representarían a cada uno de los dioses creadores.

Poco a poco los planetas volvieron a alinearse, las tempestades dejaron de azotar la tierra y la vida volvió a proliferar, llegaron las primeras eras del hombre y los primeros reinados... Los años se volvieron siglos y los siglos se transformaron en milenios, aquella buena humanidad se vio progresivamente contaminada por el poder que Satán comenzaba a adquirir, se desparramaron los celos, la envidia, la discordia y la muerte entre los hermanos. Aunque muchos intentaban obrar por el buen camino, evitando las calamidades, era imposible ignorar que se respiraba un aire de complicaciones, las cosas cambiaban constantemente y de una manera

drástica, como si en poco tiempo pudiera desatarse una gran guerra.

Miles y miles de años humanos transcurrieron; Satán sabía que comenzaba a recuperar fuerzas, ahora él y sus lacayos podían subir a la tierra, pero no podrían llegar al Alto Astral, no hasta que tuvieran a los siete lehndens con ellos, por eso y para dar muestras de su increíble poder, Satán estaba dispuesto a hacer las cosas más horrorosas...

*

1

- EL CAMINANTE ERRANTE-

Su lento caminar hacía que le dolieran las piernas, se quejaba, estaba triste; todo a su alrededor estaba cubierto de un calor nocturno veraniego, pero él, ensimismado en su burbuja impenetrable, no podía apreciar nada positivo. Al contrario, sentía un escalofrío que le recorría cada centímetro de su cuerpo. A unos cuantos metros caminaba detrás un niño que, andrajoso y descalzo se tapaba la boca para no hacer eco con su risa.

—¡Vete de aquí! ¡Vete de aquí! ¡SAL DE MI MENTE! ¡FUERA! ¡Jesucristo te lo ordena!

Repetía el septuagenario observando con desdén y miedo a la vez cuando volteaba a ver al niño, éste le seguía, como si estuviese poseído por sus pasos y sólo pudiese seguirle. Su risa era mecánica, casi burlesca, no paraba para respirar, sólo se dedicaba a reír, reír y carcajear estirando cada centímetro, cada músculo de su redondeada cara. La luna le iluminaba el rostro, y los ojos casi blancos que resplandecían con un brillo particular hacían temer profundamente al hombre que, por más que apretara el paso o quisiese correr, no podía cambiar su situación; era como si su cuerpo no le obedeciera, como si estuviese siendo manejado por algo...o por alguien.

—Ve donde quieras, jamás escaparás ni escapará tu familia al destino.

¿Quieres que te cuente cómo comenzará todo?

—No necesito escuchar nada de un ser impuro y asqueroso como tú...
¡FUERA! ¡FUERA!

El cansado hombre juntó unas rocas del camino de tierra y se las arrojó al niño que, a pesar de comenzar a sangrar, no dejaba de lado su sonrisa penetrante y esa felicidad oscura que le invadía a modo de carcajadas.

—¡Dime qué sabes! —ordenó mientras una larga gota de sangre comenzaba a descender por sus perfectos dientes y se perdía en el interior de su boca.

—¡Fuera, demonio! ¡Fuera, en nombre de Jesús!

Esta vez la carcajada del niño fue más estridente.

—¿Jesús? Jesús no tiene nada que ver con nosotros, Silvann. Esto está escrito desde hace más tiempo que tu minúscula comprensión mortal pueda razonar.

El hombre observó más allá del niño, muy detrás: Una enorme metrópolis de piedra se alzaba imponente. El pecho comenzaba a dolerle, pero tenía que seguir caminando, tenía que seguir alejando a aquel niño de la ciudad, alejarlo de todos los que amaba, no iba a perder la oportunidad, estaba dispuesto a todo para terminar el tormento, sólo le quedaba continuar por el camino hasta el acantilado, allá donde viejos mercaderes subían a buscar piedra para sus artesanías.

—¿Te sientes mejor? —la burlona voz del niño comenzó a hacerse grave, como si fuese la de un hombre muy mayor—. ¿Qué sucedería con ella también? Claro, la madrecita santa....

—¡BASTA! ¡FUERA!

El niño detuvo su marcha y chasqueó uno de sus dedos, el hombre sintió que sus piernas finalmente podían responderle y un halo de alegría inundó su cuerpo, estaba libre, y cada vez más cerca.

—Corre lo que quieras, nadie puede escapar de mí...

—Puedo —respondió el hombre con valentía mientras se alejaba más y más—, ya verás.

Juntó fuerzas y llegó al borde del acantilado, a lo lejos unas cuantas piedras veteadas estaban esparcidas en el suelo. Suspiró aliviado, el niño había quedado muy lejos, lo había perdido de vista. Se arrodilló y comenzó a rezar con las manos bien apretadas e intentando buscar una

concentración que le permitiera ser fuerte, tal como le había aconsejado el sacerdote.

—Mucho rezo, ¿ah?

El niño estaba sentado justo a su lado, mirando con interés los brillos estelares.

—Ese gordo idiota siempre dando los peores consejos, intentando ahuyentar la oscuridad de los demás cuando debería preocuparse por proteger su trasero —le palmeó la espalda al viejo que comenzaba a convulsionarse— ¡Vamos!, sigue pensando en el oscuro porvenir... ¡Y dime lo que sabes!

El hombre se puso de pie tratando de no dirigirle la mirada y se acercó al borde de aquella inmensurable altura.

Los ojos del niño se abrieron más, extrañado por lo que estaba presenciando.

—¿¡Qué haces!?

—Aunque te tenga miedo nunca podrás hacerle nada, ni a él ni a los demás. ¡Recuérdalo ser inmundo!

Hizo la señal de la cruz y tocó su corazón, miró con valor al niño y por unos segundos a la lejana ciudad, después juntó valor y saltó al vacío con los ojos cerrados, sabía que después del enorme dolor que sentiría al caer al suelo, todo sería paz, y que estaría en un mejor lugar. Luego del estrépito sonido y un grito desgarrador, todo volvió a quedar en silencio. El niño miraba desde lo alto con interés y preocupación, no le hacía falta hacer nada porque sabía con certeza que el hombre estaba muerto.

—Idiota... —dijo apretando sus pequeños puños mientras que poco a poco comenzaba a recostarse sobre las piedras.

El niño se quedó dormido mientras que un humo negro y espeso comenzó a brotar de su nariz, emanando un aroma pútrido.

Estaba teniendo ese sueño nuevamente, en el que un ser incorpóreo se le metía al cuerpo para hacerle cometer las cosas más feas que hubiese imaginado. No sabía porqué pero últimamente siempre soñaba con que debía de hostigar a un hombre, contándole las cosas oscuras que en el futuro le veía, pero nada importaba, era un sueño, o al menos eso creía su infantil mente.

Capítulo 2

2

-EL NÚMERO Y LOS SUEÑOS-

No, no podía ser real, tenía que ser fruto de la edad, o aceptar que ya su mente podía estar jugándole bromas. ¿Pero cómo? Sus sentidos jamás se habían equivocado, y en su corazón la seguridad le embargaba.

Tardó más de una hora, estirando el brazo sacando, revisando y regresando a sus estanterías libros de gran porte, tratando de hallar una respuesta. La vieja biblioteca estaba ubicada en la parte más alta de la enorme casa, la parte más sagrada, donde además de libros, había objetos, botellas y hierbas descansando en frascos. El anciano tenía al menos más de quinientos libros, viejos volúmenes encuadernados en lo que aparentaba ser un cuero de enormes escamas negras con bordes dorados, piel de Dragón. En ellos los conocimientos eran diversos, desde lenguas extintas para poder hablar con seres del agua o del viento, hasta métodos de invocación de seres extrasensoriales, algo inentendible para cualquier simple mortal. Los claros ojos del hechicero se posaron sobre un lomo de color rojizo raído en donde aún los restos de lo que había sido un dorado dejaban leer: "Días Primigenios".

—¡Bendito seas, Mirarré! —susurró con una sonrisa.

Con el libro en manos, el anciano tomó asiento junto a la ventana, con la ayuda de su dedo índice comenzó a releer palabras buscando algo que quizás le dijera sobre esos sueños y sobre el número siete. Aún no amanecía completamente, por ello algunas velas disipadas en ciertos rincones alumbraban potentemente, afuera un gran tumulto de edificaciones estaba bañada de un tenue gris, apenas se podían ver los brillos de los vidrios de ventanas y ventanales lejanos, y más lejos aún, subiendo un camino un enorme bosque que parecía contener toda la oscuridad de la noche, viéndose amenazante con sus árboles de irreales posiciones y con su suelo negro bañado en una espesa neblina.

James Hirdtitch, aquel venerable anciano de túnicas y barba larga era consciente de que algo estaba sucediendo, y ahora estaba seguro de que las cosas que había vivido en sueños no eran casualidad. Esa madrugada se había despertado sobresaltado luego de que algo le oprimiera el pecho impidiéndole respirar. Por durante semanas había experimentado cuestiones que le habían dejado pensando. Un miércoles, cuando se encontraba recogiendo tomates de su quinta, encontró en el suelo una peculiar huella sobre el suelo húmedo, una almohadilla, como la de las

patas del perro, bien formada, pero con siete dedos. El susto que le acometió fue tal que con su cetro tuvo que pronunciar fuertemente unas palabras que inmediatamente cubrieron todo su terreno con una burbuja que se materializaba semitransparente con brillos de color celeste metalizado. La huella no era animal, artificial, ni mucho menos de algún ser mágico, como todo buen hechicero pudo reconocer de inmediato que esas huellas eran de un ser oscuro que había estado husmeando cerca de su hogar.

—<<Ha estado olisqueando mi magia. Pero.... ¿Cómo ha sobrepasado mis terrenos?>> —pensó.

Hacía menos de un mes que había estado rociando cada rincón con mezcla de tierra virgen, hojas de ruda y algo que parecía ser ceniza, el encantamiento siempre había sido infalible, más aún habiéndole acompañado por unos sortilegios en lenguas antiguas pronunciadas en voz alta.

Ninguna clase de ser oscuro se le había acercado, no desde hacía muchísimos años, cuando él era joven, y viajaba por el globo enfrentándose con criaturas y adquiriendo sabiduría y más poder del que su creador le había dotado. Observó a los alrededores y sólo vio naturaleza, a pocos kilómetros las casas de los vecinos, y un par de vacas pastando tranquilamente. Volvió su mirada al suelo y escupió sobre la huella, para luego aplastarla con furia.

Una vez dentro, escudriñó su cerebro tratando de conectar aquellas huellas con alguna criatura en especial., alguna respuesta debía de existir, era ilógico que tuviese siete dedos; sería inútil buscar nuevamente en la biblioteca, tardaría horas, y ya estaba cansado.

Luego de ponerse una larga capa de color marrón, salió con su cetro en mano en busca de su caballo cuando algo le detuvo el corazón: En la entrada, casi al ras de la puerta y colocadas en fila india, una delante de la otra, una serie de piedras de color grisáceo oscuro formaban una línea perfecta. ¡Eran siete! ¡Siete!

—*iRagnentrémue!* —fueron las palabras pronunciadas.

Del cetro había salido una enorme luz rojiza que logró generar un resplandor desde las piedras de manera fantasmal. El conjuro fue pronunciado nuevamente y el resultado no varió: el mismo resplandor blanco y frío, significado de que “eso” no era producto de magia oscura.

—¿Es obra tuya, Mirarré? —preguntó, observando al cielo en busca de una respuesta. Sonrió con animosidad y buscó al caballo que se encontraba

bebiendo agua de un enorme balde de madera.

El anciano lanzó su cetro al aire y a los pocos segundos había desaparecido, sabía que no sería tan bien recibido si llevaba su "arma" al lugar que tenía obligadamente que ir. Tomó una calle y se enfiló hacia la derecha, a lo lejos se divisaba una enorme cúpula azulada con una aguja que parecía llegar al cielo mismo. Las calles de la ciudad eran siempre tranquilas, y aunque era aún temprano, se veían varios transeúntes que iban y venían de un lugar a otro; muchos saludaban al hechicero con la mano, con un gesto de cabeza o una simple sonrisa, era evidente que le apreciaban. Otros, en cambio, le observaban con detenimiento, como si aquel pobre anciano ocultara algo o fuese de poco fiar. James sabía de dónde venía esa conducta, y francamente no le sorprendía.

El caballo avanzaba sin necesidad de una rienda que le guiara, conocía muy bien el camino.

Minutos más tarde la marcha se había detenido al llegar a la construcción de cúpula; el hechicero descendió del equino con suavidad, tragó saliva y comenzó a aproximarse a la frondosa entrada.

La Santa Iglesia de Hiwarddkloff era una gran mole de piedra caliza de color blanco amarillento, finamente trabajada, al igual que sus dos enormes puertas de nogal labradas de más de dos metros y sus seis columnas dóricas. En lo alto, un majestuoso Jesús con corona de oro extendía los brazos mirando al horizonte; junto a él, un par de santos observaban al suelo emitiendo con sus tiesas manos la señal de la cruz. La iglesia tenía sobre su fachada un bellissimo rosetón de vidrios azules en seis o siete tonalidades diferentes. El sol comenzaba a dar de lleno con sus rayos diurnos sobre aquella laboriosa artesanía, despidiendo brillos espectaculares. Desde aquella perspectiva, la cúpula, que se veía gigantesca, lucía cubierta por cientos de miles de pequeños mosaicos que eran también azules. Muchos lirios y rosales blancos nacían sin control sobre unos canteros en forma de cruz que día por medio eran amorosamente regados y podados.

El hechicero miró la entrada y luego de cerciorarse de que no estaba asegurada con llave, ingresó. El olor a incienso floral le dio de lleno en las fosas nasales ni bien el primer pie fue puesto en el interior de aquella enorme iglesia.

Una serie de vitrales se extendían de izquierda a derecha, mostrando santos con inscripciones en latín. Unas cuantas banquetas, y un altar, con un Jesús tamaño real de oro macizohacía relucir delante de él, sobre una mesita de madera de un solo pie, un cáliz dorado con la palabra "Hermerkslowrn" grabada en estilizado gótico.

—¡Ni un paso más! ¡Aléjese de aquí! —los gritos de alarma del sacerdote llegaron desde el extremo izquierdo.

—Lamento el infortunio —respondió el viejo mientras observaba acercársele esa voluptuosa figura redonda en traje negro—, pero necesito hacerle una consulta, Mell.

—¿Qué es lo que tanto quiere?

—Como le decía, necesito consultarle algo —el gordo rostro del sacerdote de corte fraile sin calva y de grandes mofletes le parecieron graciosos a James, que se mordió la lengua para no reírse.

Aquel religioso extendió una mano y luego de hacerle la señal de la cruz al visitante de barba, dijo en voz alta y esquivándole los ojos:

—Puede hablarme, pero afuera, lejos de los ojos de mi Señor —giró su cabeza y miró con compasión al hombre crucificado que llevaba una bella y lustrosa corona de plata—. Salga afuera y podré contestar sólo una pregunta; tengo visitas muy importantes como para gastar mi tiempo con gente...inoportuna.

El anciano apretó su puño por debajo de la capa, tratando de controlar el repulsivo sentimiento que estaba experimentando, no existía nada en el mundo que le irritara más que la falta de modales.

—Como usted diga, Mell —aceptó con pesadumbre, dio media vuelta y regresó caminando a la entrada mientras que podía sentir claramente que el sacerdote a sus espaldas vociferaba entre dientes una rápida oración.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó con indiferencia, esta vez aceptando los hechos y clavando sus ojos negros en los del anciano.

—Usted quizás pueda esclarecer mi mente, he estado... —hizo silencio y volvió a empezar—: Quisiera que usted me diga lo que saber acerca del número siete.

Ante la inquisitiva, el sacerdote se quedó con la mente en blanco, no sabía qué juego estaba tratando de hacerle aquel anciano al que tanto detestaba.

—¿Qué?

—El número siete. Tengo unas teorías propias porque desde hace unos días he...

—Mire, brujo —le detuvo el sacerdote lanzándole unas gotas agua bendita de un pequeño frasquito que había sacado con rapidez de sus hábitos—,

será mejor que deje de molestarme con cuestiones de magia negra.
¡Váyase, que las tinieblas de la noche no se harán presentes estando Dios a mi lado! ¡Que se vaya, le digo! —gritó encolerizado. Muchas personas que pasaban se detenían a observar lo que sucedía.

James, sin decir una palabra, y mordiéndose esta vez sus finos labios, saltó a su caballo con agilidad para alejarse apresuradamente.

—¡Lo único que me faltaba!

Siguió hablando entre dientes el religioso como si tuviese aún al visitante frente suyo.

—¡Asqueroso brujo inmundo! —agregó con odio cuando la puerta se le cerró en las narices con ferocidad— ¡Usando su maldita brujería en la casa de Dios, ojalá arda en el Infierno!

El hechicero, que oyó aquel grito, respondió con una carcajada.

A pesar de sentirse contento por haber hecho enojar al gordo religioso, James sentía una impotencia indescriptible; haber ido con sus mejores intenciones a la iglesia de la ciudad había tenido los mismos resultados de siempre: que Mell le ridiculizara con su enfermizo fanatismo.

—<<No me hace falta tu conocimiento>> —pensó—. <<Hallaré la respuesta con el tiempo, y Mirarré me ayudará>>.

Al llegar a su casa pudo ver nuevamente a las siete piedras en la entrada, pero ahora, ubicadas en círculo.

¿Qué significaban?

Capítulo 3

3

-PECADO Y CASTIGO-

Esa mañana se había despertado temprano por su propia cuenta, antes de que el viejo gallo de los vecinos comenzara a cantar como hacía de manera matutina. Las rodillas le dolían porque había pasado muchas horas arrodillado pidiendo perdón a su dios por su reciente pecado. La penitencia era justa, no tenía porque haberlo hecho, aunque fuese para los niños.

Luego de colocarse las sandalias y de beber un trago de agua, asomó su cabeza por la ventana mientras besaba el crucifijo de madera que le colgaba del cuello: El día estaba escupiendo los primeros rayos de luz, el cielo aparentaba estar despejado, lo que auguraba que el sol iba a calentar el ambiente que poco a poco, debido a la época del año, comenzaba a cambiar.

—¡Muy buenos días, mi Señor! —saludó con alegría al Jesucristo de oro cuando pasó frente a él mientras se dirigía a una pequeña puerta lateral. Sus pasos eran apresurados, cosa que le molestaba terriblemente a sus gordos pies, pues el calzado le estaba quedando chico.

Un hermoso jardín con verde césped y lleno de una variedad infinita de hierbas con flores se movían con el tenue y fresco aire de la mañana, una fuente blanca y redonda lanzaba chorros de agua sobre una enorme ostra de mármol veteado también blanco, más adelante una pequeña casita bien cuidada con tejas de color rojo se veía con la puerta entreabierta. El sacerdote se acercó con lentitud, se acomodó las ropas y tocó dos veces.

—Llegas tarde, Mell —sonó en el interior una voz masculina.

—Lo siento, Robbert —se excusó el sacerdote—. Como el viaje ha sido largo, supuse que dormirías un poco más, al menos hasta que viniera a despertarte.

—Servir al Señor a veces no da descanso, Mell.

A su encuentro había salido un sacerdote delgado y alto, calvo, de nariz ganchuda y pequeños ojos negros con unas largas y pobladas cejas. Vestía los mismos hábitos que Mell, pero del cuello no le colgaba una cruz de madera como él, sino una de oro, labrada e incrustada con diminutos cristales rojos. Sus manos eran nudosas y sus dedos largos. Aquel hombre

había llegado a la ciudad horas antes, en la madrugada, como visita exclusiva desde Hermerkslowrn, capital de la fe, para ver cómo marchaban las cosas en la alejada ciudad.

Los dos tenían una amistad respetuosa que habían forjado gracias a los años de juventud, cuando podían compartir sus primeros pasos en la religión que su dios les había encomendado. Aunque Robbert era al menos unos veinte años mayor.

—Es cierto —pronunció Mell sonriendo.

—¿Cómo van tus rodillas?

—Mucho mejor —mintió.

—Recuerda que sin dolor no hay aprehensión del amor de Dios, Mell. Sin dolor no podemos llegar a comprender cuánto mal hemos hecho

—Seghers miró con mucho interés por la ventana, que tenía unas cortinas de blanco inmaculado—. Hará un bello día, probablemente el Señor esté satisfecho, al menos por hoy.

—¿Crees que logre perdonarme?

—No puedo pensar bien sin tomar algo antes, querido Mell.

—Prepararé un rico té de hierbas —propuso con alegría el regordete sacerdote mientras iba de salida—, sólo deberás esperar un poco.

—Tiempo suficiente para rezar y pedir perdón por todos los pecadores que en esta ciudad tratan de hacer amistad con pestes oscuras como ése viejo brujo— masculló con cara de asco.

Media hora más tarde estaban sentados los dos en unos amplios asientos de madera, junto a la fuente de agua, disfrutando del té, producto de una mezcla de hierbas que Mell había logrado perfeccionar con los años, éste era de un sabor reconfortante, alimonado, pero suave, y con leves toques picantes.

La tenue y fresca brisa les helaba los rostros, pero los rayos del sol fueron suficientes para que, luego de unos segundos, les calentaran los cuerpos, aun así ambos estaban ataviados con unas gruesas capas negras de una lana de gran calidad, con un hilado muy fino.

—Aún no logro entender cómo pudiste bajar la guardia y hacer eso, amigo mío —pronunció Robbert luego de dar un sorbo a su té. Su característica voz era algo carrasposa— ¿Cómo es posible?

—Lo siento mucho, ni yo puedo explicármelo —se lamentó el sacerdote con un poco de vergüenza—, nunca pensé que las cosas terminarían degenerándose.

—Tu pecado es que te confías demasiado, Mell. ¿Acaso mis consejos han sido siempre en vano? Nunca, nunca debiste dejar que ese viejo asqueroso pusiera siquiera un pie en la entrada de este sagrado lugar, ¡y mucho menos estando niños presentes!

El delgado sacerdote se quedó observando con admiración la iglesia, siempre le había parecido hermoso, un lugar perfecto, sobre todo por aquella cúpula azulada que se asemejaba a un trozo del cielo en la tierra.

Dio un trago al té nuevamente y agregó:

—...pero parece que te hechiza de alguna forma. Créeme que si no fueras hombre de religión, ya estarías poseído por varios demonios, de eso estoy seguro.

Mell se sintió horrorizado y por unos cuantos minutos no dijo palabra alguna, sentía que tenía el alma sucia, y que había fallado, seguramente harían falta muchas más penitencias para quedar completamente limpio y para que su dios pudiera darle una segunda oportunidad. Observó al igual que su compañero a la iglesia, primero a la cúpula, luego a la construcción en general, aquel había sido su hogar desde que era apenas un jovencito, el sueño de toda su vida había sido ser el sacerdote de la iglesia de su ciudad, de Hiwarddkloff, y ahora lo era. Se sintió después de todo bendecido, se persignó luego de besar la cruz de madera que le pendía del cuello.

—Deberías deshacerte de esa baratija, amigo mío —Robbert posaba lentamente la taza entre sus manos.

—Fue el regalo de una amiga.

—Guárdala entonces —propuso sin darle importancia—, pero no la uses más frente a todos. Eres un sacerdote de renombre, por eso...

Sacó de uno de los bolsillos de su capa una cajita de madera con bordes fileteados de arabescos dorados y se la entregó en mano a Mell, quien sorprendido le quitó la tapa para ver qué se ocultaba en su interior. Se colmó de alegría al darse cuenta que era un bello crucifijo de plata con una cadena torneada doble tan pulidas que parecían espejos, desparramando brillos.

—¡Oh, es precioso! ¡Muchísimas gracias, amigo mío!

—Te dará la protección necesaria —le respondió con una vaga sonrisa el hombre de nariz ganchuda—, y más... ¿sabes por qué?: El mismo Papa la ha bendecido para ti.

Mell, sin mediar palabras se quitó la vieja reliquia de madera y luego de guardarla en la caja decorada, se colgó orgullosamente la cruz de plata. Ahora se sentía con la confianza suficiente como para expulsar de Hiwarddkloff a mil brujos.

—He estado horneando ayer un rico bizcochuelo de limón y naranja. ¿Quieres probar una porción? — preguntó.

Robbert asintió mientras cruzaba cómodamente las piernas, había hallado la posición indicada de la que no se movería por un largo rato. Mell se levantó de su asiento y caminó con prisa por el jardín hasta ingresar por la puerta lateral de su iglesia.

Al cruzar frente al enorme Jesús notó que no estaba solo.

Sus ojos estuvieron casi a punto de salirse de sus órbitas y su boca se abrió instantáneamente para dar un grito de advertencia:

—¡Ni un paso más! ¡Aléjese de aquí! —no dominaba ni a sus piernas que, a toda velocidad se estaban acercando al visitante, era el hechicero de la ciudad: James.

El anciano amablemente le solicitó ayuda pero Mell, sintiéndose más que protegido por el regalo y los consejos de su amigo pudo hacerle frente y expulsarlo del templo antes de que fuera demasiado tarde. No estaba dispuesto a oír tonterías nuevamente, y no iba a caer en su trampa como lo había hecho en el último Día del Niño.

Precisamente a ese suceso estaban referidas todas las penitencias que Mell hacía para limpiar su alma: unas semanas antes del Día del Niño se había dedicado con ahínco a elaborar una serie de juguetes de madera para los chiquillos menos afortunados que asistían a oír su misa; fueron meses enteros juntando madera y dándoles muchas formas: carruajes, zapatitos, caballos, gatitos, palomas, muñecos. La cuestión es que al ritmo en que iba, y solo, no llegaría a terminarlos a tiempo, por ello solicitó ayuda a su dios, para que le enviara a alguien. Días más tarde ése mismo anciano al que ahora estaba echando se había presentado tímidamente con dos grandes bolsas en las manos, una llena de bloques de maderas ya con formas trabajadas y otra con herramientas de carpintería.

Aunque sorprendido por el ofrecimiento, Mell había aceptado la ayuda del hechicero (pensando que era una excelente oportunidad para que abandonara su vida pecadora de brujería y paganismo), pero no le

permitió que le dirigiera palabra alguna mientras elaboraban los juguetes, o que se le acercara a menos de un metro de distancia, a no ser que éste solicitara alguna clase de consejo con respecto a la tarea que realizaban.

Los juguetes quedaron terminados a tiempo, pintados y hasta protegidos por una resina de pino que les dio un brillo intenso. Llegado el Día del Niño y mientras Mell se disponía (rodeado de chiquitos emocionados con las manos extendidas y gritando de alegría) a repartir los juguetes, notó horrorizado que la bolsa se movía, toda la bolsa.

¡Los juguetes se movían solos como si alguien les hubiese dado vida!

Ante el enorme susto y reconociendo que era obra del hechicero, ató con rapidez la bolsa y de un grito hizo que los niños abandonaran llorando y decepcionados la iglesia; después salió al jardín donde arrojó la bolsa al suelo, roció con perfume y prendió fuego con la ayuda de un fósforo.

¡Todo su esfuerzo no había servido para nada!

Besó por aquel entonces a su vieja cruz de madera y regresó encolerizado al interior de la iglesia, arrojando chorros de agua bendita y toda clase de rezos sobre el anciano que intentaba bajo todas las formas disculparse.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí viejo asqueroso y endemoniado! ¡Que la luz divina le queme las entrañas por las inmundicias que hace! ¡LARGO DE AQUÍ! —había dicho con todas sus fuerzas hasta casi quedar sin voz.

El anciano se había marchado casi corriendo, y desde aquellos días no había osado aparecer ni para recuperar sus herramientas de carpintería, hasta ahora...

Se encontraba nuevamente parado frente suyo, pidiendo explicaciones sobre el número siete, pero James había tomado una mala decisión, pues Mell había recordado lo del Día del Niño y no quiso hablar nada con él. El hechicero se marchó con las manos vacías pero sin antes hacer una picardía: le cerró en las narices a Mell las puertas, propiciándole un dolor muy grande.

—¡Asqueroso brujo inmundo! —le gritó— ¡usando su maldita brujería en la casa de Dios, ojalá arda en el Infierno!

Una vez dentro de la iglesia se limpió con un pañuelo la sangre que había empezado a brotar de su nariz, luego tomó la salida lateral para regresar al patio.

—¿Y ese bizcochuelo del que hablabas? ¡Santo Dios! ¿Qué ha pasado?

—El viejo brujo —se limitó a responder Mell dejándose caer en el asiento.

—¡Con gusto le daría una buena lección a ese malnacido! —exclamó Seghers dando un puñetazo y haciendo añicos su taza de té.

Capítulo 4

4

-LA INVASIÓN-

Era una noche tranquila, y el suave viento otoñal soplaba con calma mientras que un hombre gordo y de piernas cortas salía con su caballo hacia las afueras de una ciudad.

Aquel hombre gordo y de piernas cortas era pobre, muy pobre, pero afortunadamente toda la gente de Hiwarddkloff lo conocía y lo quería mucho, por ello siempre le tenían las puertas abiertas para que pudiera dormir, para que se pudiese bañar y estar limpio, y le regalaban ropa para que se pudiese vestir y parecer decente, casualmente aquella noche una familia le había dado de comer. ¡Qué feliz estaba el hombre gordo, comiendo carne de cerdo, bebiendo vino y sentado en una mesa! Se sentía amado y respetado.

Pero aquella noche no quería dormir, quería vivir aventuras, arreglárselas solo y sentir la adrenalina corriendo por sus venas, por eso había decidido marcharse un tiempo de la ciudad, para conocer otros lugares y otras gentes. Pensaba que quizá encontraría a su media naranja, o a nuevos amigos, cosa que no le resultaba difícil de hacer. Todos los habitantes de Hiwarddkloff lo amaban, no por lástima, sino porque siempre era valiente y sonriente hasta en los momentos más feos y negros de su vida, inspirando una fuerte confianza y optimismo.

—¡Esta noche conoceremos el mundo, caballito! —le dijo con alegría a su caballo al que le apodaba “Colilla”, porque su rabo era corto, demasiado para su avanzada edad.

Aunque era común que la mayoría de los caballos de Hiwarddkloff tuviesen hermosas crines, brillantes y onduladas, en el caso de Colilla ocurría todo lo contrario, sólo una serie de disparatados y electrificados pelos sobre la cabeza y una parvada del mismo tipo en la cola que, debido a su longitud, hacían que se pareciera al viejo pincel de un pintor, un pincel duro y en desuso. Este problema había llegado con él desde su nacimiento.

Colilla era tan buen equino que hasta a veces podía hacerse entender por medio de relinchos y gestos de cabeza.

Durante años, los dos habían llevado una estrecha, simpática e

inseparable relación.

Avanzaron tranquilamente sin preocupaciones, admirando el salvaje paisaje que se abría ante ellos, pero algo los detuvo: A lo lejos pudieron divisar que se aproximaban animales corriendo despavoridos. El hombre gordo quedó estupefacto al ver todas aquellas especies que se dirigían a la ciudad de Hiwarddkloff con tanta prisa; tuvieron que hacerse a un lado para que no les pasaran por encima.

Esos caballos, perros, gatos, zorrillos, comadreas, gallinas, ratones y vacas corrían como si los estuviesen persiguiendo. ¿Algún lobo los habría ahuyentado? Hasta Colilla abrió su desdentadohocico a causa de la sorpresa ocasionada, y agregó un relincho, que fue como una especie de comentario hacia su dueño.

—Sí, es extraño, Colilla —dijo el hombre interpretando la señal de su compañero—, muy extraño.

Después de unos minutos, y sin darle más importancia, el gordo siguió su camino tambaleándose, mientras que mantenía la fuerza en sus manos para poder sostenerse de su caballo; a causa de los años, su resistencia al vino no era la misma.

De pronto la noche hizo silencio y se mostró más tenebrosa que nunca. La luna se cubrió de nubes y la oscuridad se tornó macabra.

La marcha se detuvo de una manera abrupta, el hombre gordo experimentó en carne propia un escalofrío que le carcomió hasta los huesos, sus piernas no pudieron continuar a causa del miedo, y Colilla tampoco, era imposible asimilar lo que sus ojos estaban viendo, unos seres habían asomado con rapidez a los saltos.

Tan aterradoras figuras jamás habían sido maquinadas ni en las peores pesadillas: Un cuerpo ovalado se inflaba y desinflaba con cada lenta respiración, haciendo notar bajo aquella desagradable piel rosada y negra chamuscada un par de costillas deformadas y unos cuantos pelos de color gris blancuzco. Las criaturas tenían tres piernas demasiado delgadas, con la piel adherida a los huesos, y provistas de uñas en forma de gancho como la de los gatos, y aunque pareciera imposible se podían mover con suma facilidad. Sus caras aplastadas sin cuello mostraban una abertura ancha que parecía cumplir la función de boca, donde una fila de afilados, delgados y retorcidos incisivos crecían sin orden aparente. Unos ojos amarillos y enrojecidos se movían rápidamente bajo una membrana retráctil que los cubría, observando la cara de espanto de aquel ser humano que había quedado en estado de shock. Para rematar tales aberraciones a la naturaleza, un cuerno retorcido de carnero asomaba por al menos unos doce centímetros desde sus enrojecidos anos, goteando un líquido aguado de color amarillo pardo, parecido al pus. Cada pocos

segundos una lengua bífida muy larga salía al exterior dejándose caer hacia un costado y luego volvía a subir con dificultad.

Prontamente los gritos de dolor resonaron en un macabro eco bajo aquella inmensidad. El hombre y su caballo experimentaron el dolor más duro y atroz cuando esas criaturas de inframundo comenzaron a devorarlos en carne viva, despedazándoles violentamente con sus atrofiadas e irreales mandíbulas.

Pocos minutos fueron suficientes para que el suelo quedara cubierto por un enorme charco de sangre, cuero cabelludo y huesos húmedos.

Luego del silencio, prosiguieron los chasquidos de las uñas raspando contra el suelo cuando aquellas asquerosas deformidades corrieron y saltaron extrañamente rumbo a la ciudad cercana, sin concordar la locomoción entre sus tres patas.

A pocos kilómetros, una metrópolis lucía poderosa en la oscuridad de la noche. Dado que la mayoría de las construcciones eran de una piedra gris azulada, emitían un brillo opalino muy particular. Edificaciones de dos y tres plantas se alzaban majestuosamente y un par de torres y edificios públicos mostraban una antigüedad superior al resto de hogares y negocios comerciales. Las anchas calles de un apedreado delicado hacían relucir en cada esquina faros de vidrio en forma de gota con antorchas en su interior. Las casas eran en su mayoría de gran porte, con puertas altas de madera y ventanas de grandes dimensiones adornadas por bella herrería finamente trabajada. La mayoría de los hogares tenían las veredas bien cuidadas, limpias y barridas, a excepción de algunos lugares de la periferia, hogar de comerciantes y viajeros de poca monta. Las familias de Hiwarddkloff eran tan longevas como la misma ciudad, y por lo general se mantenían muy cerca las unas de las otras; las más pudientes, ricas y poderosas ostentaban sus riquezas mediante la construcción de grandes y señoriales mansiones.

El polo comercial había surgido gracias a la producción y exportación de finos trabajos en herrería, por lo que era bastante común ver durante el día a grupos de hombres en carretas, transportando rejas y demás espectaculares trabajos, apreciados mayormente por habitantes de lejanas ciudades y poblados.

En Hiwarddkloff había casi de todo, además de poseer los más experimentados herreros, había fabricantes de velas; el río les proveía de peces mientras que el agua era utilizada para el riego de la cosecha. Muchos tenían animales, los cuales eran útiles para la extracción de carne, hueso, leche y lana, entre otros. La ciudad estaba provista de dos grandes librerías, una de ellas con imprenta propia, y hacedora de la literatura más mágica y hermosa a mano de autores locales que emanaban una maravillosa prosa en novelas, cuentos y poesía. Los centros de alimentos

eran muy específicos, en poblados menos desarrollados se generaban ferias al aire libre, en la pudiente Hiwarddkloff existían lugares donde sólo se comercializaba carne, otros en donde se hallaban frutas y verduras, y otros donde se podían conseguir semillas y frutos secos.

La población, aunque numerosa, era dócil y autocomplaciente, tenían prácticamente todo lo imaginado al alcance de la mano, por lo que no era necesario alejarse de Hiwarddkloff para conseguir algo. La gente se movía en carruaje (o al menos lo hacían los que vivían lejos del centro de comercios, ubicado en el centro de la ciudad) y muchos a pie, siempre haciéndolo con lentitud, pues no existía razón para andar deprisa.

Podía decirse que la ciudad de Hiwarddkloff poseía una enorme riqueza, y había crecido por cuenta propia y por el trabajo conjunto de todos sus habitantes. Era tal la fama de la ciudad que personas y familias enteras provenientes de lugares lejanos se acercaban para comprobar si lo que decían de ella era realmente cierto, para luego de comprobarlo instalarse y echar raíces.

Aquella noche carruajes y personas caminaban tranquilamente, paseando o efectuando las últimas compras; en algunas calles, y gracias al arremolinado viento se juntaban hojas secas, que usualmente eran aplastadas o pateadas con ferocidad por los niños que amaban su característico crujido al aplastarlas mientras jugaban.

Los gritos de pavor y desesperación comenzaron a sonar uno detrás del otro cuando aquellas cientos de criaturas deformes empezaron a aparecer atacando a hombres, mujeres y niños. La locura llegó a tal punto que las personas desprevenidas se metían a la fuerza a hogares y comercios, sin poder creer lo que estaban experimentando. Los menos afortunados terminaron siendo devorados en partes o completamente por aquellas calamidades de tres patas de hambre atroz.

De entre todo el tumulto de gente que corría dejando caer las bolsas del mercado, usurpando casas y llorando del miedo, un par pudo encontrar asilo en uno de los templos más antiguos: La iglesia.

Un hombre joven y uno más anciano de larga barba canosa hicieron todo lo posible para trabar las puertas con unas pesadas banquetas de madera, mientras que, a pocos metros y con un hermoso bebé en brazos, una mujer lloraba nerviosamente, observando como el grueso nogal del que estaban hechas las puertas, eran azotadas por garras y gritos desgarradores desde el otro lado. El lugar estaba casi a oscuras a excepción de varias velas de parafina blancas dispersas en un altar y en un candelabro de grandes proporciones que pendía del techo.

—¿Está bien sujeta, Rootwing? —preguntó la dama con voz entrecortada

meciendo al niño.

—Creo que sí, Katie —el hombre que le respondía tenía unos imponentes ojos verdes pardos, una corta barba y unos cabellos castaños que le llegaban casi ala mitad del cuello—, gracias a este señor, no pudieron alcanzarnos. ¡Le agradecemos mucho! —esta vez estiraba la mano para estrecharla con la de su salvador.

—Créanme —dijo el anciano—,hice lo que cualquier ser humano de corazón podría haber hecho —a pesar de tener al menos un metro ochenta, parecía de más baja estatura gracias a su frondosa y larga barba blanca; una hermosa sonrisa mostraba que era una de esas personas de gran corazón, sabias y sinceras. En su mano derecha llevaba un cayado de madera que tenía en su parte superior una piedra azulada muy parecida al lapislázuli pero casi transparente.

—¡Sólo que usted, señor, no es humano!

Alguien venía caminando apresuradamente con largas pisadas desde un frondoso altar en donde lucía brillante a un crucificado Jesús de oro sólido con corona de plata. Se trataba del sacerdote de la Santa Iglesia de Hiwarddkloff, un hombre de baja estatura, panzón y de corte tipo fraile pero sin calva.

—¡Es un sucio hechicero! —señalando con su gordo dedo índice al anciano agregó—: ¡Un servidor del Diablo!

—Disculpe usted, señor Mell —respondió el anciano con calma, al parecer ambos se conocían—.Sí, soy un hechicero, pero no obtengo mis poderes de ningún Diablo, sino de mi Dios: Mirarré.

—¿Qué clase de estupidez es esa? —el sacerdote estaba fuera de sí, lleno de un profundo odio—.Su dios es el Diablo, y nadie más. ¡Ahora retírese de aquí, ya le he recordado varias veces que no tiene que estar en mí iglesia!

—¡No me da ninguna clase de placer estar aquí, señor! —el anciano también comenzaba a elevar la voz —. Si hubiese habido manera de evitarlo... y no trate de faltarme al respeto.

Un grito gutural muy profundo resonó del otro lado luego de que la puerta fuese sacudida por lo que pareció ser una violenta embestida.

—¿Qué demonios es eso? —el sacerdote abrió sus ojos con temor y dio unos pasos hacia atrás, ahora entendía por qué las puertas de entrada estaban obstruidas por las banquetas.

—Ha utilizado las palabras correctas, Mell —el hechicero también observaba con recelo por debajo de la puerta.

—¿Qué está pasando? —miró rápidamente al joven hombre y a su acompañante tratando de buscar una respuesta que no fuese proporcionada por el anciano.

—Hiwarddkloff ha sido víctima de unas criaturas del inframundon
—sentenció el viejo con seriedad, mostrando una profunda preocupación.

—¿Qué? No, eso no es posible.

—Si no me cree, mírelo con sus propios ojos.

El religioso le devolvió una mala cara y se dirigió a una de las escaleras caracol, por la que ascendió a una serie de hermosos vitrales azulados donde podían verse algunas figuras santas; observó por una ventana romboidal que la ciudad estaba realmente siendo invadida. En las calles que ahora estaban desiertas, podían verse cuerpos y sangre, y muchos de esos demonios tratando de ingresar a las casas.

—¡Dios mío! —el sacerdote no daba crédito a lo que sus negros ojos veían, era como estar viviendo en carne propia alguna escena apocalíptica de su Biblia —¿cómo podría detenerse algo así?

—Ojalá estuviese equivocado, pero creo saber cómo —el anciano volvía a tomar la voz mientras se sentaba en una banca. Su rostro lucía demacrado, cansado, y muy preocupado.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Rootwing abrazando a su esposa mientras que ésta continuaba atenta a los sonidos y a las espectrales sombras que se dibujaban por debajo de la puerta.

—Creo que las leyendas son reales. No viene al caso que cuente las cosas que me han dado esa información —observó al sacerdote como si éste hubiese tenido algo que ver—, pero la historia cuenta que...

Y así, en aquella triste noche, protegidos dentro de un templo de fe, el anciano relató a Rootwing, a la mujer llamada Katie, al pequeño bebé y al sacerdote (que aún seguía en las alturas observando horrorizado la panorámica escena) la historia de la creación del mundo y del universo existente, con la diferencia de que mostró la intervención de otras deidades, tan poderosas como el Dios de los cristianos, contó también sobre una enorme batalla que se llevó en un plano superior al nuestro, entre un ángel rebelde, sus seguidores y los demás dioses.

—¿Y qué pasó luego?

—Shtrá, o el Diablo como ustedes lo conocen fue derrotado por unas poderosas palabras dichas por el Dios de los cristianos, el Dios de los magos: Mirarré y el Dios del tiempo: Ceusso —confirmó el anciano a Katie —Esas palabras en idioma sagrado fueron tan poderosas, que Mirarré mismo se encargó de transcribir en un libro por si el mal retornaba. Afortunadamente el libro fue escondido en nuestra tierra. Creo que encontrarlo podría ayudarnos a enfrentar nuevos ataques. En realidad no lo creo... ¡ESTOY SEGURO!

—¿Qué? ¿Habrán más ataques? —Rootwing pareció más asustado luego de que el anciano asintiera lentamente— ¿Y en dónde encontraremos ese libro?

—En una de las siete cuevas de Salamanca —respondió el mago.

—Dioses extraños y un libro de magia. ¡Por favor, deje de decir idioteces! —el sacerdote gordo ya había bajado las escaleras y volvía a entrometerse—. Eso no dice mi Biblia.

—No todo está en ese libro, sino en otros también —respondió el viejo.

—Ah, claro, “sus” libros —puso especial énfasis en aquella palabra dando a entender que no daba crédito al anciano—. No vamos a creer en eso. ¿Verdad? —preguntó inútilmente buscando apoyo.

—¿Quiere acaso que nos maten? Si todo fuese una patraña como usted afirma, nada de eso allá estaría pasando. ¿No lo ha razonado? —preguntó Rootwing molesto—. Debemos ir hacia allá —esta vez dirigiéndose al hechicero.

—Sí —interfirió la joven madre—. Porque de hecho...

Katie enmudeció al instante, y todos quedaron en vilo porque un vidrio se había roto, y un pequeño demonio hacía su ingreso. Al estudiar los alrededores con aquellos asquerosos ojos amarillos, la bestia olfateó al par de humanos que estaban a pocos metros y, profiriendo un grito macabro, comenzó a correr de manera aterradora con sus tres patas hacia ellos; pero sin miedo el hechicero le hizo frente, y con su cetro en alto, pronunció inmediatamente unas palabras en un lenguaje extraño.

La piedra azulada del cetro se iluminó desde su interior, ocasionando que el adefesio detuviera abruptamente su marcha: Se estaba prendiendo fuego.

El demonio ahora estaba muerto.

El sacerdote, Rootwing, su esposa y hasta el niño habían quedado sorprendidos por la pronta actuación del viejo.

Luego de que el poderoso anciano insistiera con amabilidad, el sacerdote aceptó ayudar a las tres personas, y les ofreció su carruaje. Bajaron por unas escaleras de piedra hasta que llegaron una bella sala, que resultó ser un pequeño establo, donde aguardaba un hermoso carruaje negro y, más adelante, comiendo plácidamente, un par de musculosos caballos blancos de manchas marrones.

—Admiro sus caballos —comentó el hechicero al religioso. Seguramente aquellos animales habían sido utilizados para largos viajes, se notaba claramente que eran resistentes.

—Muchas gracias —le respondió el sacerdote de mala gana, mientras comenzaba a acariciar a los equinos para que no se asustaran por la llegada de aquel grupo de extraños.

—¿Tienen nombre? —Katie también se había acercado y acariciaba a uno de ellos.

—María y Tomás.

—Bonitos nombres.

El carruaje quedó preparado luego de que el sacerdote trajera agua y comida para guardar en unas alforjas. Antes de salir trató de reñir con el hechicero nuevamente, alegando que se trataba todo de una tremenda y horrible escena planeada por éste para realizar algún rito macabro, hasta le arrojó un poco de agua bendita, pero al ver que aquel hombre de barba larga no se derretía, decidió desistir; al fin y al cabo no le quedaba otra opción, pues era más que seguro ir con ellos y alejarse de Hiwarddkloff que quedarse solo, donde podría ser atacado. Fue doloroso para Mell dejar que un hechicero subiese a un carruaje eclesiástico (ya imaginaba el enojo de su amigo Robbert Seghers cuando se enterara), sentía que el pecho se le partiría en dos, pero estaba acorralado, no tenía otra opción.

Además de provisiones cargaron una serie de espadas que el mismo cura roció con agua bendita y acompañó con un rezo.

—¿Estamos listos? —Rootwing y el hechicero aseguraban las puertas y tomaban las riendas de aquellos fuertes caballos.

El hechicero alzó su cetro y pronunció fuerte y claro:

—¡iCrenfaliuss!!

Inmediatamente una burbuja de color celeste metalizado comenzó a hacerse visible, los había cubierto a todos, largando unos bellos y chispeantes brillos. Segundos después, ésta se hizo invisible nuevamente. Dentro del carruaje, Katie y el bebé quedaron maravillados, el sacerdote en cambio, había sacado un crucifijo que besó al menos unas doce veces.

—¿Qué fue eso?

—Protección, Rootwing —sonrió el hechicero—, protección.

Comenzaron a avanzar cuando las puertas de madera de aquel bello establo se abrieron solas de par en par, seguramente hechizadas para no tener que hacerlo manualmente.

Pronto observaron horrorizados que Hiwarddkloff estaba completamente vacía; ya no se veían personas, todo era un completo silencio, en algunas partes se podían ver vidrios rotos, puertas arañadas, bolsas tiradas en la calle, ropas, grandes charcos de sangre y resonantes gritos lejanos, que por suerte eran mermados por el sonido de los cascos de los caballos. Rootwing y el anciano vigilaron con mucho cuidado a sus alrededores con espada y cetro en manos, por si algún demonio intentaba atacarlos sorpresivamente.

Poco a poco comenzaron a dejar la ciudad, que desde aquella prudencial distancia era otra, como si hubiese perdido la vida y aquel esplendor que la caracterizaba. El camino fue haciéndose más oscuro, hasta que el carruaje traspasó un arco de viejos árboles deformes; estaban ingresando al tan hablado y temido Bosque Diabólico.

A pedido del hechicero, ingresaron al carruaje junto a los demás, sin antes susurrar algo a los caballos, quienes continuaron el camino sin la necesidad de alguien que les guiara.

A pesar de haber tanta maleza y árboles de gran altura, se podía apreciar un sinuoso y serpenteante camino de tierra que quedó a la vista cuando el hechicero se asomó por la ventanilla y luego de tronar los dedos hiciese encender las cuatro antorchas del vehículo.

Ahora los caballos habían aminorado la marcha.

Todos los habitantes de Hiwarddkloff sabían cientos de miles de historias que tenían al Bosque Diabólico como protagonista, y a pesar de las cosas inventadas que le agregaban, todas contenían algo de veracidad: Aquel lugar era tenebroso por poseer un aura oscura y deprimente.

Se podría afirmar que en el Bosque Diabólico se habían suicidado al menos unas quinientas personas; allí se reunían iniciados en Magia Negra, las brujas celebraban Aquelarres, los malhechores efectuaban negocios turbios y además, ese lugar era el hogar de un sinfín de criaturas de pesadilla. Nadie sabía por qué, pero el Bosque Diabólico era tan viejo como el tiempo; antes de que Hiwarddkloff fuese fundada, aquella enorme y negra extensión ya existía. Muchos afirmaban que era el hogar del mismo Diablo, y que había nacido al ser creada la tierra, otros decían que aquel bosque era una especie de portal a una dimensión macabra y oscura, y que por eso se podían ver en ciertas noches a criaturas deformes o a seres fantasmales. Lo cierto era que el Bosque Diabólico tenía una popularidad enorme, y todos a pesar de temerle y aborrecerlo, le guardaban un profundo respeto, como si se tratase de algo con mente y corazón, como si se tratase de algo con vida.

El sacerdote, que estaba algo transpirado se asomó a la ventanilla, y luego de bajar el vidrio estiró la cabeza para respirar, al sentarse nuevamente dijo que se llamaba Mell Tekkings; el joven y atractivo hombre Rootwing Raindbow, su esposa se llamaba Katie Nagbble y el hijo de ambos Ruppert. James Hirdtitch, el hechicero fue el último, quien se presentó con una pequeña referencia (o al menos lo que su altura y el techo del carruaje le permitieron).

El camino era pedregoso, y poco a poco el suelo fue volviéndose más y más blancuzco debido al descenso de la temperatura que no tardó en hacerse sentir en el interior. Al mirar por la ventanilla al paisaje, éste se volvió más oscuro; a pesar de contar con la luz de las cuatro antorchas del carruaje y con la del satélite terrestre, podían distinguirse sólo unos pocos metros del camino, después de eso sólo una espesa mata de negrura con una serie de pequeños y extraños brillos o reflejos fugaces como curiosos ojos que estaban al pendiente de aquel vehículo que había tenido el tupé de adentrarse al camino del Bosque Diabólico.

Durante la marcha Mell no dejó de rezar frenéticamente en latín con su crucifijo plateado; James aseguraba que el conjuro realizado momentos antes de salir de la iglesia les protegería por al menos un par de horas más, aunque no dejaba de vigilar meticulosamente (algo en su interior le decía que las cosas podrían cambiar en cualquier momento). Nada era de sorprender sabiendo en dónde se encontraban.

Quedaban al menos unas cinco o seis horas para poder terminar de atravesar el Bosque Diabólico, lamentablemente no existía otro camino que les permitiera ganar tiempo, elegir uno alternativo (como el Camino Blanco) habría significado el doble de viaje. Aunque se tratara de un riesgo, uno muy grande, era necesario hacerlo, quizás Mirarré, el dios de los hechiceros y otros les darían protección en aquel lúgubre y macabro

lugar.

Alrededor de una hora después el silencio fue tan profundo que el ruido de los cascos de los caballos se oía resonar con total claridad como si los equinos corrieran dentro del carruaje. Katie mecía al niño entre sus brazos temblorosamente, Mell estaba absorto en sus rezos, deseando salir cuanto antes de aquel horrible lugar, James permanecía con la mirada fija como un águila esperando el movimiento de su presa, y Rootwing no dejaba de repasar en su mente los sucesos vividos. Aunque él había sido el que había apoyado en un principio al hechicero para poder salir de la ciudad en busca de esas cuevas de Salamanca, ahora lo ponía en duda. Las cosas habían sucedido demasiado pronto para él, nunca pudo haber imaginado que seres demoníacos aparecerían una noche para cambiarlo todo.

¿Todo aquello era real, o sólo una de esas pesadillas vívidas que nos dejan confundidos?

Se pellizcó la mano con tal fuerza que dejó un moretón en sus blancas y bellas manos, el dolor fue instantáneo y la realidad pesimista; miró por la ventanilla y esa oscuridad penetrante casi le hace enloquecer. No estaba acostumbrado a esa clase de cosas, sólo sabía de criaturas oscuras y de magia por los libros de cuentos que solía leerle a Ruppert para que durmiera, pero nunca pensó que “esa clase de cosas” pudiese ser tan real y palpable. Por partes se sentía insignificante y tonto, más allá de su amada Hiwarddkloff existía un universo completamente nuevo y lleno de misterios y peligros que él nunca vio. Ya no se encontraba en la comodidad de su ciudad, ahora estaba pisando el mundo real, y no existía otra realidad más que la de afrontar lo que pudiese venir. De todas maneras, algo de adrenalina corría poco a poco por sus venas, era bueno salir de la rutina, de estar rodeado de fuego, de fraguas y de hierros para explorar otros lugares.

Ahora debía de proteger a su esposa y a su hijo, no estaba dispuesto a dejar que les pasara algo por su culpa, tenía que ser fuerte y encontrar la paz interior que le permitiera afrontar las cosas que estaba a punto de vivir.

Sonrió tímidamente.

—Podríamos deteneros a estirar las piernas —propuso Katie con ingenuidad mientras que cambiaba de brazo a Ruppert, la postura la había dejado entumecida.

—Nada de eso —le respondió el hechicero bajando un poco el vidrio de la ventanilla, el aire estaba viciado dentro del vehículo—. No podemos detenernos en medio del camino en el Bosque Diabólico, al menos debemos evitarlo, sólo en el extremo de los casos podremos hacerlo. Aún

nos queda un largo camino que recorrer.

Mell bufó mirando al suelo por lo bajo.

De repente el silencio desapareció, un movimiento brusco los sacudió; Katie comenzó a gritar alejándose de la ventanilla cuando casi Ruppert se le escapa de los brazos.

Los caballos habían comenzado a relinchar asustados, el vehículo ahora empezaba a vibrar.

Algo los estaba acompañando: Una especie de perro negro, de hocico largo y retorcido, con ojos blancos.

—¡Es un Drigonium! —gritó James con susto— ¡DRIGONIUM!

El horrible animal comenzó a hacerse más y más grande; primero, sus patas se alargaron al menos unos setenta centímetros y su torso empezó a estirarse poco a poco, con cada horrible cambio, largaba unos terribles alaridos que dejaron a Mell llorando del susto.

La carroza iba tanta velocidad que comenzó a dar saltos.

La malévola criatura siguió corriendo junto al vehículo, dando aterradores gruñidos y tratando de atacar a los caballos, hasta que, de un salto se desvaneció entre grandes matorrales.

Debido al enorme susto, los caballos se estamparon contra un pino gris y se vieron liberados de las riendas que les sujetaban; el carruaje dio al menos dos grandes vueltas sobre piedras y malezas hasta quedar de costado, luego de dar un estrepitoso golpe.

Los caballos huyeron despavoridos.

Un par de ruedas continuaron girando de forma despareja, chirreando hasta detenerse poco a poco. Dentro del vehículo todos sentían un profundo dolor que no tardó en calmarse cuando James, tratando de elevar un poco su cetro, pronunció unas palabras mágicas.

A Rootwing le dolía la cabeza y se había cortado el labio cuando se golpeó con el mango de su espada, aún así no le preocupó demasiado, pues se acercó lo más rápido que pudo a Katie y a su hijo, que estaba llorando, afortunadamente Katie había actuado a tiempo, protegiendo bien a Ruppert entre sus brazos cuando el vehículo dio los vuelcos, resultando el niño ileso. A James le dolía la muñeca y el pie derecho mientras que Mell sufrió un pequeño corte cerca del cuello, cuando su crucifijo metálico casi lo deja ahorcado al enredarse con la manija de la ventanilla (ahora hecha trizas), pudo palpar con su mano el interior de sus ropas sacerdotales,

para verificar con alegría que las muchas botellitas de agua bendita que había traído de Hiwarddkloff estaban bien.

Segundos más tarde, un sonido grave se hizo notar repentinamente, un sonido que era casi mecánico, James pudo elevar la cabeza lentamente por sobre la ventanilla del carruaje volcado, viendo con terrible horror que la criatura que antes se había manifestado en forma de perro ahora lo hacía bajo una forma más atemorizante: El Drigonium ya no era el mismo, no tenía forma de perro, ahora era como una especie de humano, calvo, con uñas negras y retorcidas muy largas en manos y pies, poseía unas alas membranosas como las de un murciélago las cuales las tenía casi expandidas en su totalidad, sus ojos lejos del blanco inicial, brillaban como dos grandes brasas; medía al menos unos tres metros y su extrema delgadez le hacían notar de manera abrupta las costillas.

—*iCrenfaliuss!*

El hechicero suspiró aliviado cuando La burbuja color celeste metalizado se hizo presente nuevamente y a los pocos segundos los destellos habían desaparecido; volvió a encender dos de las antorchas que estaban a sus costados, en el techo del vehículo (ahora de costado) al tronar con algo de dificultad sus dedos. El monstruo siguió corriendo alrededor, bufando con un odio atroz y observando hipnóticamente al par de humanos que asomaban su cabeza por el espacio hueco de la ventanilla rota.

—¡Dios, mío! —gimió Mell al observar al demonio merodeador; segundos más tarde volvió al carruaje volcado y se quedó temblando, sentado junto a Katie, mirando fijamente a James, que comenzaba a hablar con Rootwing, quién ahora se ponía de pie para observar el panorama.

—¿Qué es eso, James? —el joven tuvo muchas sensaciones al ver a ese adefesio por vez primera, pero nunca sintió miedo, más bien era una mezcla de asco y una cierta impresión, ese ser se movía tan rápido que era difícil verle el rostro, sólo la mancha fugaz de sus ojos rojos y el sonido que emitían recurrentemente sus garras al chocar contra el duro y frío suelo del bosque.

El anciano estaba calmado, pero seguía con la vista en la criatura que no dejaba de rodearlos, hacía varios minutos que estaba haciendo aquello sin detenerse y estaba lejos de parecer cansada. Tragó saliva y luego de mirar por unos segundos a los verdes ojos de su compañero, respondió:

—El Drigonium es un demonio, Rootwing, un demonio.

—¿Qué es lo que haremos ahora? ¿Cómo podremos salir de este lugar? ¿Cómo...?

Las preguntas brotaron instantáneamente con un dejo de preocupación.

—Esperar —fue la respuesta instantánea de James levantando una mano para evitar más preguntas —, estamos protegidos todavía, el Drigonium no se nos acercará porque no puede hacerlo. ¿Oyes eso? Su odio se incrementa porque la energía proyectada por mi hechizo genera una barrera impenetrable que él, con toda su oscuridad, no puede trasvasar. Ya me he enfrentado a estas criaturas cuando era joven y viajaba por lugares distantes, Rootwing, sé cómo piensan —dirigió su mirada al interior del vehículo volcado y observó que Ruppert comenzaba a llorar, luego volvió a mirar al Drigonium—. Él también espera.

—¿Qué quieres decir?

—La magia no es eterna; mi hechizo, por más que sea poderoso no nos va a proteger para siempre.

—Entonces...

—Esperará a que perdamos protección para atacarnos, él puede presentirlo, y se está preparando. Por ello debemos actuar rápido. Tendremos que atacarlo no sólo con magia, sino también como mortales, los drigoniums son de otra naturaleza, Rootwing, podría hostigarnos por horas, hasta durante el día.

Capítulo 5

5

-DRIGONIUM-

Rootwing fue el primero en pasar por el hueco de la ventanilla rota, una vez arriba pudo extender sus fuertes brazos y ayudar a salir a James, lo mismo hicieron con Katie, Ruppert y un tembloroso Mell que se había negado más de una vez a abandonar aquel “seguro” lugar. James tuvo que explicarle unas diez veces que si continuaba con aquella postura, sería el primero en ser devorado por el demonio, sólo así decidió cooperar y estirar sus regordetes brazos para que pudieran ayudarlo a salir.

Se encontraban al menos a unos diez o doce metros de distancia del apedreado camino por el que habían estado transitando.

Pedazos de ramas que se habían desprendido de pinos y álamos resacos se encontraban desparramados alrededor debido al alto impacto del carruaje; la burbuja protectora del hechizo de James les proporcionaba un perímetro bastante amplio, alrededor de cinco metros, después de eso era “zona de peligro”, donde el Drigonium no sólo emitía gritos aterradoros, sino también sonidos guturales que helaban la sangre.

Con algo de esfuerzo pudieron poner de pie al carruaje volcado, aunque lamentablemente los cristales eran irrecuperables, las fuertes ruedas de hierro y madera podrían repararse con un par de golpes para volver a calibrarlas. Después de eso comenzaron a recoger del suelo toda la madera y astillas que pudieron, y la fueron ubicando a modo de anillo alrededor del carruaje eclesiástico, aunque claro, a una prudencial distancia. Luego, con las antorchas se dedicaron a encender los troncos y en menos de diez minutos estaban rodeados de unas llamas que les dio un poco de temperatura en aquella fría noche. Cuando Mell, de mala gana acusó al anciano de ser un demente, y que los iba a terminar matando en una especie de ritual, James le respondió con mucha clase que iban a tener el tiempo suficiente para enfrentar al Drigonium y que, después de eso le iba a terminar de dar las gracias de rodillas.

—Lo dudo mucho —refunfuñó el gordo apretando con fuerza su crucifijo.

Una vez que se calentaron un poco, junto a las llamas, James ordenó que fueran metiéndose de nuevo al carruaje, ya que el conjuro protector iría perdiendo fuerza poco a poco hasta desaparecer por completo. Ya dentro, pudieron clausurar el lado izquierdo con la madera más fuerte que pudieron conseguir, tan dura que había costado mucho trabajo cortarla

con el filo de tres espadas; era una medida de seguridad, si el Drigonium intentaba ingresar (hecho que James estaba más que seguro que sucedería), al menos lo intentaría por la derecha, el lugar más cómodo porque no tendría que hacer esfuerzo alguno.

El anillo de fuego que había conseguido tener unas llamas de más de un metro, de color azul y anaranjado, ahora tenían una altura de unos cuarenta centímetros. James estaba preocupado, y pensó que se habían apresurado al encenderlo tan deprisa, por ello, y tras meditarlo seriamente dijo:

—Creo que no debemos perder más tiempo. Romperé el hechizo. ¡Mell, quédate lo más cerca de Katie y de Ruppert! —ordenó. Sorpresivamente el sacerdote obedeció y se quedó junto a la mujer con crucifijo, agua bendita y espada en mano—. Rootwing, quiero que estés preparado, ni bien dejemos de estar protegidos él nos atacará —señaló con uno de sus largos dedos índice al Drigonium que ahora daba pequeños saltos, presintiendo que su momento se estaba acercando.

—Entendido.

—¡Prepárate!

—¿El fuego nos servirá de algo?

—Nos dará tiempo, pero sólo el mínimo.

Rootwing tragó saliva, puso su espada en alto y asintió con la cabeza, James hizo lo mismo y se quedó con su espada en una mano y el cetro en otra, parado sobre la escalerilla metálica del carruaje; volvió a mirar a Rootwing fijamente, después al Drigonium, suspiró hondamente y con el extremo inferior de su cetro dio un golpe al suelo y se oyó un repentino siseo.

El monstruo había desaparecido.

Menos de cinco segundos fueron suficientes para que el carruaje se estremeciera completamente y James terminara en el suelo, forcejeando con ese enorme demonio.

A pesar de la edad, James mostró una gran valentía y una fuerza incalculable; aunque estaba en el suelo con el cetro atravesado para que el Drigonium no le sacara un pedazo del rostro con un mordisco, pronunciaba una serie de palabras en otro idioma, cosa que producía en ese ser un dolor interno que le hacía proferir unos terribles gritos.

Rootwing reaccionó a tiempo y con un espadazo pudo cortarle parte de esas asquerosas alas de murciélago que mantenía extendidas,

mostrándose mucho más grande y amenazador que antes. Pudo sentir que esas alas, contrario a lo que parecían, no eran blandas y tiernas, sino resacas y duras, como un viejo y curtido cuero.

El hechicero quedó liberado inmediatamente, pero Rootwing recibió un zarpazo del Drigonium. En la cara ahora tenía cinco largos y sangrantes rasguños, pero fue más doloroso estampar su espalda contra el duro suelo.

El monstruo, luego de amedrentar a Rootwing, giró su cuerpo con elasticidad y trató de ingresar al carruaje, pero dado su tamaño sólo pudo limitarse a meter su largo y delgado brazo, con tanta fuerza que todo se tambaleó a punto de volver a caer, daba arañazos ciegamente. Katie no dejaba de gritar, apretando fuertemente a Ruppert entre sus brazos, apretándose lo más que podía contra la ventanilla clausurada con maderas; afortunadamente Mell supo utilizar la espada y le rebanó con precisión cuatro de esos deformes cinco dedos. James ya estaba de pie, y había deslizado el filo de su espada por el cuello del demonio.

—*¡Salientupecssdumm!* —pronunció mientras que con el cetro apuntaba al tembloroso y tambaleante cuerpo cercenado, segundos después éste estaba tan tieso como una piedra.

El Drigonium cayó al suelo bajo chorros de lo que aparentaba ser una sangre espesa y negruzca. El mago elevó su cetro al cielo y repitió esas palabras protectoras que formaron una burbuja celeste metalizada que se volvió transparente.

Katie bajó de un salto, bastante agitada para socorrer a su esposo, que continuaba tendido en el suelo. Rootwing despertó al instante cuando James le arrojó en la cara un poco de agua.

—¡Amor, estás vivo, y sangrando! —Katie ya comenzaba a limpiarle el rostro con sus ropas.

—¡Gracias, Señor mío! —Mell estaba arrodillado con las manos entrelazadas mirando ciegamente al oscuro cielo.

—Eres fuerte, Rootwing —dijo James—, y afortunado, no muchos sobreviven a un Drigonium.

—Tú eres el fuerte, James —le respondió su interlocutor con una sonrisa.

—A veces los viejos damos sorpresas.

Empujaron los restos del demonio a unos cuantos metros del anillo de fuego, que ahora no era más que brasas, buscaron ramas y troncos nuevamente y armaron una fogata para quedarse sentados muy cerca de

ella, ya que la temperatura seguía su descenso.

De las alforjas pudieron sacar unas botanas que Mell había logrado armar, algo de arroz con verduras y unas cuantas frutas. El sacerdote había llevado también una serie de pequeños calderos y unos cucharones de madera que fueron muy útiles para calentar la comida a fuego lento (sobrevivientes al vuelco del carruaje gracias a estar envueltos en muchas capas de tela). La atmósfera que se respiraba en el Bosque Diabólico era bastante sofocante, sin contar con la serie de extraños sonidos, crujidos y lamentos que se entremezclaban con el viento; cada tanto, cuando las nubes se disipaban podían verse unas tímidas estrellas, aún así no era suficiente para quitar el miedo y esa sensación continua de inseguridad que se manifestaba en todos, sobretodo luego de semejante experiencia. James realizó una serie de conjuros en voz baja y Mell, bastante alejado de éste realizó unos cuantos rezos con la misma finalidad: alejar cualquier clase de mal; luego se sentaron a comer, con ese frío casi glacial, junto al fuego, el arroz con verduras sabía mucho más que delicioso, tanto que nadie dijo nada por un largo rato hasta que el sacerdote tomó la palabra:

—Dígame —inició la conversación sin soltar la cuchara colmada de arroz—, ¿qué clase de brujo es usted? Digo... ¿cómo puede tener poderes un anciano? ¡Sin ofender!

—¿Brujo? —James nuevamente se sentía atacado por las palabras y la manera de dirigirse que tenía el religioso—. Soy un hechicero, un mago, y en cuanto a los poderes, algunos nacemos con habilidades mágicas, poderes naturales que no tienen una explicación lógica. Como usted sabe, Mell, hay cosas en este mundo que fueron creadas por razones infinitas, y mi razón en este bendito planeta es ayudar a los demás, hacer el bien.

—No trate de comprarme. No voy a caer en sus engaños de la magia y todo lo relacionado con la brujería.

—¡Le digo que no soy brujo! —gritó ya sin paciencia apretando su puño a tal extremo que se puso de color rojo— ¡Hay mucha diferencia!

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —le cuestionó el sacerdote que de alguna manera parecía disfrutar al estar riñendo con ese hombre amable, quizás porque nunca lo había querido. Siempre había sentido un especial rechazo y odio hacia la gente que no creía en su Dios, a la gente que no rezaba, a la gente que no iba a la iglesia; pero Mell no sabía que aquel anciano de larga barba era un hombre de mucho respeto hacia cualquier religión o forma de fe, y creía en el Dios de los cristianos tanto o más que cualquier devoto.

—Usted confunde dos conceptos que son totalmente diferentes, que no tienen ni la más mínima relación —continuó James tratando de relajarse—, usted que se cree superior...no sabe nada —agregó en voz

baja.

—Si yo no sé nada, pues explíqueme así estoy al tanto ¿Qué le parece?

—¡Siete! ¿Eso no te recuerda a nada? A mí sí...

Mell se quedó observando aquellos ojos celestes, y pensó.

—¡Siete...! —dijo luego de un rato abriendo la boca por la sorpresa—
¡Aquella mañana! ¿Quieres decir que...?

—Exacto —confirmó James.

—Pero... ¿cómo?

—Lo que traté de decirte ese día que fui a la iglesia estaba relacionado con sueños y situaciones que venía viviendodesdehacía tiempo. Extrañas señales relacionadas con el siete. Hoy auné esas pistas, dándome cuenta de que la historia de las cuevas de Salamanca es tan real como todos nosotros.

Nuevamente reinó un silencio, hasta habían dejado de comer. Algo en la cabeza del religioso empezaba a funcionar.

—Yo también...he tenido sueños —dijo temeroso—. Caminaba por la calle y veía a hombres, niños y mujeres ciegos... —se le había formado un nudo en la garganta que le impidió continuar, por ello tomó un trago de agua y trató de seguir como pudo—: A pesar de que trataba de ayudar a las personas, ellos gritaban de dolor. Me sentía tan impotente...

¿Y si realmente James había tenido razón aquella mañana en que se había hecho presente pidiéndole que le dijera lo que sabía respecto al número siete? En aquella oportunidad, él había sido tan desconsiderado como siempre, deshaciéndose del hechicero con gritos y rezos en latín. Cabía la posibilidad de que, y aunque le doliera hacer caso omiso a las palabras de su buen amigo (también sacerdote), Robbert Seghers, James no obtuviera sus poderes por hacer tratos con el Diablo.

Finalmente abría los ojos a la verdad: Había sido un tonto.

—Entonces no fui el único que recibió señales —pensó en voz alta James llevándose a la boca otra cucharada de arroz—. Recuerdo que la primera señal que tuve fueron unas piedras, ubicadas en la entrada de mi casa, colocadas en fila, una delante de otra, eran siete. ¡Siete! Por ello decidí ir a tu iglesia esa mañana. Tu sueño, Mell, puede tener que ver con el ataque que ha sufrido Hiwarddkloff esta noche.

—Sí...

—Nosotros hemos vivido algo también —se aventuró a entrometerse Rootwing.

—¿Si? —preguntó Mell anonadado.

—Varias situaciones —agregó Katie.

—Cuenten —James veía que las piezas del rompecabezas podían ser varias además de las suya y las de Mell.

—Hace varias semanas, en casa, luego de que volviera de mi taller donde terminaba el encargo de una espada, escuchamos ruidos —James levantó una de sus manos para preguntar algo, pero segundos después hizo un gesto con la cabeza para que prosiguiera—, ruidos que pensamos que eran ratas o insectos. Ollas, vasos y hasta los cristales tintineaban en las noches.

—¿Y qué fue lo que hicieron?

—Primero creímos que podrían ser ladrones, James —contestó Rootwing—, pero cuando salí con la espada esa noche me llevé un gran susto al comprobar que esos ruidos se emitían solos. No había nadie en la casa ni en los alrededores. Por eso hoy planeábamos a ir a ver al sacerdote de la ciudad —se sorprendió ante sus propias palabras y el ritmo de su discurso fue más lento—, para que nos diera una respuesta y para que fuese a bendecir nuestro hogar.

No sólo Rootwing estaba sorprendido, también su esposa, Mell y James, que se daban cuenta de que las cosas habían sucedido por una razón en particular, algo o alguien les había dado indicios y señales para que se encontraran esa noche en la iglesia, señales que venían siendo constantes desde hacía varias semanas.

—Pero hay algo más —ahora Rootwing parecía escoger cuidadosamente las palabras antes de hablar; James aguzó el oído y Mell se mantuvo tieso—: una de esas noches en que salí al jardín me...llevé un gran susto. Oímos muchos ruidos que no venían del interior de nuestra casa, sino de la puerta trasera, ruidos que habían sido acompañados por lo que parecía un suspiro. Un suspiro humano...

Rootwing pudo ver que a Mell se le escapó de las manos su tazón de arroz que se hizo añicos al caer al suelo.

—...cuando estuve fuera encontré huellas humanas —concluyó.

— ¿Humanas? —preguntó James sin poder contenerse.

—Bueno, casi humanas, en su totalidad. Había palmas con dedos, cosa que me hizo deducir que era una mano, pero también las acompañaban otro tipo de huellas, unas de cascos.

—...Huellas con cascos... —el sólo repetir esas palabras habían hecho funcionar al máximo la imaginación de Mell que a causa del miedo pudo sacar de sus ropas un frasco de agua bendita al cual vació con un profundo trago.

—Minutos después se repitieron los sonidos. Para entonces yo tenía mi espada en mano y Katie estaba a mi lado con una lámpara...

—Antes había ocultado a Ruppert en un lugar seguro —aclaró Katie que insistía en darle de comer al bebé cucharadas poco cargadas de alimento para evitar que éste se ahogara con el arroz.

—...y pudimos ver juntos algo realmente asqueroso, horripilante. En efecto, se trataba de huellas de manos humanas. A pocos metros de nosotros nos observaba una especie de jabalí con patas que no eran patas —volver a recordar aquello le estremeció hondamente, tanto que sintió escalofríos—, y la cosa no termina ahí. Tenía una cabeza humana que era la causante de esos suspiros, que no eran suspiros, eran lamentos de sufrimiento.

El dolor de Rootwing fue tan grande que los ojos se le llenaron de lágrimas. Inmediatamente se puso de pie y se metió en el carruaje, dejando a todos consternados; Katie fue la única a la que no le llamó la atención aquella actitud.

Observó atenta hasta que su esposo corrió las cortinas del vehículo y agregó en voz baja:

—¡Tenía el rostro de su padre!

—¡Santo cielo! —James recordó instantáneamente cuando una mañana encontró misteriosas huellas de siete dedos en su jardín, huellas pertenecientes a una especie de demonio— ¿El padre de Rootwing? ¿Qué había sucedido con él?

—Lo encontraron casi desfigurado cuando se tiró de las alturas —la voz de Katie era casi un susurro cargado de una enorme tristeza—, se lanzó de un acantilado cerca de Hiwarddkloff.

—¡Silvann! —recordó Mell chasqueando los dedos— Silvann Raindbow.

—Nadie supo porqué lo hizo —James también le recordaba, pero sin tener una imagen clara de su rostro.

—Era un hombre muy devoto —comentó Mell—, era muy raro que faltara un día a mi iglesia.

De pronto el sacerdote se quedó mudo, estaba sintiendo nuevamente el nudo en la garganta, y el corazón le latió a una velocidad superior a la normal.

—¿Qué es lo que sucede, Mell? —inquirió el hechicero preocupado.

—Entonces era cierto... —fueron las palabras que brotaron con instantaneidad de su boca. Observó al carruaje detrás suyo por si Rootwing salía, después a Katie y luego a Ruppert con un profundo dolor—. Silvann había estado hablando conmigo unos meses antes de que sucediera lo que....terminó sucediendo —concluyó.

—No logro entenderte, Mell —Katie estaba atónita.

—Quizás si le hubiese dado más atención —sus manos temblaron, las guardó en su hábito hasta que se puso de pie—. Silvann había estado visitándome en privado, comentando una serie de extraños sucesos que le habían sucedido —confesó—, recuerdo que la primera vez que vino a confesarse me dijo algo muy particular, que luego de volver del trabajo con Rootwing, encontraba los utensilios de su cocina dispuestos en la mesa de forma circular, como formando un patrón.

James oía claramente, cada palabra era un tesoro, porque se daba cuenta que la situación era mucho más seria de lo que pensaba.

—Le aconsejé que rezara un poco cuando tuviese esas “Visiones” —tragó saliva con dificultad, haberle respondido de aquella manera había sido un fatal error—. Me dijo que lo haría, que quizás aquello se debía a su agotador trabajo y que la edad podía estar jugándole malas pasadas. La cuestión es que semana tras semana Silvann regresaba a confesarse contando cosas cada vez más disparatadas —el sacerdote volvió a enmudecer.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Katie con impaciencia.

—Silvann me contaba que por las noches....que por las noches solía sentir un respirar cerca de su rostro, un aliento caliente.

—¿Y qué fue lo que le aconsejaste, Mell?

—Notando su impaciencia y que las cosas que decía no eran cuentos decidí acompañarle a su casa para ver qué sucedía realmente. Esa tarde

llegamos y recorrí cada centímetro de la casa mientras recitaba una oración pero...nada sucedió. Silvann me decía que además del suspiro escuchaba también la voz de un niño, uno que se reía cuando estaba durmiendo por las noches, no le veía porque según él...se movía por las sombras.

El aterrador relato de Mell no finalizó en aquella macabra escena, sino que hubo más cosas, como que Silvann despertaba con arañazos en el pecho o daba saltos en la noche porque se quedaba sin aire. El sacerdote también comentó que le recomendó despejar su mente de toda energía negativa y rezar, para poder encontrar su centro y hacer brillar la luz en su interior, pero dado que nada surtía efecto decidió hacer un ritual junto a otro sacerdote, para limpiar de manera efectiva la casa, ya que se sabía de antemano que estaban en frente de algo no humano, algo con bastante poder para generar daño de forma mental y física. Según Mell, después de aquella fatídica tarde en que el ritual les llevó cerca de tres horas, el ambiente de la casa pareció ser diferente.

—Desde aquella vez Silvann volvía regularmente más descansado y con una sonrisa —relató el sacerdote—, sólo para decirme que al menos en la casa no habían regresado esas oscuras experiencias; pero quizás las cosas no estaban del todo bien.

Las lágrimas comenzaron a brotar de manera abrupta, y por primera vez en muchos años, aquel malhumorado sacerdote se veía como un niño, débil, asustado y triste. James trató de consolarlo con un abrazo, pero éste se negó rotundamente. Se limpió los ojos y se volteó para volver a sentarse en la roca, para darse cuenta con sorpresa que Rootwing estaba ahí parado, tieso, procesando todo aquello.

Katie, que tampoco se había dado cuenta de que su esposo ya no se encontraba en el carruaje dio un suspiro de sorpresa y melancolía.

—Créeme que hice todo lo que pude, Rootwing —le dijo Mell viéndole fijamente a aquellos ojos verdes—, pero tu padre me hizo prometer que no dijera nada. Por alguna razón pensaba que contarte esto pondría en peligro tu vida y la de tu familia —desvió los ojos hacia la triste Katie y al pequeño Ruppert, que estaba casi dormido, envuelto en varias mantas.

—Agradezco todo lo que has hecho por mi padre, Mell —le respondió Rootwing luego de quedar en silencio por un largo rato sin quitarle los ojos de encima al sacerdote—. Pero me duele que mi padre no confiara en mí y ocultara por tanto tiempo estas cosas; quizás hasta pudieron haberse evitado...

Rootwing agachó la cabeza y tragó saliva. ¿Era posible que su padre quisiera mantener todo en secreto porque sabía algo que pudiera afectarles? ¿Por eso el misticismo? ¿Realmente algo o alguien oscuro le

atacaba por las noches convirtiendo su vida en un infierno?

Pudiera ser que por eso se mantenía absorto en sus pensamientos cuando trabajaban en el taller junto a la fragua, y a pesar de sus preguntas Silvann le respondía que todo marchaba bien, que no debía quitar los ojos del hierro caliente para que éste no perdiera la temperatura y así arruinar lo que podría terminar siendo una "obra maestra".

De todas maneras era doloroso saber que había estado sufriendo de tal manera sin siquiera buscar asilo en su casa, la casa de su único y amado hijo, al que le había enseñado todo sobre el oficio, al que había formado como un hombre de bien, al que había aconsejado un millar de veces desde la adolescencia, al que había cuidado desde el fallecimiento de su madre cuando tenía tres años, al que había ofrecido todo para que no tuviese las necesidades que él había pasado desde pequeño.

Confiaba mucho en su padre, y si él había llegado a esa conclusión, confiaba (y aunque le doliera debía de aceptarla), porque su padre jamás se había equivocado, mucho menos interfiriendo con su muerte.

Después de aquella situación se comió en absoluto silencio, cada uno estaba sumergido en sus propios pensamientos, y nadie dijo una palabra por un largo rato. Mell se quedó de pie observando más allá del anillo de fuego, con los brazos cruzados, sentir aquella fresca brisa le sentó bien, porque poco a poco volvió a sentir fuerzas; pensó en Hiwarddkloff y en su amada iglesia, ¿habrían ingresado esos demonios a destruirlo todo aunque no hallaran a seres humanos? ¿Más personas habrían encontrado asilo en su interior? Ahora estaba ahí, rodeado de fuego y bajo el hechizo protector de James, en el maldito Bosque Diabólico, entre la oscuridad más espesa que jamás se habría imaginado, con el carruaje maltratado y sin los caballos. ¿Qué harían en Hermerkslowrn si se enteraban que el carruaje eclesiástico estaba casi destruido y los caballos enviados desde allá perdidos? Fue inevitable pensar en aquello, pero no podía haber hecho otra cosa, peor hubiese sido dejar que todos (incluyéndose), murieran a manos de esos horribles demonios. Hacía tan sólo unos días estaba tomando un té de hierbas con su amigo Robbert Seghers disfrutando del sol de la mañana, y ahora allí, con el cuerpo adolorido por el vuelco del carruaje, con susto por aquel perro macabro que se transformó en eso que James llamó "Drigonium", y se sentía acongojado por Silvann Raindbow.

Era difícil aceptarlo, pero la ayuda proporcionada había sido la correcta, no era un experto en demonología, pero tenía bien en claro que algunas criaturas del plano negro no se marcharían de la casa ni dejarían de hostigar a su ocupante después de unas cuantas oraciones, habría requerido más tiempo, y recién ahí llevar a Silvann a su iglesia mientras la carta de ayuda llegaba a manos del Papa o de sus secretarios, para así aprobar el exorcismo del lugar y mandar refuerzos a Hiwarddkloff. Quizás

lo más prudente hubiera sido ir nuevamente a la casa sin avisar a Silvann, y sólo así descubrir que el mal que cobraba fuerzas y que terminó cobrándose la vida de aquel pobre anciano, seguía latente.

Sentía frío, pero no le importaba, era agradable estar nadando un rato en sus propios pensamientos y en silencio, era sanador recapacitar algunas cosas; siempre había dado consejos a los demás, pero nunca se los brindaba a sí mismo, y aunque Seghers era su amigo, había cosas que sentía que no podía contarle, como aquellos sueños en donde veía a la gente ciega por las calles; se había atrevido a hablar al respecto con James, que después de todo no parecía tan diabólico como Robbert sugería cada vez que se veían. James no había tratado de matarlos como sospechaba, ni había dominado al Drigonium para que los asesinara, sino todo lo contrario, parecía esforzarse al máximo para cuidarlos a todos bajo cualquier circunstancia. Podría serle conveniente dejar de lado todo lo aprendido en Hermerkslowrn, pero sobretodo los consejos de Robbert Seghers.

Conocía a brujos realmente satánicos desde su época de misionero, y estaba viendo que James Hirdtitch no era uno de ellos. Debería de comenzar a distinguir a “magos” y “hechiceros” de los “brujos”.

Sonrió ante aquel pensamiento, volvió a contemplar el Bosque Diabólico que no le parecía ahora tan amenazador; aunque este viaje que acababa de comenzar era peligroso y con muchas sorpresas, no le disgustaba para nada la experiencia, porque sentía que su dios le protegía y que con eso le bastaba hasta para enfrentar al mismo Diablo.

Katie mecía al pequeño Ruppert, no para dormirlo, porque de hecho ya lo estaba, sino porque había encontrado una manera de tranquilizarse a sí misma. Apenas su cabeza podía procesar lo que estaban viviendo. Sentía miedo, y luego de la confesión de Mell, sintió un terror que jamás había vivido: el terror a algo que no puede detenerse, a algo que hay más allá, algo sin rostro ni forma, terror al mal. Lo peor de todo era que estaban con Ruppert viviendo todo aquello.

Por momentos sentía que estaba haciendo lo correcto, porque de haberlo dejado podría haber hallado la muerte, y por momentos se sentía una porquería de madre, arriesgándolo todo con tal de estar con su amado esposo y no quedarse sola.

No habría tenido las agallas para dejarle el pequeño a su mejor amiga y a su familia, nunca se había separado de Ruppert y confiaba en que nunca debería hacerlo. En dos años había aprendido a ser una madre experta, a cambiarle los pañales de tela y dejarlo aseado, a descifrar lo que quería al observar sus claros ojos y las muecas que hacía, a saber si tenía hambre aún antes de que se pusiera a llorar, a llevarlo a la cama para que pudiera hacer una siesta porque comenzaba a agitar muy suave sus manitos.

Katie estaba orgullosa de ser madre, aunque sabía que era una enorme responsabilidad, aun así era algo que no cambiaría ni por todo el oro del mundo, antes muerta. En las tardes en que comían pan casero con Rootwing y mientras Ruppert dormía en su cesta, solían hablar de cómo sería éste de adulto, y si tendría más de un hijo, regularmente todo estallaba en risas con un gracioso chiste de Rootwing diciendo que Ruppert tendría más de quince hijos y que todos vivirían con ellos dos, donde las risas y los llantos de los niños terminarían por volverles locos.

Eso le gustaba, tener una familia, una familia unida, no le interesaba mucho que fuera numerosa, pero sí que estuviese unida frente a las adversidades. Planeaba tener al menos dos o tres hijos más, aunque claro, cuando Ruppert fuese un poco más grande, todavía no estaba preparada para lidiar con más niños.

Observó a su esposo, éste seguía serio y triste, y aunque ella también lo estaba, estiró uno de sus brazos con una sonrisa y, luego de besarlo, apoyó su cabeza en su hombro. Rootwing la observó con cariño y también le sonrió, a pesar de todo, se amaban demasiado.

James se encontraba muy pensativo mirando el fuego, como si tratara de adivinar algo viendo sus serpenteantes lenguas anaranjadas, ya no pensaba si las señales tenían que ver con lo de las cuevas de Salamanca, de eso estaba convencido.

James estaba tratando de recordar pueblos y rutas, o al menos las más accesibles a las cuevas.

Un palito en sus manos fue la herramienta justa para poder hacer un par de garabatos en el suelo donde esas líneas borrosas y cruces eran un mapa del largo camino que les quedaba por recorrer. Prácticamente no habían comenzado, pues seguían estancados en el Bosque Diabólico y quedaba cruzar no sólo otro bosque, sino también un enorme río.

Le habría convenido traer un mapa, o varios, ya que su mente había olvidado algunas cosas. Eran muchos años desde sus viajes alrededor del globo, el último lo había realizado hacía más de diez años atrás, uno de los más peligrosos al quedar atascado entre dos piedras cuando traba de escapar de un enorme Dragón que le perseguía en la cima de unas montañas. ¡Cosas de hechiceros!

Desde su juventud, James mantenía sus viajes vigentes, conociendo no sólo culturas y personas, sino sobre todo aprendiendo, porque contrario a la creencia popular que muchos abalaban, los hechiceros no nacían con la sabiduría respecto a la vida y a la magia, eso debía de cultivarse por medio del estudio, un estudio que se daba de manera personal,

experimentando por sí mismo. Siempre iba acompañado con un par de tintas y una pluma dentro de su bolsa de viaje, donde anotaba en pequeños cuadernos las características de ciertas plantas y criaturas mágicas.

Obviamente había momentos de puro ocio en los que se entretenía por horas practicando conjuros y concentrándose al máximo para dominar sus poderes, una vez había transformado una botella de cristal en un limón de color fucsia, y jamás olvidaría cuando finalmente pudo mover su cetro hacia su mano con el poder de su mente.

James, gracias a aquellos largos viajes y aventuras había aprendido estrategias de sobrevivencia (amaba pasar meses enteros en la cima de una montaña, solo), a descifrar cosas escuchando al viento, a leer las estrellas y a identificar criaturas oscuras por medio de sus huellas. También había conocido a otros hechiceros como él, donde luego de entablar amistad, compartían secretos sobre conjuros y magia.

Mucho de lo que aquel viejo sabía respecto a las criaturas del Bosque Diabólico y demás seres de oscuridad lo había aprendido porque de joven amaba pasar horas luchando contra todo ser que hallara en la oscuridad ("estupideces de jóvenes" decía al pensar en el enorme peligro que había corrido), donde cada batalla ganada era una experiencia valiosísima que podría usar para el resto de su vida, y cada lucha que terminaba con cortes casi mortales, eran también una enorme lección.

Todos los libros que guardaba celosamente en su hogar estaban escritos por él, para que, en caso de que su memoria fallara, éstos le refrescaran los sentidos las veces que fuera necesario. Había pasado años estudiando las propiedades de las plantas, desde las más famosas hasta los yuyos más despreciables, haciendo descubrimientos asombrosos, como la planta de cuales flores no sólo obtenía un tinte púrpura, sino también un apósito natural tan poderoso como su magia, que al tocar la superficie de una herida leve o profunda, la sanaba instantáneamente. El largo estudio le permitía también saber analizar la tierra y las piedras, de las cuales podía obtener distintos tipos de energías si las dejaba bajo los rayos del sol o de la luna para dormir o para mermar dolencias.

Los hechiceros no lo sabían todo, pero si aseguraban hacerlo, era porque había tras ello años y años de acierto y error.

Estiró las piernas y luego de un bostezo borró con su pie el dibujo del mapa que minutos antes estaba trazando, después, se dedicó a colocar un par de piedras ovaladas en el fuego con toda la tranquilidad del mundo, también recolectó más ramas y palos para asegurar el anillo de fuego, sorprendentemente Mell se le acercó sin malas intenciones y le ayudó a treparse a un pino para dejarlo casi desnudo al quitarle todas las ramas

viejas y reseca que tenía.

Rootwing pensó en su padre y en las apariciones que había tenido de él con cuerpo de jabalí, aun podía recordar el sufrimiento visto en sus ojos.

Cabía la remota posibilidad de que Silvann estuviese siendo castigado después de muerto bajo aquella abominable forma y que se dedicara a aparecer en las noches para advertirle a su hijo que iban a suceder cosas, o no...

Quizás el esfuerzo de su padre daba sus frutos, pues él y su familia habían logrado sobrevivir al sorpresivo ataque de los demonios gracias a la intervención de James. ¿Su padre sabía algo que ellos no?, y si fuera así... ¿qué era exactamente lo que sabía?

Se mordió la lengua por la rabia que le agobiaba y profirió mentalmente los insultos más fuertes, (ya que Katie odiaba que dijera palabrotas, porque según ella sólo los flacos de cerebro se atrevían a pronunciarlas).

Era mejor dejar las cosas así, y no pensarlas demasiado.

Las piedras que James había colocado en el fuego sirvieron para calentar el interior de la carroza, al cabo de unos minutos, la temperatura allí dentro era exquisita, tan buena que sólo necesitaron sus capas para sentirse un poco más abrigados. Este efecto duraría por horas, para soportar mejor el frío nocturno.

Poco a poco, uno a uno, fueron quedándose dormidos, y aunque no querían, era necesario descansar para recobrar fuerzas.

Por alguna razón los asientos del carruaje fueron tan esponjosos como una nube, imposible de resistirlos.

Capítulo 6

6

-A SU OSCURA MERCED-

Despertó sobresaltado, y por unos cuantos segundos no supo en dónde se encontraba.

Rootwing miró en derredor: todos dormían, su cerebro fue tranquilizándose poco a poco, lamentablemente no había sido un sueño todo aquello; aún estaban dentro de la carroza y seguía siendo de noche, aunque los vidrios estaban empañados.

Sintió unas ganas incontenibles de orinar y no tuvo otra opción que salir al exterior.

Lentamente fue corriéndose hasta quedar despegado de Katie, quien hasta hacía unos momentos dormía acurrucada con Ruppert a su lado; se acomodó la capa y la ató alrededor de su cuello, se aproximó a la puerta y lentamente estiró una de sus piernas para evitar despertar al hechicero (aunque habría jurado que James le guiñó un ojo mientras descansaba de una manera bastante extraña, con el cetro bien aferrado a su mano derecha y la mano izquierda fija en el mango de la espada).

El ruido de las antorchas del carruaje y el fulgor de éstas le dieron tranquilidad, seguían encendidas, seguro estaban hechizadas para permanecer intactas toda la noche. La fogata que había servido para comer y calentarse horas antes estaba casi desapareciendo a causa de la gran humedad del ambiente, todo alrededor era una neblina blanca tan espesa que sólo permitía un rango de visibilidad de pocos metros. De no ser por los restos de brasas que aún estaban incandescentes en el anillo, Rootwing habría caminado de más por fuera del hechizo protector que lo mantenía a salvo.

Luego de aliviar la vejiga y cuando se disponía a regresar para retomar el sueño, algo le detuvo el corazón: el llanto de un niño a la lejanía.

Sus pupilas se dilataron y trató de aguzar el oído para saber si realmente estaba oyendo aquello o era a causa del sueño que le hacía alucinar. El crujir de una rama quebrándose sonó, pero no se mostró alerta porque

sabía que en el bosque vivían también animales.

Con pasos lentos y tratando de distinguir algo entre toda la neblina retornó hasta llegar a la puerta del carruaje.

El llanto del bebé volvió a escucharse, y esta vez estuvo muy seguro de que no se trataba de una mala jugada de su mente, el sonido era tan claro como sus pasos sobre la hierba. ¿Qué podía hacer? ¿Entrar y despertar a James o dejar que ese sonido continuara? Tragó saliva y se vio titubeante por unos segundos. El llanto era real, y parecía estar más cerca de lo que aparentaba, de hecho se notaba que se movía, si al menos la niebla no fuese tan espesa habría podido identificar algo.

Se alejó unos pasos del carruaje ciegamente tratando de guiarse por sus oídos, ese llanto era desgarrador, el niño lloraba sin cesar, podría estar pasando frío o estar en peligro, no era más grande que Ruppert, podía asegurarlo, y era eso lo que le desesperaba más. Siguió caminando aferrándose al oído y al peso que dejaba caer a los pies, sin darse cuenta de que estaba atravesando los restos del anillo de fuego.

Algo cruzó delante de él, una figura encapuchada de negro que llevaba en sus brazos a un niño arropado en mantas tan rojas como la sangre. La figura medía al menos dos metros, Rootwing supuso que era un hombre por lo ancho de sus hombros, desenvainó su espada y le dio un grito de alerta, pero aquella figura siguió caminando lentamente con ese niño asustado que se movía para tratar de liberarse de esos brazos opresores.

La luna hizo su aparición para dejar observar algunos árboles y piedras con claridad, aunque la niebla seguía espesa. El nuevo grito que Rootwing lanzó ya con la espada en alto surtió el mismo efecto: el hombre caminó sin inmutarse si quiera, caminando tranquilamente con el niño llorón entre sus brazos, cruzando las malezas por un camino fijo. Sus pasos eran tan firmes que dejaban en el húmedo suelo una huella de al menos cinco centímetros de profundidad. Rootwing observó con pavor que lo que aquel encapuchado dejaba a su paso eran marcas de cascos, muy parecidas a los de los caballos, pero un poco más anchas.

El extraño siguió caminando hasta llegar a unas doce piedras negras ubicadas en círculo, donde depositó al flexionar sus piernas, al niño envuelto con delicadeza. Repetía unas palabras continuamente que no se lograban comprender con claridad.

—¿iQué haces!?

El encapuchado por primera vez pareció oírle; giró la cabeza con rapidez y por varios segundos ambos se quedaron inmóviles. Aunque la capucha le cubría el rostro, un par de ojos amarillos como reptil brillaron por la luz de la luna. Aquel ser comenzaba a pronunciar una serie de palabras

intangibles que parecían las que James utilizaba en medio de un hechizo, con la diferencia de que éste las repetía constantemente volviendo nervioso a Rootwing. El bebé en el suelo continuaba llorando y, aunque estaba tapado en mantas, se sabía que agitaba los brazos y piernas, pues las telas bailaban bajo un lento bamboleo; podía tener hambre, podía tener frío, podía estar herido...

El llanto incesante y el nerviosismo por esas palabras que se repetían entre dientes una y otra vez acabaron por colmar la paciencia de Rootwing que, decidido se enfiló con la espada preparada hacia la criatura encapuchada que seguía inmóvil, profiriendo esa letanía en un idioma que no era el español.

De pronto la criatura se irguió con uno de sus dedos índices en alto en advertencia (gruesos y anchos), dio un grito seco y grave, como el de las lechuzas cuando están cazando y dio a Rootwing una patada con sus patas caprinas al estómago, lanzándolo a varios metros de distancia.

El dolor del impacto de las piedras del suelo contra su espalda revivieron las heridas producidas por el vuelco del carruaje, pero de todas maneras Rootwing halló las fuerzas suficientes para ponerse de pie sin soltar su espada para buscar revancha, pero era demasiado tarde: la criatura estaba con los brazos alzados, sosteniendo una gran piedra a orillas del círculo...

—¿QUÉ HACES? ¡NO!

El encapuchado dejó caer la piedra y el llanto fue finalmente silenciado.

Sólo se oyó un gran crujir, el cráneo o huesos al quebrarse a causa del impacto, luego silencio.

De un salto Rootwing pudo ensartar con su espada en la espalda de la bestia, para darse cuenta segundos más tarde que estaba solo en el bosque. Arriba la luna iluminaba, había embestido a algo que no se encontraba allí, el niño envuelto en mantas rojas también había desaparecido, sólo se veía el círculo de doce piedras bien formado. Fue allí donde se pudo dar cuenta de que tenía que regresar al carruaje, que se había alejado demasiado y que estaba en peligro inminente.

Observó con detenimiento por un largo rato blandiendo su espada, pero sólo encontró árboles de gran porte, malezas y piedras. Se enfiló hacia el sur siguiendo una corazonada, pero después de casi cinco minutos, notó que todo aquello era nuevo, nunca había cruzado por aquella parte. Sintiéndose más nervioso y hasta casi desesperado trató de concentrarse, cerró sólo por unos segundos los ojos y al abrirlos el paisaje había cambiado nuevamente: ahora lo rodeaba una amplia zona despejada sin árboles y casi sin malezas, la luna brillaba tan fuerte que parecía un sol

gris, el suelo comenzó a temblar Rootwing vio que de entre la niebla aparecían hombres delgados, desnudos y sin cabeza, corriendo de manera pausada, como en cámara lenta.

Eran más de cien, y todos pasaban rodeándolo; aquellos hombres a pesar de no tener cabeza parecían ver igualmente, porque le esquivaban para no llevárselo por delante, evitando también las rocas en el camino. Sus pieles pálidas se pegaban a los huesos donde serpenteantes venas negras se expandían como ríos, las uñas de las manos y pies eran anaranjadas y estaban apelmazadas. En lugar de un cuello cercenado había piel, piel de hombro a hombro como si nunca hubieran nacido con cabeza. Eran rubios, morochos y pelirrojos, Rootwing los notaba por el abundante bello que se les desparramaba por todo el cuerpo, sobretodo en el pubis.

Un suspiro familiar terminó helándole el cuerpo y dejándole tieso, aquel suspiro lamentoso que le había atormentado por las noches y durante aquellas largas pesadillas.

Un jabalí hacía su aparición corriendo entre las piernas de esos hombres sin cabeza mientras éstos continuaban el paso a los saltos (extendiendo lentamente las piernas), un jabalí que tenía manos en vez de cascos delanteros, y una cabeza humana...

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba Rootwing mientras le perseguía— ¡Papá, no te vayas! ¡Espérame!

Pero por más que pusiera todo el empeño del mundo no alcanzaba al jabalí que se alejaba más y más. El adefesio se movía con suma facilidad entre las piernas de esos seres y las rocas, agitando su cola de aquí para allá profiriendo un grito de dolor que hizo conmovier a Rootwing hasta dejarlo tendido en el suelo, llorando desconsoladamente.

—¡Papá, lo siento, lo siento mucho!

El cuerpo de Rootwing entró en shock, no paraba de llorar y temblaba violentamente. Silvann Rainbow siguió a los saltos hasta perderse en la niebla mientras que su hijo permanecía inerte. La tristeza que le embargaba era tan grande que un latente dolor en el pecho le hizo sentir mucho frío, un frío que parecía resquebrajarle las costillas una a una, su padre se alejaba nuevamente, la oportunidad de verle, de acercársele desde aquella noche, la única chance para poder pedirle disculpas por no darse cuenta del martirio que había experimentado en vida, la única oportunidad...

El frío continuó expandiéndose por todo su cuerpo.

Cerró los ojos y su mano soltó la espada, la mente se le quedaba en blanco mientras ese dolor, ese maldito dolor le impedía respirar, ya nada

importaba...

Un resplandor celeste metalizado le hizo recobrar el sentido, el dolor comenzó a mermar, una mano caliente le tomaba por el hombro.

—¡Rootwing!

Alguien acababa de sentarlo. Pudo notar que se encontraba nuevamente en el Bosque Diabólico, rodeado de árboles, rocas entre medio de la niebla, ya no había hombres sin cabeza, tampoco el jabalí. James le estaba ayudando a ponerse de pie.

—¿Cómo pudiste salir del círculo?! —exclamó el anciano con susto.

—No fue mi intención —Rootwing tenía los ojos enrojecidos, el pecho no le dolía, aunque sentía mucho frío. Su espada estaba nuevamente envainada, colgando de su cintura—, creí haber oído...

—Artimañas... —respondió con severidad James mientras comenzaban a caminar; a unos cuantos metros se veían las antorchas del carruaje y un nuevo anillo de fuego que ardía plácidamente—. El Bosque Diabólico guarda mucha oscuridad, Rootwing, pero más oscuridad es la que nos pone el demonio para persuadirnos y quitarnos de su camino. ¡Recuerda por qué salimos de Hiwarddkloff! ¡NO LO OLVIDES!

—Vi a mi padre... —un pequeño nudo en la garganta le impidió continuar, aún así el hechicero comprendió lo que trataba de decir.

—Aunque me duela, lo dudo mucho, Rootwing. Le has dejado entrar en tu mente.

Podría tener razón James, porque en cuanto puso un pie fuera del círculo comenzaron los sucesos. Rootwing entendía ahora que se estaban enfrentando a algo realmente peligroso que iba más allá de las criaturas mágicas, iba más profundo, socavando al interior de sus almas hasta llegar a los más primitivos miedos. Había sido un completo idiota al seguir sus instintos y creer que el niño era real, pero debía de admitir que reencontrarse con la figura de su padre le había destrozado el alma por completo, no sólo por la impresión causada bajo la forma del jabalí, sino por todo lo que su padre significaba.

Cuando cruzaron el anillo de fuego Mell les recibió con un rezo y Katie con gritos de júbilo, besos y abrazos, habían estado preocupados.

—Cuatro y media de la mañana —dijo Mell observando un pequeño reloj de bolsillo que acababa de sacar de sus hábitos— ¡Dios nos bendiga a

todos, en especial a ti, James! ¿Dónde estaba?

—No muy lejos, Mell —respondió James mientras que el sacerdote se acercaba para sostener a Rootwing de uno de los hombros para poder reingresar al carruaje—, tuvimos suerte.

—Más que suerte —masculló Rootwing esbozando una sonrisa. La carroza estaba a una temperatura tan deliciosa como antes de salir a orinar, a un lado Ruppert dormía envuelto en sus mantas y en una capa gris, verle de aquella manera le hizo recordar al niño envuelto de rojo, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Prepararé un poco de té —Mell se acercaba a una de las alforjas.

—¿Tienes una tetera o algo en dónde calentar el agua?

—Claro que sí, Katie —respondió el regordete sacerdote con una sonrisa, ya para entonces tenía en las manos una especie de hervidor de cobre, junto a una bolsita de color marrón algo abultada, de donde sacó unas hierbas—, nunca es bueno salir sin las hierbas para calmar el cuerpo —agregó.

—Ojalá tuviese tu costumbre, Mell —James asomaba su cabeza por la ventanilla del carruaje para no despertar a Ruppert—, así podríamos disfrutar de un rico té de Erbels.

Aquella planta, del mismo nombre “Erbels”, tenía la particularidad de ser utilizada para calmar los estados alterados del cuerpo y de la conciencia, y James la cultivaba en primavera para luego tener un reservorio de sus hojas, había traído un par de semillas y plantas disecadas en uno de sus viajes, regalo de un alegre comerciante, que había sido curado de una gripe mortal.

Mientras todos bebían el té junto al fuego, Rootwing lo hizo en el interior del vehículo, pues debido a los golpes y al frío que aún le acechaban, no podía moverse demasiado, y era mejor que descansara, aún así no sentía sueño, y observaba por la ventanilla a la fogata, luego al anillo de fuego y más allá, la oscuridad.

Creyó ver un par de ojos amarillos a la lejanía, ojos que luego se desvanecieron entre la niebla.

Después del té, todos ingresaron al vehículo para dormir, Rootwing fingió que roncaba, pero durante toda la noche no pudo pegar un ojo.

La experiencia que había vivido momentos antes se le cruzaba por el

cerebro constantemente, había sido tan real...

Le hubiera gustado estar en su casa en Hiwarddkloff, trabajando algún trozo de hierro en el taller, eso le desconectaba del mundo, eso le calmaba los nervios.

Recordó cuando su padre, a muy temprana edad, le dio un pequeño hierro más fino que un dedo, mientras que en voz alta le daba instrucciones de cómo calentarlo y martillarlo, el resultado había sido una hermosa figura serpenteante mal trabajada, pero todo un logro para un preadolescente. Desde ese momento Silvann había comenzado a transmitir a su único hijo los dotes y secretos del oficio y en Rootwing crecía una insaciable sed que le obligaba todos los días a experimentar con los hierros, el fuego, el mazo y la fragua, logrando como resultado unas piezas de hermosa sutileza, delicadas y magnánimas, superando inclusive a los más finos trabajos de su padre, cosa que le llevó a recibir grandes elogios por parte de los clientes de Silvann, que no dudaron en hacerle encargos: Rejas para el frente de sus viviendas, estructuras para colocar plantas, respaldos para sillones y unas cuantas mesas llenas de arabescos que sólo Rootwing Raindbow en toda Hiwarddkloff pudo realizar, porque se destacaba entre todos los herreros, porque siempre pensaba en nuevos proyectos, y lo más importante: siempre sus ideas eran frescas y transgredían la aburrida tradición de la cual todos imitaban, sin traer nada novedoso. Rootwing lo había hecho, y eso le había dado una gran fama. Gracias a todos aquellos encargos había logrado levantar ladrillo a ladrillo su modesta casa y su amado taller, rebosante de leños, herramientas y metal, mucho metal, era agradecido por la profesión que representaba, y por seguir la tradición que había pasado de generación en generación, con suerte Ruppert podría continuar con la estirpe de una de las familias herreras más antiguas de Hiwarddkloff, el talento creador estaría en sus venas, sólo sería cuestión de despertarlo en el momento adecuado y encaminarle, tal como Silvann había hecho con Rootwing. A Katie siempre le había parecido que era una profesión peligrosa (ya que conocía a varios hombres con dedos cercenados a causa de accidentes con las herramientas o quemaduras espantosas), pero amaba la pasión y dedicación que su esposo ponía a cada encargo recibido o proyecto personal, Rootwing era muy cuidadoso, un profesional meticuloso atento a todos los detalles, y sabía que cuidaría a Ruppert más que a su propia vida cuando le enseñara a dominar su primer hierro.

Los primeros rayos del sol iluminaron tenuemente el cielo, aún así en el Bosque Diabólico la claridad se propagaba en menor medida, igualmente la oscuridad y gran parte de la niebla ya se habían disipado. Eran casi las ocho de la mañana cuando James abrió con cuidado la puerta del carruaje. El frescor diurno hizo que todos despertaran con pereza, todavía estaban algo cansados, Rootwing con los ojos enrojecidos y un poco hinchados, hacía tan sólo una o dos horas que se había rendido ante el sueño, luego de estar remembrando lo acontecido y de pensar, pensar

como loco en todo aquello y en las cosas que sucederían de ahora en adelante, y cuestionándose si sería capaz de distinguir entre realidad y fantasía.

—Haré una caminata —dijo James observando hacia el camino del que se habían desviado la noche anterior—. Lo dudo mucho, pero cabe la posibilidad de que encuentre a los caballos.

—¿Crees que estén vivos? —preguntó Mell con sumo interés.

—Los equinos son seres inteligentes, Mell —le respondió el anciano que decidió tomarse un tiempo en silencio, atento al camino, como si buscara indicio alguno de algo, para luego retomar la palabra—: además son caballos que... ¿traídos de...?

—Sí, de Hermerkslowrn —confirmó el religioso bajando del carruaje con cuidado abrochándose la capa para no pasar frío.

—Eso aumenta las expectativas, además de ser caballos muy fuertes —sonrió esperanzado—. Igualmente no tenemos que aferrarnos a que van a aparecer —aclaró—, el Bosque Diabólico es una de las extensiones más grandes que existen, y es posible que estén a kilómetros de distancia si es que algo no los hizo sus presas. De hallarlos podremos marcharnos de este lugar ni bien corriamos las ruedas, y nos llevará una fracción de tiempo, pero, si en cambio no aparecen, tendremos que llevar lo justo y necesario, y continuar a pie.

Nadie dijo nada, no querían pensar en estar horas enteras caminando por un sendero casi interminable, pero James tenía razón, habría que continuar caminando, para aprovechar la luz del día que de alguna manera debía de tener un efecto calmante en las criaturas oscuras.

—Puedo acompañarte... —se ofreció Mell mientras se le acercaba.

James se vio muy sorprendido ante el ofrecimiento, pero le alegró ver que se encontraba frente a un renovado Mell, lejos de aquel gritón gordo que sólo despedía odio hacia su persona.

—...María y Tomás conocen mi voz —explicó rápidamente. Tenía toda la razón.

—¿Y nosotros? —Katie también salía al exterior.

—Será mejor que se queden aquí —James observó por unos segundos al adormilado Rootwing y agradeció mentalmente a Mirarré por haberlo encontrado con vida en la noche—, debes quedarte con tu esposo y Ruppert, pero no te preocupes, porque aseguraré el lugar antes de que

nos marchemos.

Elevando su cetro pronunció su conocido “Crenfaliuss”, generando una hermosa burbuja de color celeste metalizada (el efecto era más hermoso a la vista de noche, dado la luz del hechizo) que lo cubrió todo con elegancia, desprendiendo una serie de brillos que fueron haciendo aquella mágica fortaleza invisible. Luego agachó la cabeza, dando unos golpecitos con su cetro al suelo, profiriendo unas palabras que Mell juraría que eran una especie de latín.

—Está hecho —confirmó caminando hacia fuera del círculo de fuego que ahora no era más que un gigantesco aro de carbón humeante—, aunque creo que no hace falta recordarles algo —sentenció una vez que detuvo su marcha con un dejo de seriedad—: es crucial que no salgan del círculo ni de la burbuja protectora. ¡Gracias a los dioses contamos con la presencia del astro rey! —elevó sus manos al sol en una reverencia.

El sacerdote y el hechicero caminaron lentamente hasta llegar al camino donde el Drigonium les había obligado a desviar ocasionando el vuelco del carruaje cuando los caballos desbocaron. Ambos permanecieron en silencio, observando con interés a los alrededores. Siguieron un largo trecho hasta que James se quedó congelado con los ojos cerrados, a Mell le llamó la atención esa actitud, pero no le sorprendió ya que seguramente aquello se debía a algo, así que permaneció en silencio experimentando una gran admiración por aquel hombre alto al que por tantos años había odiado. ¿Cómo un hombre podía saber tantas cosas? ¿Cómo era posible que existieran humanos con habilidades y poderes? ¿Por qué, desde sus años de estudios religiosos en Hermerkslowrn le habían instruido en la premisa de que “toda clase de magia es brujería”? Quizás algunas cosas eran demasiado anticuadas y debían de cambiarse, quizás aquellos sacerdotes nunca habían estado tan cerca de un hechicero como él ahora, o aquellos sacerdotes temían a lo desconocido, aplicando un enorme recelo a todo lo que no fuera religioso porque ellos también habían sido criados con esas estrictas ideas (como su gran amigo Robbert Seghers), era posible que los sacerdotes no supieran la diferencia entre “brujo” y “hechicero”...

Era sabido que en épocas pasadas se celebraron en Hermerkslowrn los llamados Juicios Blancos, donde muchos hombres y mujeres acusados de brujería (a veces injustificadamente) llegaban apresados desde algunos puntos del globo, donde un cónclave conformado por las más altas esferas religiosas en compañía del Papa actuaba de jueces. Casi siempre la sentencia era la misma: la hoguera o pena de tortura. Aquellos tiempos fueron llamados por la historia como la Era del Retroceso, donde toda sabiduría y conocimiento adquirido por la humanidad había sido manchada por el miedo y el misticismo, donde reinó la locura y el fanatismo religioso

extremo (que lamentablemente continuaba vivo en algunas partes).

Así como la Era del Retroceso trajo consigo la sangre y la oscuridad, un Papa trajo luz, dando un alto a la barbarie acometida por sus antecesores, prohibiendo los Juicios Blancos con su Canis Ferro (Perro de hierro).

“Nadie tiene el poder ni la facultad, mucho menos el derecho de quitar la vida o extender el sufrimiento a manos del sadismo con alguien que no sirve realmente al Diablo”, rezaba una parte del documento dictado, firmado y sellado por el Papa José (Clemente XII). “El vocero del amor y del perdón no debe blandir jamás la espada de la justicia en manos propias, pues pecará profundamente, siendo su alma merecedora del castigo eterno en las profundidades del Infierno, transformándose instantáneamente en un servidor del Demonio”, proclamaba otra parte del escrito.

Aunque el documento era un acto de obligación, muchos sacerdotes (sobre todo los más viejos, y aquellos que continuaban engegucados bajo la idea de que era lo correcto “hacer justicia”), siguieron obrando clandestinamente, manchando sus manos con sangre, asesinando a hombres, mujeres y niños que según sus ojos eran brujos; Habiéndose enterado con horror y dolor de sus sacerdotes pecadores, el Papa envió a cazarlos, y así, una veintena de supuestos ilustres religiosos terminó en la plaza principal de Hermerkslowrn, todos encadenados por semanas enteras hasta que desfallecieron por la falta de comida. Había sido una reprimenda dura pero necesaria para que no se volviera a repetir jamás, era la pena máxima que versaba el Canis Ferro.

Clemente XII había sido uno de los representantes más aguerridos y más fuertes de la historia, recordado como uno de los más justos. Los papas que le precedieron fueron igual de benévolos, sobretodo el actual: Tedeus XVI, pero a sus espaldas muchos religiosos continuaban desparramando odio y miedo, sin pensar siquiera en su verdadero propósito, que era ayudar a las personas, aconsejarlas bajo los designios de su fe y cuidar a toda alma perdida con amor y respeto.

—Están cerca, puedo presentirlo —dijo al cabo de unos segundos, el sacerdote le devolvió una gran sonrisa —.Tendremos que caminar un poco más y atravesar parte del bosque —volvió a cerrar los ojos y abrió la boca en un gesto de absoluta preocupación —, están heridos, aunque no creo que de gravedad. Nos será fácil hallarlos porque están exhaustos. ¡Vamos, apresurémonos!

James mostró una gran ligereza al utilizar sus piernas en enormes zancadas, y Mell se dedicó a seguirlo, aunque no pudo imitar demasiado bien su ritmo dado que las suyas eran cortas, pero igual estaba contento,

sus amados caballos estaban vivos.

La niebla se disipaba más y más hasta que desapareció por completo a excepción de las partes altas de las montañas, en cuyos picos parecía estar garuando. El cielo que hasta entonces simuló ser prometedor, comenzó a cubrirse poco a poco por unos grandes nubarrones grises.

Atravesaron una pendiente bastante empinada, terminando en una zona completamente llana sin desniveles en el terreno. El suelo estaba tan blando que sus pies comenzaron a enterrarse por al menos unos cinco centímetros, era una tierra negra y con un fresco aroma, James distinguió claramente que era una buena tierra apta para el cultivo, a sus alrededores había más de cien pinos de maderos rojos de copas frondosas, muchos de esos estaban caídos, seguramente debido al enorme temporal que había azotado la zona días antes con lluvia y viento torrenciales, y una serie de enredaderas grises se extendían por lo largo y ancho de algunos pinos, cubriéndolos por completo, explotando en color con unas florecitas parecidas a las orquídeas de un color violeta eléctrico, el olor dulzón y fresco que sintieron venía casualmente de todas aquellas flores.

—Quiero decirte que lamento lo de aquella mañana —se disculpó James, a pesar de que la caminata se estaba alentando por el suelo casi barroso, su cetro como bastón ayudó bastante—, nunca fue mi intención lo de las puertas, pero estaba demasiado frustrado y no pude controlarme. Aunque de nada habría servido, porque era inminente que todo apuntaría a las cuevas de Salamanca —suspiró.

—Yo tampoco he sido un ángel —respondió Mell con sinceridad, había encontrado en el suelo una rama que pudo utilizar al igual que el hechicero, a modo de bastón, aun así los bordes de su capa y de su hábito estaban manchados por el barro.

—Tampoco quise hacerte enfadar con lo de los juguetes —James no dejaba de observar a los alrededores en busca de un peligro inminente, siempre cerrando los ojos, como si oliese o sintiese algo respecto a los equinos—, nunca imaginé que una simple broma pudiese alterarte, olvidé lo referido a la magia en lugares religiosos...

Mell se quedó en silencio, y en una milésima de segundo se le vinieron a la cabeza las imágenes en retrospectiva de aquel Día del Niño. Debió de haberse visto muy chistoso cuando expulsó a los niños de la iglesia y corrió asustado a deshacerse de los juguetes de madera que no dejaban de moverse. Ahora que lo veía desde otra perspectiva, había sido algo exagerado, y lamentó haberlos incinerado. Aquellos juguetes habían sido el fruto de mucho esfuerzo y un amor enorme puesto para alegrarles el

día a los pequeños de Hiwarddkloff.

No pudo contenerse y echó a reír, James le observó con los ojos bien abiertos y también rompió en risas.

Capítulo 7

7

-ROOTWING Vs. MARCK-

Katie se dedicó por un tiempo a colocar ramas y maderos en la fogata que pudo revivir (a mano de una de las cuatro antorchas del carruaje que todavía seguían ardiendo), para poder calentarse las manos y dejar que su esposo e hijo durmieran un poco más, sobretodo Rootwing que se veía agotado, se suponía que aquellas criaturas de inframundo se alimentaban no sólo del miedo sino también de las energías de las personas, por ello era necesario que recuperara fuerzas. Observó hacia el lado del camino por donde James y Mell se habían ido, pero no pudo distinguirlos, sólo rocas sobre la tierra y los árboles que se mecían de un lado a otro por el incipiente viento que soplaba con suavidad; dentro de su alma deseaba con todas sus fuerzas que los caballos aparecieran sanos y salvos, y que ninguna criatura se le acercase, mucho menos ahora que el hechicero estaba lejos.

Se subió la capucha de la capa y se sentó en las rocas extendiendo las manos por sobre las flamas, la sensación de alivio fue instantánea y el frío comenzó a desaparecer poco a poco.

Pasados al menos unos veinte minutos pudo sentir que algo se le aproximaba. Se puso de pie con alegría pensando que eran James y Mell, pero al darse la vuelta se dio cuenta de que seguía estando sola, y que el hechicero no estaba ahí parado, sino un animal, una especie de lobo, de color gris y marrón, con los pelos del lomo crispados, olfateaba algo en el aire, frunciendo el hocico en un sonoro gruñido, mostrando unos colmillos afilados. Chorros de saliva caían de un lado a otro mientras que la cabeza del animal exploraba con rapidez a los lados, moviendo sus pequeños y negros ojos. Katie quiso gritar pero no pudo, estaba a tan sólo un metro o dos del violento animal, que posó su mirada en ella con avidez. ¿Aquel era un animal común o una criatura oscura disfrazada? Si fuera así, el conjuro de James sería más que suficiente para mantenerlo a raya, pero si no...

Fue retrocediendo lentamente de espaldas, sin quitar la mirada del lobo, que era de un gran tamaño, mientras que éste la observaba sin dejar de mostrar los dientes. Los pasos eran justos y poco a poco Katie fue alejándose de aquella bestia, el corazón le palpitaba, la boca se le había secado y no podía despegar la mirada de aquellos ojos negros y de esos colmillos...

El lobo olfateó con sumo interés algo en el aire y corrió con ligereza hasta perderse de vista; Katie aprovechó y llegó al carruaje corriendo, tomando con cuidado la espada de su marido (que había dejado provisoriamente apoyada afuera), la que le resultó terriblemente pesada al primer levantamiento, pero que luego sintió ligera.

Se quedó expectante largo rato, observando a la maleza, tratando de distinguir algo por entre los árboles, hasta que poco a poco sus nervios fueron mermando.

Un aullido hizo eco desde la lejanía, y a Katie se le erizaron los vellos de la nuca. Miró al interior del carruaje y se alivió que tanto su hijo como su esposo no se hubieran despertado. Apretó la empuñadura de la espada y buscó desafiando con la mirada al horizonte. El aullido sonó por segunda vez, apreciándose en él una familiar cercanía.

Un nuevo grito, y el aullido dejó de escucharse.

—¿Katie?

Rootwing se asomaba mientras salía afuera, todavía tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero en menor medida. Katie estaba tan absorta en encontrar la ubicación del grito que se asustó cuando su esposo le tocó dulcemente el hombro derecho.

—¿Qué sucede, cariño? —Preguntó preocupado al verle con el arma en las manos—. ¿qué haces?

—Creí que...aparecería algo —mintió—, el miedo me hace querer volver a practicar con la espada.

No iba a decirle a su esposo sobre el lobo, no sólo porque era innecesario, sino porque no quería añadirle otro susto luego de la "aventura" vivida en la noche; era mejor mentirle, de todas maneras no le había pasado nada, estaba sana y salva. Aquel había sido claramente un lobo real, un animal natural, no un demonio disfrazado. Una pregunta le rondó en la cabeza: ¿el grito había sido real o una ilusión del Bosque Diabólico?

—Pues sigamos con las clases —sonrió Rootwing luego de darle un profundo beso.

Katie con la espada y él con un palo comenzaron a practicar. Aunque le dificultaba los movimientos el peso del arma, sabía ejecutar bastante bien algunos ataques que Rootwing en Hiwarddkloff le había enseñado una tarde de verano luego de comer unas mandarinas en el jardín.

—Serás una experta —le dijo ese día con una amplia sonrisa.

—Ojalá llegue a ser tan buena como tú —le respondió Katie con la cara enrojecida y transpirada, era febrero, y ese año había sido más caluroso que otros.

Poco a poco el brazo de Katie se acostumbró más y más al peso y la forma de la espada, Rootwing le pudo explicar los movimientos esenciales, cómo debía acertar a un posible enemigo y lo que más le importaba: cómo protegerse en caso de ser atacada. Aquellas clases particulares en el jardín habían comenzado como un juego, pero se habían reforzado de una manera casi religiosa después de que escucharan esos sonidos en las noches y de que Rootwing sospechara que podía tratarse de ladrones al acecho. Pudo enseñarle a su esposa muchas cosas, aunque él prefería que ella no saliera lastimada, pero no transmitirle sus conocimientos sería fuente de lamentos en caso de que a Katie le pasara algo si él no se encontraba en casa.

Estuvieron practicando primero con risas y luego con seriedad, ahora era necesario que refrescara su memoria, este viaje a las cuevas de Salamanca estaba comenzando, y si pasaban por algún poblado o ciudad Rootwing sabía que existían personas salvajes y poco civilizadas. No todo era como en Hiwarddkloff, no todos solucionaban los problemas hablando. Katie era tosca, no estaban en su naturaleza aquellas cosas de hombre, pero al menos podría herir con facilidad a algún malhechor; con el tiempo podría mejorar.

—¡Excelente, Katie! —gritó James desde el camino del bosque. Volvía caminando junto a los caballos, que tenían en las patas y en otras partes del cuerpo unas manchas verdosas. Las manos del sacerdote y del hechicero tenían también el mismo color.

—¡Los hallaron! —suspiró aliviada Katie devolviéndole la espada a su esposo y corriendo al encuentro de los equinos, a quienes acarició con amor.

Rootwing vio que lo que había en el cuerpo de los caballos era una mezcla de hojas y fango. Según James era para curar las heridas que los animales se habían hecho al arañarse con las ramas, por eso Mell y él tenían las manos verdes, por haber recolectado y machacado las hojas manualmente.

Los caballos fueron amarrados a un tronco mientras que Katie tomaba a Ruppert (que hasta entonces continuaba durmiendo) para que Rootwing con unas piedras comenzara a darle golpes a una de las ruedas del carruaje. Bastaron varios de esos golpes para que el metal se enderezara poco a poco. Primeramente, y ayudado por James y Mell, habían tenido que aflojar los remaches con calor (cosa que les llevó bastante tiempo)

para poder quitar la rueda y trabajar con más comodidad. Durante la reparación, Rootwing no dejó de ser admirado por sus pares masculinos: era ágil, eficiente, y a pesar de no contar con las herramientas de su taller, manejaba esas piedras con una maestría digna de un gran profesional. Se notaba que disfrutaba haciendo aquello, era su terapia, su desconexión del mundo y del tiempo. Rootwing se sintió tremendamente feliz reparando la rueda, el resonar de la piedra contra el metal le aclaraba más y más la mente, le hacía más fuerte.

Terminado el trabajo, los caballos fueron los encargados de poner en marcha nuevamente el viaje.

Esta vez volvían a estar con las riendas James y Rootwing en el exterior. El sol ya había subido lo suficiente como para iluminar con claridad, la niebla ya era cosa del pasado, hasta de las cimas de las montañas había desaparecido. Iban lento, porque no podrían exigir demasiado a los equinos, aunque tuviesen esas compresas de hierbas curativas no significaba que sanarían por arte de magia (cosa que Mell aprendió, disuadiendo muchas viejas y ridículas teorías que ignorantes y temerosos a la magia tenían respecto a ella). El clima había mejorado un poco, el aire comenzó a correr, dándoles una mejor perspectiva, cada metro que hacían les daban más energías y fuerzas. A las pocas horas el suelo reseco, llano y grisáceo fue mutando hasta volverse fresco, fértil y lleno de matices. Los árboles que se hallaban a los costados del camino emitían un tranquilizante ruido al moverse de un lado a otro, las montañas de Hiwarddkloff se veían muy lejanas mientras que un oscuro bosque dejaba de ser tan atemorizante. Ante ellos: matas de flores silvestres púrpuras, celestes y amarillas brillaban bajo la luz del sol, había musgo fresco creciendo en las rocas entre las raíces de pinos y álamos, todo era verde, fresco y vivo, hasta el eco de los cientos de pajarillos les hicieron creer que estaban en una especie de bosque encantado.

—Estamos en Zétkaro —dijo James mientras bajaba del vehículo con un salto para revisar las patas heridas de los caballos.

Fue altamente tranquilizante salir del carruaje y encontrarse con toda esa atmósfera fresca y oxigenada que les quitó el miedo de lo vivido horas antes en la penumbra de la noche; Rootwing y Katie caminaron un poco, embelesados hasta que se dejaron caer bajo la tupida y frondosa copa de un jacarandá rosado que emitía un delicioso aroma. Ruppert se durmió instantáneamente cuando su madre le dejó sobre una mata de hojas acolchadas.

Se encontraban solos y sin miedo, una especie de intimidad dulce que se hacía más y más evidente cuando las miradas se entrecruzaron; sus labios se fundieron en un cálido beso, y luego de un largo suspiro se

desplomaron tomados de la mano.

Con los ojos cerrados, Katie suspiró, estaba contenta, pero en el fondo sentía mucho miedo, tanto que la sola idea fugaz de perder a su pilar, a su defensor, a su esposo le hizo soltarle la mano en una mueca de horror silenciosa. Por años había vivido con Rootwing sin ningún pleito particular, nada podía separarlos, a menos que volviese el tiempo atrás y mencionara a Marck, la palabra que a Rootwing le nublaba la mente, le llenaba de tristeza y le retorció el estómago, la palabra impronunciable que podía desatar un huracán dentro de su incipiente calma....

Marck Blurldgestone había sido un compañero de secundaria de ambos, y Katie era su amor imposible, la causa de sus noches de insomnio, de sus largos suspiros, dueña de sus anhelos, la razón por la que día a día se quedaba en la esquina de su casa a la espera de verla pasar rumbo a la escuela junto a su amiga Clotte para poder acompañarlas. Marck se había enamorado de Katie, y no disimulaba sus sentimientos. Estaba dispuesto a hacer todo lo imaginable para poder hacerla sonreír, para poder escuchar su dulce voz, para permanecer horas y horas viéndola mover sus tiernos labios, no le molestaba arrodillarse en medio de la calle, no le molestaba dejarle notas en su ventana junto a una rosa bordó, no le causaba daño gastar su dinero en chocolates y libros de poesía, lo que a Marck sí le molestaba era un seductor jovencito de su misma edad, de ojos verdes y pelo castaño, detestaba su aroma, detestaba su patética manera de vestir, sus manos desarregladas, detestaba lo que a su criterio eran falta de modales. Marck Blurldgestone pertenecía a una de las familias aristocráticas de Hiwarddkloff, una de las más distinguidas y adineradas, y todo lo que tuviese que ver con el mundo debajo de su "estatus", era considerado triste, sucio, grotesco, primitivo y completamente malo.

Aunque no siempre había sido así, pues estos dos habían sido amigos desde pequeños.

Como todo niño mimado estaba acostumbrado a tener siempre lo que quería, y detestaba la sola idea de pensar que a Katie él no le parecía atractivo, en cambio con ese Raindbow, con él siempre parecía reír, él le quitaba la tristeza. ¿Estaba loca acaso o Rootwing la tenía hechizada? Todo esto le causaba grandes cambios de humor y una rabia incipiente que crecía más y más, y que solo mostraba cuando se encontraba en la intimidad de su cuarto, el lugar predilecto donde tenía un viejo almohadón al que mordía, golpeaba, pateaba, gritaba y asestaba puñaladas con cuchillos para descargar su ira.

Casi toda la escuela estaba embobada con el joven Blurldgestone, con sus facciones de niño, labios rojos, piel suave y fresca y esos imponentes ojos celestes que hasta dejaba impávidos a los profesores cuando trataban de mirarle fijo. Casi todos los días se ejercitaba en el pomposo jardín de su

residencia, practicando esgrima con los criados o levantando grandes bloques de piedra, lo que le había dotado de una ancha espalda y unos torneados brazos que casi siempre terminaban deformando las mangas de las camisas; pero por más empeño que pusiese en vestir las mejores ropas o usar la mejor colonia, nada podía atraer la atención de su hermosa y cada vez más alejada Katie.

Cuando la relación fue formalizada entre Rootwing y Katie, Marck fue prudente y dio un paso al costado. Dejó de enviarle presentes y de regalarle libros, tenía que aceptar la derrota de que era algo inalcanzable, que jamás podría ser verdad; por ello, trató de quitarse la vida al arrojarle de un balcón, terminando con varios huesos rotos. Poco a poco la hermosura del joven se fue transformando en una oscuridad latente que pareció cubrirle poco a poco el corazón y el alma, se negó a seguir asistiendo a clases, dejó de importarle su apariencia, y hasta dejó de comer, lo cual alarmó terriblemente a su familia.

—¡Tienes que verlo, Katie, tienes que verlo! —repetía una voz chillona.

—¡Basta de eso, Clotte! Te he dicho mil veces que no me interesa Marck, lo que haga o deje de hacer.

—Pero casi muere, me ha dicho que se siente demasiado débil —insistía la mejor amiga de Katie tomándola del brazo mientras caminaban por la calle a la salida de la escuela, cargando un par de cuadernos en las manos—, si tan solo pudieras....

—NO —recalcó una impaciente Katie.

—Es por ése Rootwing... —frunció los labios Clotte con desprecio—, él seguramente te ha prohibido hablar con Marck.

—Rootwing no tiene nada que ver en esto, y nunca me ha prohibido tener amigos, Clotte.

La regordeta jovencita de rulos no dijo nada y se limitó a continuar caminando con su amiga. No era la primera vez que discutían, y aún así Clotte se mantenía insistente. Clotte Bransdeis nunca había querido a Rootwing, y aunque Katie no lo sospechara, había hecho todo lo posible a sus espaldas para que nunca estuvieran juntos, vivía hablando pestes de él, no le agradaba en lo más mínimo, ella quería que Katie terminara en la gran casa de los Blurdgestone, tomando el té con su madre o de la mano del joven Marck caminando por aquellos jardines coronados de rosas.

Pero desafortunadamente para ella las cosas fueron diferentes, en los pocos años de educación que les quedaron le sirvieron para ver reforzado el amor que su amiga sentía por Rootwing, por más que tratara de inventar las excusas más creíbles para que hubiese contacto entre ellos,

Clotte siempre vio sus planes frustrados, quizás no eran el uno para el otro, quizás debía de aceptar definitivamente que ése Raindbow era el que hacía feliz a su Katie. Siguieron siendo las amigas inseparables de siempre, todo mientras que no mencionara el apellido Blurdgestone. Rootwing aprendió poco a poco a tolerarla cada vez más, al menos hacía ricos postres.

Años más tarde en una calurosa mañana de diciembre se presentó en la casa Marcell, uno de sus sirvientes de Marck, para entregar invitación en mano: Un hermoso papel azul oscuro con una pulcra y estilizada caligrafía en color dorado rezaba:

Queridos Katie & Rootwing:

Quedan cordialmente invitados a la fiesta de mi cumpleaños que daré lugar éste viernes en casa de mis padres a las 20:00 horas.

Indispensable la asistencia puntual.

Marck B.

Mientras leían la carta, el carruaje de los Blurdgestone se puso en marcha de inmediato, una cabeza se asomó por entre las cortinas fugazmente.

Fue realmente una sorpresa aquella invitación, lo último que sabían del paradero de Marck era que estaba viviendo en otra ciudad, haciendo algunos negocios para su padre, acrecentando el patrimonio familiar. Se había marchado apenas terminadas las clases y desde entonces no se le había vuelto a ver, Clotte supuestamente mantenía correspondencia constante con él, como con el resto de los compañeros de curso.

Rootwing sintió una pequeña alegría en su interior al tener noticias de su viejo amigo y al saber que éste todavía los tenía en cuenta, aunque poco a poco todo se nubló cuando recordó las cosas que había intentado para poder quedarse con Katie.

—¿Qué haremos? —preguntó Katie mirándole fijamente a los ojos, ella tampoco sentía muchas ganas, haber terminado la escuela y perder de vista al joven con problemas eran como unas largas vacaciones y ahora sentía que un enorme nubarrón se estaba acercando poco a poco.

—Hoy es jueves —respondió, aunque estaba pensando en voz alta—, quiere decir que Marck ya se encuentra en Hiwarddkloff...

—Sí...

—....quiere decir que hace unos días que está por aquí... —se quedó en silencio y luego dijo—: Han pasado años, Katie —después de una sonrisa le dio un beso.

Katie sonrió, hacía años que estaban juntos y más enamorados que nunca, ya compartiendo techo, sería ridículo pensar que un hombre que estaba obsesionado con ella y del cual no sentía absolutamente nada pudiese cambiar aquella relación tan estable.

—Claro que iremos —agregó Rootwing—, aunque yo no...

—El hermano de Clotte tiene ropa de tu talla —interfirió inmediatamente Katie—. Esta tarde iremos, seguro algo encontramos para ti, y de paso Clotte podría prestarme algo.

Ese viernes en la noche la vieja mansión estuvo realmente decorada como un palacio. En la entrada envolviendo las columnas de mármol serpenteaban cintas anchas aterciopeladas de color rojo sangre. A los lados de la puerta unos enormes candelabros con 35 velas blancas torneadas cada uno. Desde la vereda podía apreciarse la lenta música de piano y violines que eclipsaban a cualquiera que pasara con descuido, haciendo que se perdiera, deteniéndose por varios segundos mientras se dejaba hechizar armoniosamente.

Katie y Rootwing vestían elegantemente de negro y rojo pálido, un hermoso conjunto que Clotte y su hermano habían usado para un evento familiar hacía unos meses atrás, ropas modestas a comparación de otros de los invitados de la fiesta, que se encontraban ataviados con vestidos de encajes y sacos con corbatas de moño de satén, algunos hasta con curiosas máscaras de animales estilo egipcias en color dorado o blanco marfil. En el interior había un par de músicos que parecían autómatas que sólo se dedicaban a tocar una y otra vez la misma canción. Una serie de bocadillos dulces con crema en alucinantes colores descansaban sobre platos de plata, había frutillas y ananás cortadas en divertidas formas, junto a una gran cantidad de copas rebosantes de lo que parecía ser una bebida espirituosa dorada con unas pequeñas burbujas rosadas.

El salón era tan grande como la casa en la que Rootwing vivía con Katie, del techo pendían tres arañas de cristal que tenían doce brazos cada una con velas torneadas como las que se encontraban en la entrada de la casa, pero éstas eran de color rojo sangre y relativamente más grandes; en las paredes se encontraban moños hechos con aquellas cintas aterciopeladas que daban el aspecto de enormes estrellas o arañas. Para sorpresa de ambos no sólo se había invitado a ex compañeros de la escuela, sino también hombres y mujeres mayores que charlaban animosamente mientras comían interesadamente, a Rootwing le llamó la

atención que varios de ellos llevaran collares plateados con un extraño símbolo que no pudo distinguir del todo bien, parecía una especie de dije, estaba seguro que eran animales y que cada uno tenía uno diferente.

En un rincón y formando una ronda se encontraron con una coqueta Clotte y con muchos de sus compañeros de la escuela secundaria.

—¡Rootwing, Katie! —un joven alto y demasiado delgado se ponía de pie.

—¡Andrés! —Rootwing le daba la mano y Katie luego un beso en la mejilla.

—Katie, siéntate —Clotte le extendía la mano, estaba sentada en el suelo sobre unos almohadones azules, tenía el pelo recogido en un rodete, llevaba muchas pulseras de oro y plata en ambas muñecas y también uno de esos collares. Era un ave de pico largo, un colibrí o algo parecido.

—¿Cómo están? —Rootwing tomaba asiento junto a Andrés y Charles, un regordete personaje de pelo largo con el que había compartido gratos momentos en la escuela, apenas lo tuvo cerca le dio un gran apretón de manos—. ¿Y el homenajeado?

—Dando vueltas por ahí —le respondió una mujer rubia con cejas casi blancas—. Volverá en cualquier momento. Entre tantos extraños nosotros somos una minoría.

—¿Quiénes son? —quiso saber una chica que vestía de amarillo.

—Amistades, supongo —volvió a tomar la palabra la mujer rubia—. Al único que reconocí fue a ese mayordomo Marshall.

—¡Marcell! —la corrigió un muchacho de cabello cano.

—Marcell, Marshall, Armand, da igual... —la chica tenía en su mano una copa de esa bebida burbujeante, a la cual le dio un gran trago sin pensar que sería demasiado fuerte—. ¡WOW! —exclamó a los segundos, sus pupilas comenzaban a dilatarse—. ¡Esta porquería sí que está buena!

Los compañeros estallaron en risas, Claudia había sido siempre el alma del curso.

Mientras comían esas frutas con almíbar y tomaban vino (y Claudia su segunda copa de aquella bebida dorada) pudieron ponerse al tanto, algunos de ellos tal como Rootwing, Katie y Clotte aún residían en la ciudad, pero había otros que no estaban en Hiwarddkloff hacía años, Charles contó que estaba esperando su tercer hijo, Fabián que tenía pensado tomar el barco de su suegro y hacer un aventurero y peligroso viaje alrededor del globo, una muchacha de pelo rojo llamada Gabrielle les

contó animosamente que estaba coleccionando espadas antiguas y que estaba dibujando muchos diseños de vestidos con argollas metálicas y plumas para poder llevarlas a la realidad y venderlas a una creciente clientela que había encontrado en Sandresflyt, un poblado a unas cuantas horas de Hiwarddkloff. Clotte mencionó que estaba manteniendo correspondencia con Alejandro, un misterioso hombre del que no quiso contar nada, pero del que adelantó que se estaba "enamorando". Rootwing y Katie contaron la dicha que tenían de estar viviendo juntos y que pensaban ahorrar algo de dinero para ampliar la casa. El resto de sus compañeros comenzaron a charlar sobre dinero y las fallas que había tenido el intendente de la ciudad para con algunos negocios que habían fracasado rotundamente; las chicas comenzaron a hablar del caballero misterioso de Clotte para ver si podían sonsacarle algo de información.

Rootwing se puso de pie, necesitaba ir al baño, estaba orinándose y sentía que la vejiga le iba a estallar en cualquier momento.

Se disculpó con su esposa y compañeros y enfiló hacia el lado izquierdo de la sala, por una gran entrada que tenía vitrales de pavos reales. Al llegar se detuvo en seco, estaba lleno de esculturas en mármol blanco de dioses y diosas junto a algunas plantas, y un largo pasillo con puertas y al fondo sólo escaleras que se perdían en la penumbra. Hacía años que no caminaba por ese lado de la casa, y por más que lo intentara no recordaba en dónde estaba el baño, si buscaba a alguno de los sirvientes iba a quedar como un idiota. Cerró los ojos y recordó cuando a los doce años correteaban con juguetes de madera junto a un inocente Marck que no pensaba en chicas sino en vivir aventuras, en raspase las rodillas, en explorar lugares inhóspitos y reír, reír hasta sentir un dolor en el estómago y después reír por haber reído tanto. Había sido tan feliz en aquella casa, se había sentido tan a gusto a pesar de no tener un centavo, rememoró las noches en que se quedaban mirando en los ventanales cómo los rayos iluminaban el paisaje montañoso en colores celestes y violáceos eléctricos, y cómo una de las criadas preparaba leche caliente con chocolate y un toque de canela, o cuando su padre les ayudaba a preparar carruajes de madera o barquitos que luego probaban en la gran fuente que estaba en el jardín.

Comenzó a sentir un pequeño ardor en su miembro y, al abrir los ojos caminó sin vacilar hacia la tercera puerta.

Cuando salió, y ya más aliviado miró las paredes, donde colgaban hermosos y grandes cuadros al óleo, enmarcados en metal labrado en color dorado: Antepasados de la familia, flores, paisajes y luego, junto a una acuarela de un eucalipto multicolor, dos muchachitos que sonreían dulcemente con dos pequeños perros blancos. Un Marck y un Rootwing que ahora eran prácticamente desconocidos; lástima que no compartieron

una amistad madura, como su esposa con Clotte...

Carraspeó con algo de dolor y miró por el ventanal al jardín, hasta que dio un sobresalto cuando se dio cuenta de que un hombre le miraba fijo desde la oscuridad.

—Disculpe, jovencito. ¿Puedo preguntar qué es lo que hace aquí?

—aquella voz era suave, pero firme.

Dio unos pasos más y quedó al descubierto: De unos sesenta años, de pelo rubio muy canoso; vestía pantalones y chaqueta azul marino con camisa blanca y corbata turquesa. Le observó detenidamente como si aquellos ojos verdes le resultaran familiares, terminó de bajar las escaleras ayudado de un bello bastón labrado, tenía zapatos negros de cordones finos.

—¿Rootwing? ¡Rootwing!

—¡Señor Ángel! —ambos se abrazaron con euforia.

—¡Qué alegría verte de nuevo, muchacho! ¡Bendita suerte! —los ojos celestes comenzaban a lagrimear—. Mi hijo supuso que no vendrías, con tanta gente extraña dando vueltas en la casa. ¿Cómo estás?

—Excelente, señor. No podíamos faltar. He venido con Katie.

—Katie Nagbble... ¡Ah, sí, la bella Katie! ¿Qué es de su vida?

—Estamos tomando algo, venga a saludarla.

—Claro que sí...

Ángel Blurdgestone caminó junto a Rootwing por el pasillo y salió a la sala donde se desarrollaba la fiesta, pero Katie no estaba. Claudia le dijo que acababa de irse con Clotte, quien quería mostrarle algo importante.

—No te molestes en buscarla, querido —musitó el señor con amabilidad luego de esperar mientras terminaba una copa de vino tinto—. Seguro la veré después; ahora si me disculpas volveré a mi cuarto. Bajé las escaleras para leer algo de mi biblioteca, y para serte franco las fiestas bulliciosas no me gustan.

Saludó a los compañeros de su hijo con una reverencia y a Rootwing con un abrazo, y se marchó tranquilamente hasta perderse en la multitud.

Al cabo de unos diez minutos más, cuando charlaban sobre la verdadera

extensión del Bosque Diabólico se oyó fuerte y claro:

—Rootwing...

Palmearon al joven por la espalda, era el mismísimo Marck, que vestía de pies a cabeza en color negro: Zapatos, medias, pantalones, camisa, chaleco, moño y hasta una brillante capa estilo bejarana con broche dorado. Ahora estaba más alto. Su cabello brillante estaba perfectamente cortado y peinado hacia un lado, y un fino y largo bigote rubio se retorció en sí mismo formando un espiral. Tan formal, elegante, pulcro y seguía estando igual de atractivo, asomaban tímidamente un par de arrugas alrededor de los ojos.

Abrazó fuertemente a Rootwing, quien pudo apreciar el perfume cítrico amaderado que llevaba.

—Hola, Marck —Rootwing por un segundo pensó que no podría ahogar una risa, adentro hacía demasiado calor para usar capa, y ahora que lo pensaba nunca había visto una semejante, llena de bordados también en negro, con arabescos que parecían ser caligrafía cursiva o algo parecido, (demasiado cargado para su gusto)—. ¡Feliz cumpleaños!

—¡Muchas gracias, amigo! ¿Cómo la estás pasando?

—¡Qué alegría volver a verte!

—Igualmente. Me pone muy feliz que hayan aceptado mi invitación. Hay unos deliciosos bocadillos que deberían de probar, los hace una de mis sirvientas allá en mi casa de Vallavieun, tiene ananá, mi fruta favorita, pero además le coloca...

Rootwing notó que entre ellos ya no existía la “chispa” que los caracterizaba antes cuando eran amigos. Era raro que pensara aquello mientras el joven hablaba, era como suspender el tiempo y estudiarlo todo, la música, esos extraños invitados, la comida, pero sobretodo a Marck. Lo desconocía por completo, tan lejano del personaje alocado que pensaba en salir de aventuras o disfrutar de pescar sin la vida mundana y petulante que lo adornaba ahora. ¿Qué estaba pasando? Era como estar viendo al mismo de siempre pero a la vez a un completo desconocido. Rootwing pensó en los misterios de la vida, en los misterios que hacen que algunas amistades florezcan y permanezcan a lo largo de toda la vida, como la de su esposa con Clotte Bransdeis, mientras que otras logren repelerse porque ya no comparten absolutamente nada, como en su caso y el de Marck. ¿A todo el mundo le sucedía? ¿O sólo cuando interfería el querer de una mujer?

Marck nunca había ostentado su dinero ni su posición porque lo incomodaba, pero ahora parecía tratar de tirar la casa por la ventana,

quizás debido a los años, quizás porque era su día especial, quizás para agasajar a todos sus conocidos, quizás para agasajar sólo a Katie...

Aunque fueron sólo unos segundos, en su interior fue mucho más tiempo, uno que le hizo meditar profundamente todo aquello.

—...quizás le agregue algo de alcohol y lo prenda fuego para dorarlo, a decir verdad nunca la vi hacerlos porque su receta es casera. ¿Debería despedirla? —Marck se echó a reír y los demás lo imitaron.

Rootwing volvía a la realidad, donde un grupo de personas se encontraban a su alrededor inclusive dos de aquellas con esos dijes (que miraban fijamente a Marck). Ahí pudo distinguir claramente uno de los collares tenía un pequeño tigre o felino con grandes colmillos, el otro era una especie de serpiente que se asemejaba demasiado a un falo. Al notar que lo estaban observando, uno de estos tipos lanzó una mirada con desdén y se apartó inmediatamente fingiendo que quería buscar una bebida.

Capítulo 8

8

-ÁLBINIS-

—¿Cómo has estado, Rootwing? —preguntó Marck mientras caminaban por la gran sala. A sólo unos segundos de haber chasqueado los dedos un par de veces en el aire los músicos empezaron una nueva melodía, una más movida y alegre—. No has cambiado en nada.

—Tú tampoco —mintió Rootwing mientras trataba de descifrar lo que llevaba bordado en la capa.

—He tenido que cambiar, amigo. Muchas cosas me tuvieron largo tiempo ocupado. ¿Tomamos asiento? —quedó reclinado en un hermoso sillón tapizado en tono bordó, luego se cruzó de piernas. Su compañero lo imitó—. Cuéntame de tu vida. ¿Cómo van las cosas?

—Pues, bien —respondió Rootwing, aquel sillón era tan cómodo como una nube—, estoy avanzando en mis aprendizajes con mi padre.

—Ah, sí, los trabajos de herrería. Dicen que eres bueno, más que bueno —miró hacia la ronda de los compañeros varios metros más adelante—. Al menos tienes una vida interesante, mucho más que nuestros desastrosos amigos. —sonrió con satisfacción e hizo señas a uno de los sirvientes para que le trajeran una bebida, Rootwing también aceptó.

—¿A qué te refieres?

—Tienes una casa propia, trabajas de lo que amas, y estás junto a la persona que has deseado toda tu vida —respondió Marck mientras se desabotonaba la capa que ya le estaba haciendo transpirar—, no muchos pueden contar eso.

—Mi vida es muy sacrificada, no siempre se gana buen dinero, tú sabes la tradición de trabajadores del metal que tiene Hiwarddkloff.

—La gran competencia.

—Sí —prosiguió Rootwing, quien se sintió eclipsado por el aroma de su bebida, olía a ananá fresca —, y al haber demasiados no puedes cobrar mucho el trabajo que realices, al menos que tengas la vara alta o que realmente destaques demasiado, de todas maneras no es algo de lo que

puedas sacar mucho dinero. De no ser por mi padre...

—Entiendo, pero aun así tienes talento —Marck le regaló una cálida sonrisa—. Vas a llegar lejos, Rootwing, lo sé.

—Muchas gracias. Tú eres el que no tiene problemas —Rootwing acercó la burbujeante copa a sus labios y le dio un trago; era muy extraño, no sólo porque sabía a varias frutas imposibles de descifrar, sino también por el gran contenido alcohólico que tenía, capaz de hacer hervir hasta la garganta más experimentada, era deliciosa—, te has mudado hace unos años, tienes nuevo hogar, no hay problemas financieros. ¿Qué es lo que haces concretamente?

—Manejo un poco lo que ha hecho siempre mi padre —respondió el muchacho observando las ropas de Rootwing—. Explotación de mármol y ciertos materiales de calidad para la construcción. Pude concretar algunos clientes importantes, que tienen amistades mucho más poderosas, ya sabes. Puedo darte algo para tu casa si quieres.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta —respondió Rootwing, que de ninguna manera estaría dispuesto a aceptar—. Pude ver a tu padre.

—Seguro le diste una alegría —rió Marck.

—Estaba contento. Lo he visto más coqueto que de costumbre.

—Para él pasarán los años, pero lo que nunca debe de perderse es la elegancia, cosa que me ha transmitido satisfactoriamente —sonrió y acomodó su cabello con los dedos—. Ahora se le ha dado por las plantas.

Ante la actitud petulante de Marck, Rootwing sintió un deseo de abofetearle, por unos segundos vio claramente al adolescente creído que molestaba a Katie con regalos y diferentes tipos de sorpresas, cosa que lo asqueó profundamente.

Dio un nuevo trago a la bebida, esta vez fue un poco más largo, lo calmó bastante.

—¿Las plantas? —fingió gran interés, pero lo que quería hacer era buscar a Katie y marcharse.

—Así es, está interesado en cierto tipo de plantas, las curativas para ser exactos. ¡Parecerá un viejo y loco mago haciendo pociones! —rió a las carcajadas y varias de las personas que estaban cerca voltearon para mirarlos, Rootwing se sintió más incómodo que antes.

—¿Estás...casado? —sabía que aquella pregunta insidiosa no le gustaría

nada—. <<He domado al tigre>> —pensó satisfactoriamente.

—Claro que no, Rootwing —Marck volvió a cruzar las piernas pero alrevés y le mostró la mano sin anillos.

—De novio...

—Tampoco —el joven hombre tenía la cara algo enrojecida, Rootwing sabía que no era por el alcohol, sino por la incomodidad que empezaba a sentir—. Hay ciertos...asuntos que me han mantenido hasta hoy solitario, digamos. —había cierta oscuridad en su mirada.

—Asuntos...

—Te aburriría si te los explicara.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro, querido Rootwing —Marck encendía con un fósforo un cigarrillo que había sacado de una pequeña caja metálica en uno de sus bolsillos—. ¿Qué?

—Esas personas —disimuladamente Rootwing señaló a los que andaban con máscaras de animales.

—Hermosa artesanía, ¿no? —preguntó Marck con una sonrisa—. La mejor madera, proporcionada por un cliente, ahora gran amigo.

—Te gustan las máscaras —dijo Rootwing con lentitud. No podía entender, era ridículo que sólo algunas personas estuvieran manipulando aquellas máscaras, las cuales no se quitaban por nada del mundo. Bebían y comían pero por debajo de ellas. Con las luces de las velas se veían intimidantes—, no sabía que te gustaran las fiestas de disfraces —había algo inquietante en ellos, Rootwing sentía una molestia en el pecho, una punzada tenue, fría y unas fugaces náuseas. Dejó la copa en el suelo a medio terminar.

—Son máscaras de antiguas tribus —comentó Marck mientras daba pitadas al cigarrillo y jugaba con las irreales formas que formaba el serpenteante y azulado humo—, réplicas —aclaró—, las verdaderas están en casa de mi amigo. Ama la historia, ¿sabes? Estas tribus hacían rituales y las máscaras eran vehículo para que los dioses transmitieran sus poderes o para que cumplieran ciertos propósitos.

—Has aprendido mucho con tu amigo —Rootwing volvía a echar un vistazo a los enmascarados.

—Jairo posee una gran colección de máscaras antiguas. Muchas de las que tiene están hechas de pelo y piel humanas.

—En lo personal no me gustan —confesó Rootwing, aquel dolor parecía intensificarse poco a poco. Pero no iba a decir nada, fingió lo mejor que pudo y continuó la charla—. ¿Tiene muchas?

—Su mansión tiene un ala dedicada exclusivamente a objetos que ha recolectado con sus viajes alrededor del mundo. Me ha cedido las réplicas para poder dar un ambiente más exclusivo a mi festejo —dio una gran pitada a su cigarro y cerró los ojos, fumaba como un verdadero experto.

—Katie está por aquí.

—Ah, sí, la he visto hace poco —dijo Marck a medida que apagaba el cigarrillo dentro de su bebida y hacía ademanes para que uno de los sirvientes viniera a recoger las copas—, afortunadamente pude saludarla.

Marck miró con cierta preocupación alrededor y Rootwing intuyó que observaba al tipo del collar de serpiente que estaba inmóvil con un bocado fucsia entre los dedos.

—Disculpen, necesito hablar contigo, Rootwing —era Clotte, y aparecía sola, cosa que le llamó la atención.

—Adelante, Clotte —respondió Marck levantándose del mullido asiento despreocupadamente—, es todo tuyo. Iré a ver de qué se ríen tanto los chicos.

—¿Qué sucede? —preguntó Rootwing en cuanto Marck estuvo lo suficientemente alejado—. ¿y Katie?

—Está con Ángel —a Clotte le transpiraba el cuello y tenía los ojos llorosos y también algo hinchados—. Necesito que vengas conmigo.

Ante la insistencia, salieron a un precioso y enorme jardín iluminado por grandes antorchas, colmado de rosales completamente florecidos. Había un par de personas allí, sentadas en el suelo y apoyadas contra las columnas de mármol tomando y comiendo. El dolor empezaba a mermar.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Necesito decirte algo... —Clotte no había cambiado demasiado con los años, sólo se había ensanchado un poco hacia los costados—, no es fácil, entiéndeme —su soso cuello estaba enrojecido, el collar de pájaro le causaba alergia.

—Si quieres puedo ir a buscar a Katie.

—¡No!, quiero decir que no es necesario molestarla —se frotaba las manos con algo de preocupación rascando con sus uñitas rojas la palma de su mano izquierda, y de manera constante lanzaba miradas de reojo hacia atrás, como si estuviera buscando algo o a alguien, Rootwing supuso que vigilaba a su hermano Cristián, quien desde joven había tenido excesos con el alcohol—. Siento la necesidad de ser lo más sincera posible contigo —dijo después de mantener el silencio por varios segundos. Realmente estaba muy nerviosa, desprovista de toda maldad, de falsa modestia, en desventaja, débil—. Quiero que hagamos las paces, no somos niñitos y..., es necesaria una tregua, aunque no tengamos empatía el uno por el otro, siento que daño la amistad con Katie cada vez que no logro controlar mis impulsos.

Trató de mantener el contacto visual con su interlocutor, pero fue por unos segundos, algo se lo impedía.

—Tengo un carácter especial que quiero domar —continuó—, necesito aprender a calmarme.

—Está bien —trató de calmarla Rootwing, sentía que en cualquier momento se pondría a llorar—, no te preocupes.

—¡Claro que sí! Te pido disculpas por mis estupideces —extendió su mano y acarició a una de las rosas, la cual desprendió un dulce aroma—, no entiendo porqué lo hice, porqué siempre puse palos en la rueda —unas lágrimas brotaron tímidamente, corriéndole el delineado prolijo que hasta entonces llevaba impecable—. He sido una soberana idiota —se enjugó las lágrimas y sonrió con timidez.

Muy a su pesar y aunque estuviera técnicamente abriendo su corazón, Rootwing intuía que no estaba siendo sincera, era como una corazonada.

En el interior los músicos empezaban a interpretar una nueva canción, se oían voces como en los cantos gregorianos, pero muy suaves, incluso las personas que estaban allí afuera con él y con Clotte también la cantaron.

Rootwing sintió el mismo repelús que le dieron esas máscaras rituales. El dolor en el pecho estaba volviendo, ahora también le ardía. Un terror inenarrable le acometió, algo grave había pasado, tenía que irse de ahí, buscar a Katie y marcharse cuanto antes.

Sin siquiera mediar palabras con Clotte que quedó sorprendida al verle el rostro, Rootwing avanzó ciegamente entre esos locos que acompañaban las frases que balbuceaban en un idioma parecido al latín con un repetitivo movimiento que iba de izquierda a derecha, como si todos fueran

desquiciados.

Miró aquí y allá, estirando el cuello y llamándola por su nombre, pero Katie no aparecía; ahora las voces vibraban y la atmósfera era agobiante. El corazón de Rootwing latía más y más fuerte y el dolor se extendía por todo su cuerpo quemándole las entrañas, cuando estaba a punto de romper en gritos y perder el completo control, alguien le habló:

—Señor, Raindbow —la voz amanerada de Marcell se oía algo carrasposa, como dañada, aún así fue lo bastante clara para sacarlo del estado de alerta. Rootwing se volteó—: Si busca a la señorita Katie está afuera, en la entrada.

—¡Gracias a Dios!

El alma le volvió al cuerpo, corrió como desaforado y la abrazó, pero su esposa mantenía los ojos en las llamas de las velas torneadas que estaban en los candelabros, tenía la mirada ausente, estaba como perdida.

—¿Katie, te encuentras bien? ¿Katie?

El trago largo de Isdreft fue demasiado para ella —Marck se acercaba con pasos acelerados. Tenía la camisa arremangada, en su mano derecha una copa de aquella bebida con burbujas rosadas—. ¿Quieres más, Rootwing? —ofreció amablemente.

—No, gracias —respondió Rootwing.

—Me duele la cabeza —tomó la palabra Katie que comenzaba a reconocer el lugar, no parecía ebria, sino confundida—. Vámonos a casa, amor.

—Claro que sí, amor. Lo siento mucho Marck —se disculpó Rootwing—. Ve mañana a casa y tomaremos algo.

—Esta misma noche me regreso a mi casa en Vallavieun —respondió Marck con pesadumbre.

—Oh.

—Pero ustedes pueden ir a verme cuando quieran —dejó la copa en el suelo y los abrazó fugazmente, las manos le temblaban, habría tomado demasiado de ese Isdreft—, los esperaré ansioso.

—Gracias por invitarnos —le dijo Katie.

Marck sólo se limitó a sonreír con los ojos llorosos.

Volver caminando a casa les hizo bien, apenas pusieron un pie fuera de la entrada de la mansión, Rootwing sintió que su cuerpo se calmaba, Katie tuvo que detenerse para poder vomitar.

Ya habían transcurrido más de dos años, no habían vuelto a saber nada de Marck desde la noche de la fiesta.

Para el mediodía ya habían explorado los alrededores del bosque Zétkaro, encontrando un río de agua mansa. Era una tierra fértil con una variedad sinfín de hierbas aromáticas como romero y tomillo además de algunas especies florales que en Hiwarddkloff se utilizaban para condimentar salsas y que eran muy costosas. James recolectó algunas piedras violáceas que según contó eran un gran vehículo para almacenar energía, eran curativas, ideales para estados de ánimo, para dolores estomacales y para cuando uno tenía pesadillas: Tisrelita. En sus años de aprendizaje de la magia, había escrito un gran tratado sobre las piedras y minerales, y en uno de esos apéndices explicó que las tisrelitas (muy parecidas a la amatista) actuaban como arma y escudo contra los “gusanos dimensionales”, unos seres que escapaban a nuestra comprensión porque pertenecían a otra realidad; estos gusanos encontraban acceso a nuestro mundo a través de las pesadillas, principalmente por aquellos sueños oscuros proporcionados por fuertes estados de tristeza y depresión, alimentándose en primera instancia de ese sentimiento para poder después acabar con el alma de la persona hasta matarla.

—Son demonios —conjeturó con seguridad Mell.

—No —contestó el hechicero—. Quizás parezcan demonios, pues los dos atacan el alma de la persona, pero los gusanos dimensionales son seres astrales, y los demonios son seres infernales. Los seres astrales oscuros no sólo invaden nuestra dimensión por medio de los sueños, sino que también atacan en otras dimensiones. No son matéricos en nuestra realidad, pero sí en la suya propia. El demonio puede combatirse en los mejores casos con hechizos fuertes o usando la palabra y la concentración de la energía interior que ustedes llaman fe, pero un gusano dimensional puede ser combatido con tres elementos: La magia, la cual gobierna a todos los estados dimensionales, meditando y practicando el bien y también con elementos naturales que guarden grandes concentraciones de energías solares o lunares como estas piedras. Muchas de las personas que han muerto a causa de los supuestos demonios —hizo unas comillas con los dedos en el aire—, y de las cuales los exorcismos no surtieron efecto fue porque no eran exactamente demonios con lo que combatían,

sino gusanos.

—O sea que tienen cuerpo físico en esa...dimensión que dices —Mell frotaba su crucifijo con algo de miedo.

—Sí —respondió James—, al pertenecer a otra dimensión penetran en la nuestra pero por medio de una proyección incorpórea. No podrían jamás materializarse en nuestro mundo. Si lo lograsen acabarían con todo.

—¿Los has visto? —quiso saber Rootwing quien comenzó a encontrar el tema sumamente interesante e inquietante.

Por varios segundos James permaneció en silencio, apretando las cuatro tisrelitas que había recolectado hasta casi lastimarse.

—Sí. En mis inicios tuve la necesidad de probar si eran reales las hipótesis de los gusanos astrales. Después de más de un mes llegando a estados de conciencia superiores salí de mi cuerpo físico, y más allá del cielo que nos acobia encontré la entrada a una nueva realidad —tragó saliva con algo de dificultad, no eran gratos recuerdos—, y me topé con ese asqueroso y ruin plano dimensional. El problema fue que al volver me traje a uno de esos...bichos. Temía dormir por las noches y sentía mucha cólera. Lo enfrentaba seguidamente utilizando mi magia, pero por más que pusiese escudos él logró entrar...

James continuó diciendo que la presencia de ese ser en un joven aprendiz había sido nefasta, pues estaba desprovisto de la experiencia suficiente como para poder ahuyentarlo, hasta que en la cima de la montaña encontró unas hermosas piedras transparentes de color violeta con un brillo casi iridiscente. Utilizando las tisrelitas alrededor suyo a modo de círculo comprobó que no sólo ahuyentaba a estos seres, sino que también cerraba de algún modo el portal que había quedado abierto, evitando que otras criaturas lo utilizaran con los mismos propósitos. El cuerpo humano era un templo que debía de ser cuidado no de manera superficial sino interior, para mantener intacta aquella energía que nos era otorgada por el universo al nacer. Nuestro plano dimensional mantenía material estelar primigenio en nuestra composición, lo cual nos hacía seres muy poderosos con armas naturales capaces de batallar en contra de formas de vida y deidades muy oscuras. Los hechiceros eran poderosos porque mantenían esencia de nuestro universo y partes de otros, de ahí la inmensa variedad que existía; algunos hechiceros sólo manejaban objetos o elementos, como el agua o el fuego mientras que otros como James, se habían preocupado por desarrollar lo mejor posible el abanico que le ofrecía su condición con el lema de hacer el bien y ayudar, en ausencia de beneficio alguno.

Dadas las altas temperaturas, James recomendó que salieran pasadas las cuatro de la tarde aproximadamente o apenas comenzara a bajar el sol,

sería riesgoso salir rápido, además serviría para proteger a los caballos que ya habían sufrido demasiado en el Bosque Diabólico durante la noche, por lo que se dedicaron primero a bañarlos y después a refrescarse ellos. Por suerte el agua estaba fresca, lo que calmó mucho a Ruppert, que no dejaba de molestarse por todo; Katie lo desnudó completamente y lo sentó en la orilla, bajo la sombra de un sauce llorón.

El viejo hechicero se sentó en una roca y se quedó en silencio con los ojos cerrados, meditando para aclarar la mente y recuperar energías, a las cuatro tisrelitas las había colocado alrededor suyo y por varios minutos éstas parecieron resplandecer desde el interior. Rootwing, Katie y Ruppert se quedaron sentados en el agua y Mell buscó un espacio para poder rezar. De casualidad vio unos peces grandes merodeando detrás de él, siguiendo unos restos de pan que se despedazaban poco a poco de uno de sus bolsillos del hábito cuando trataba de cruzar de orilla a orilla.

—¡Gracias por el regalo, Señor! —suspiró alegremente arrodillándose en el agua, ya sabía qué iban a almorzar.

Después del descanso cortaron unas ramas gruesas con las espadas e hicieron lanzas, para poder cazar varios peces que luego estaquearon junto a una fogata para empezar a dorarlos. Palos y ramas que habían estado recolectando sirvieron para encender un buen fuego. Esta vez Mell quiso dedicarse a preparar la comida, bañando los pescados con aceite y romero con una pequeña botella que había encontrado intacta en el carruaje. El resultado ya era delicioso por el aroma desprendido, pero en cuanto pudieron ponerle los dientes encima, fue mil veces mejor.

—¡Está espectacular! —le felicitó Katie—. He visto tu paso a paso, cuando volvamos a Hiwarddkloff haré lo mismo.

—Si la acompañáramos con un poco de vino no existiría igual —rió el sacerdote mientras se secaba la transpiración que bajaba en gotitas desde su nariz.

Acordaron seguir un camino que bordeaba gran parte del bosque, con muchos kilómetros de verde extensión casi con el curso del río, lo que les aseguraba que no iban a perderse y que no les faltaría el agua; en cierto momento fue inevitable pensar en Hiwarddkloff mientras permanecían allí apacibles, comiendo a la sombra de los árboles en el bosque Zétcaro. Era más que probable que la ciudad seguiría siendo atacada con periodicidad, mientras el mal cobraba más y más fuerzas.

Rootwing pensó en su casa y eso lo entristeció mucho al imaginar que el hogar que les había costado tanto sacrificio con Katie, pudiese estar casi o completamente destruido; no contaban con fuertes estructuras de madera como Mell con su iglesia, y tampoco contaban con poderosos sortilegios de

defensa y protección como James.

—Los dioses tienen consideración —les consoló el hechicero—, estamos haciendo algo realmente valioso, estamos arriesgando todo por Hiwarddkloff y por nuestros seres amados. Ah, recordé algo —metió la mano en uno de los bolsillos de su túnica y extrajo tres de las piedritas violetas. Ahora parecían más pulidas y hasta un poco más grandes. Entregó una a Katie, otra a Rootwing y una a Mell—. No las pierdan. Hace un rato las limpié y cargué, hasta tienen dentro un sortilegio. La tierra nos ha dado este regalo, cosa que no debemos desaprovechar.

—¿Sirve para seres demoníacos? —preguntó el sacerdote mirando la piedra a contraluz como esperando encontrar algo en su interior.

—No, Mell. Para eso contamos contigo. Pero las tisrelitas servirán para reforzar nuestros estados de ánimo, lo cual ayudará a que no quedemos influidos por las presencias diabólicas.

Mell besó la cruz que colgaba de su gordo cuello y le sonrió.

Después de comer se quedaron sentados un rato más junto a la fogata. Los caballos pastaban tranquilamente, y poco a poco un calor húmedo empezó a disiparse incluso por las frescas sombras. Un par de moscas aparecieron y no dejaron de molestar, volando de aquí para allá, posándose en una nariz, luego en una mano, después sobre las orejas, en la comisura de los labios y hasta en el cuello. Supusieron que era por el olor a pescado que empezaba a intensificarse, por eso decidieron enterrar los restos de hueso y menudencias en un pozo, el cual taparon con una roca. La comida estaba tan condimentada que el aroma se les había impregnado en los cabellos y en las ropas sin contar con el olor a humo que lo sentían hasta en las uñas, por eso se levantaron con pereza y caminaron al río. El entrar en contacto con el agua hizo que las moscas desaparecieran, cosa que de algún modo a James le inquietó un poco.

Mientras jugaba con su hijo y su esposo, algo captó la atención de Katie cuando miraba despreocupadamente: escondido casi entre arbustos y matorrales a muchos metros, unos brillos rojos que se movían. Inmediatamente se puso de pie y vio con más detalle. Estrujó sus faldas y le pidió a su esposo que se quedara con el niño, después salió del agua y escaló unas piedras redondas que al primer contacto le quemaron la mano dada la larga exposición al sol que estaban teniendo, subió un par de rocas más y llegó a la orilla arenosa, aún veía esos brillos rojos que fueron tornándose más redondeados y voluptuosos. Caminó con la mirada fija en las frutas cruzando entre gruesos troncos de árboles adentrándose más y más. Mell, James, Rootwing y Ruppert se oían lejanos.

—¡Manzanas!

Abrió los matorrales y allí estaba el manzano más vetusto y majestuoso, meciendo sus eléctricas ramas lentamente, mostrando sus frutos como si los estuviera ofreciendo amablemente. Katie tomó una entre sus manos, era realmente grande, tanto que casi no podía sostenerla entre los dedos. Estaba blanda, arenosa, se le hizo agua la boca y luego de apreciar aquel empalagoso aroma, le dio una mordida. Era muy dulce. Luego de la primera saboreada, se sentó en el suelo y decidió comerla sin apuros. A lo lejos una especie de grito agudo como un animal herido le llamó la atención.

Terminada la fruta decidió recolectar algunas para poder darles a los muchachos y para tener de reserva una vez que se hubieran marchado de Zétkaro, usando sus faldas como bolsa. Casi con seguridad el árbol tendría más de cien años, sus ramas eran realmente grandes, tan altas que Katie tenía que levantar la cabeza para tratar de ver la cima de su copa. Y el tronco agrisado y ancho mostraba los albores del tiempo, una dura y rasgada corteza de la que crecía un vivaz y fluorescente musgo.

De pronto las manzanas cayeron al suelo, sintió una fuerte punzada en el estómago y luego un dolor insoportable. Tuvo arcadas y vomitó, pero los restos que habían salido de su interior no eran de la fruta, sino de un líquido viscoso de color negro brillante que palpitaba. Katie cayó arrodillada y quedó con los ojos en blanco. Delante de ella no había un manzano, sino una horrible estructura de huesos, era como una especie de espoleta de dos partes que se unían en el extremo superior como una letra A. El olor era tan potente que las ganas de vomitar le vinieron a los pocos segundos. Cuando finalmente pudo tomar fuerzas entre ojos llorosos, Katie volvió a sentir aquel grito animal, pero ahora estaba multiplicado: A su alrededor corrían cerdos de todos los tamaños y colores, asustados, con los ojos reventados, con enormes hilos de sangre que se transformaban en gotas que se desparramaban por el suelo.

—¡ROOTWING! —exclamó con todas sus fuerzas.

Los gritos de los cerdos ya no eran agudos, sino que también se modulaban y se tornaban graves, estaban hablando, pronunciando unas palabras de manera repetitiva:

—¡Morte matrem!...¡Morte matrem!...¡Morte matrem!

Las arcadas volvían nuevamente y un frío recalcitrante la invadió. Katie gritó nuevamente. Los ojos le ardían, sentía sus propias lágrimas hervir, todo a su alrededor estaba nebuloso.

—¡Morte matrem!...¡Morte matrem!...¡Morte matrem!

Estaba mareada, trataba de tantear el suelo, pero cada vez que intentaba incorporarse, sentía cómo las pezuñas de los cerdos le lastimaban las manos mientras no dejaban de repetir esas palabras. Algunos le mordían el vientre, otros la espalda.

—¡Morte matrem!...¡Morte matrem!...¡Morte matrem!

Se le vino a la boca el sabor a la bebida que habían degustado un par de años atrás en la mansión de los padres de Marck Blurdgestone, recordó fugazmente a la gente con máscaras de animales...

—¡Morte matrem!...¡Morte matrem!...¡Morte matrem!

—¡Crenfaliuss! —pronunció James elevando su cetro en lo alto lanzando su hechizo protector.

—¡Numquam, Diabole! —gritó Mell con tanta fuerza que Katie creyó que se le reventarían los oídos.

A medida que les caía el agua bendita que el sacerdote esparcía sobre y alrededor de Katie, los cerdos empezaban a desmaterializarse y otros a sufrir graves cortes, expulsando la misma sustancia que la mujer había vomitado. Otro hechizo de James les hizo volar por los aires haciéndoles perder la forma porcina, quedando transformados en enormes masas de carne roja y rosada, que se retorcían mientras emitían enormes y profundos sonidos guturales.

Rootwing caía de rodillas con Ruppert en brazos mientras trataba de abrazar a su esposa.

—Legión... —dijo Mell temeroso de la palabra que había brotado de su boca. James quedó en silencio mirándole.

Alrededor yacían cuerpos de cerdos, carne y algunos simples esqueletos secos, y muchas moscas. Debajo de la estructura de huesos había aparecido una perrita negra de pelaje brillante que se lamentaba con aullidos, sentía dolor. Se encontraba recostada, queriendo una y otra vez ponerse de pie, pero no podía, tenía un hocico corto con una prominente dentadura que sobresalía hacia adelante por varios centímetros, tenía las pupilas hinchadas y el vientre inflado. Rootwing quiso tocarla con la mano y la perra dio otro grito y salió corriendo uno o dos metros hacia adelante. Sus patas cortas estaban manchadas de sangre, al igual que su vagina, que empezaba a dilatarse mientras el animal se lamentaba más y más.

—¡No puede ser posible!

Mell no daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo, estaba petrificado y no pudo evitar sentir un miedo que le hizo caer de rodillas y quedarse rezando con su crucifijo metálico en mano de forma automática. La perra había expulsado algo más grande que un cachorro, era un bebé humano que lloraba. Estaba totalmente ensangrentado, lleno de tierra, retorciendo sus manos y piernas sofocándose en aquella bolsa violácea en la que se encontraba.

—Seamos fuertes—exclamó James tratando de no observar el espantoso espectáculo de aquel niño que comenzaba a llorar, Rootwing pudo distinguir claramente el mismo llanto de la criatura que había intentado inútilmente salvar esa noche en el Bosque Diabólico—. Es sólo una mentira.

—Tú eres una mentira...—dijo una voz chillona como la de una niña, pero de una absoluta seriedad.

Resonó primero a la izquierda y después a la derecha

—...todos somos la gran mentira.

En el lugar del niño había una enorme mancha de sangre, la perra negra estaba muerta a unos metros con los ojos entreabiertos y la lengua hacia a un lado. Ruppert comenzó a llorar, un frío inminente y profundo recorrió cada uno de sus cuerpos y un gran mareo les hizo perder el equilibrio, Mell vomitó un líquido transparente amargo y Katie comenzó a las arcadas. Rootwing sintió un gran dolor en el pecho que le impedía respirar mientras que a James se le llenaron los ojos de lágrimas cuando un pinchazo le acertó en el medio de la frente.

—Ecléctico grupo, raro en verdad.

Una mujer aparecía cruzando los cielos flotando como un pájaro. Estaba descalza y llevaba un largo y harapiento vestido que antes había sido negro y que ahora era de un gris sucio. Descendió con lentitud ante la mirada de asombro y estupor, primero tocando el suelo con la punta de sus mugrientos dedos, y luego apoyando la planta de los pies. No medía más de un metro, y su largo pelo rubio se esparcía en todas direcciones: electrizado, enmarañado y pajoso.

— Hermoso bebé —dijo clavando la mirada en el inquieto niño que todavía estaba llorando. Katie se sentía fatal, y ver a aquella mujer le hizo dar arcadas.

—*Crenfaliuss!* —James había juntado todas sus fuerzas para pronunciar con cetro en alto su hechizo de protección. A los pocos segundos de

hacerse transparente la burbuja celeste metalizada todos se sintieron mejor, inclusive Ruppert dejó de llorar.

La anciana rió sorprendida.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Rootwing con la espada preparada. Jamás había visto un rostro tan demacrado, lastimado, lleno de profundas arrugas y manchas, aquella mujer podría tener más de cien años—. ¿Qué quieres? —volvió a preguntar con nerviosismo al ver que ésta amagaba con acercarse.

—Vengo a proponerles un trato —respondió ésta sin dejar de ver a Ruppert mientras se relamía mostrando una hilera inconclusa de dientes amarillos y roídos que parecían los colmillos de una bestia—, ya que su viaje será demasiado peligroso deberían tomar conciencia y dejar de ser egoístas, priorizar las cosas, como al niño —volvió a pasar la lengua sobre sus finos y chamuscados labios, pero esta vez dejando caer un hilo de saliva largo y gelatinoso que le descendió por el mentón hasta el cuello—. ¿Qué les parece si me lo entregan? Les prometo que nada le pasará, cuidaré de él con todo gusto—se acercó a Ruppert y le acarició el rostro, sus manos tenían dedos largos demasiado delgados con uñas grises. Ni Katie ni Rootwing pudieron moverse, fue como estar luchando contra una energía invisible, a James y a Mell les pasaba exactamente lo mismo —. Deberían de pensar las cosas —se alejó hacia la estructura de huesos y les observó detenidamente en silencio, posando sus pequeños ojos en cada uno, de arriba abajo, como si pudiese leer la mente o tratara de indagar en su interior. La fuerza invisible que los mantenía inmóviles era tan potente que pronto comenzaron a sentir un enorme cansancio, junto a un frío que nacía desde las extremidades y se desplazaba poco a poco hacia sus pulmones, haciendo difícil la tarea de respirar.

Habrían pasado aproximadamente unos dos o tres minutos que parecieron eternos cuando de repente la anciana, aún con los ojos fijos decidió tronar los dedos. Todos cayeron al suelo, el pequeño Ruppert golpeó contra el suelo terminando con un sangrado en la frente justo encima de la ceja derecha, aún así no lloraba.

—¿Quién eres? —James se ponía de pie y estaba a punto de contraatacar con un hechizo cuando la anciana le detuvo alzando uno de sus dedos.

—Tuve muchos nombres a lo largo de los años —respondió, luego se acercó a la perra muerta para poder acariciarle la cabeza, ésta instantáneamente comenzó a convulsionar.

—¡Di tu nombre, demonio! —exclamó Mell con odio y temor, sabía que aquella mujer era muy poderosa y que había en su interior una oscuridad

muy peligrosa.

La anciana arqueó las cejas y dio una seca carcajada.

—No soy un demonio, gordo asqueroso. Me llamo Ábinis.

Acarició por unos segundos más a la perra que continuaba convulsionando de una manera más violenta y luego se volteó para observar con sumo interés a Ruppert, que estaba resguardado entre los temblorosos brazos de su madre.

—Ya fueron advertidos —sentenció con una cara demencial.

Escupió a Mell en el rostro con odio y de una patada quedó flotando nuevamente en el aire, desmaterializándose casi de manera instantánea.

Ahora todo alrededor era silencio, James no abrió la boca por al menos un minuto, con la mirada perdida en el horizonte. Rootwing se le acercó lentamente y le puso una mano en el hombro, eso lo sacó instantáneamente de aquellos profundos pensamientos que lo tenían congelado.

—Ya ha pasado —dijo Rootwing tratando de mostrar una sonrisa que fuese lo suficientemente convincente.

—Sólo fue un susto —agregó Mell que se limpiaba el rostro con un pañuelo y al cual le agregaba unas gotas de agua bendita, aquel escupitajo le había dejado el rostro enrojecido, como si la anciana le hubiera arrojado alguna especie de sustancia venenosa—. No hay de qué preocuparnos.

—Sí, sí que lo hay —respondió finalmente James—. Se nos ha dado una advertencia, el mal ha enviado a Ábinis. Ella no es sólo una bruja, es “La bruja”, es una elegida por el demonio, es...una Lehnden.

Inmediatamente James contó con brevedad que la anciana tenía más años de los que cualquiera pudiera recordar, que era oriunda de una antigua Hiwarddkloff, que se trataba de la primera Lehnden de los siete elegidos por Satanás, y que había tenido que ver con “La Matanza de los Once”, ritual que había tenido que cumplir cuando obtuvo su oscuro nombramiento.

Capítulo 9

9

-LA MATANZA DE LOS ONCE-

El día ya comenzaba a tornarse insoportable, a pesar de ser las nueve de la mañana, el fuerte sol veraniego de enero tenía a todos molestos, por ello en Hiwarddkloff hacían sus compras matutinas de verduras, leches y carne cuando aparecían los primeros rayos del sol. Por aquel entonces la ciudad era un pequeño poblado que auguraba crecimiento, donde no existían familias pomposas, sino gente de frente sudorosa que día a día trabajaba duro para poder llevar el pan a la mesa, lo que significaba que tanto mamá como papá se esforzaban, hombro con hombro para poder dar una vida mejor a sus pequeños retoños.

La señora Regina Dervants se encargaba por entonces de cuidar a los hijos de familias que día tras día salían a las afueras de la ciudad para encargarse de buscar animales para la caza, que luego eran comercializados en diferentes cortes. Aquella mujer, de no más de cincuenta años era una querida y respetada ciudadana, que había enseñado a leer y escribir en perfecto español a más de la mitad de los pobladores, por lo que todos la tenían como una especie de maestra, que tenía tantos conocimientos como amor para compartir. De hecho, su característica más sobresaliente no eran las matemáticas ni las lecturas de cuentos, sino el gran aprecio que tenía de los niños hacia ella y de ella hacia los niños, quizá porque junto a su esposo Alfredo nunca habían podido tener hijos propios. Ella era un imán para los más pequeños, no existía niño alguno que al conocer a la señora Dervants no la quisiera, tenía una voz dulce y aflautada, la que usaba constantemente para cantar canciones que eran de su autoría. Sus manos eran las más suaves, con las uñas redondeadas, bien limadas, vestía siempre apropiadamente, aunque sentía una enorme predilección por las vestimentas análogas del amarillo, y siempre olía a rosas, pues amaba esa fragancia. Su casa tenía una frondosa entrada con rosas de todos los colores, que hechizaba a cualquiera que pasara a metros de su hogar. Era una impecable costurera, lo que le había dado muchas monedas a cambio, pues muchachas no solo de Hiwarddkloff sino también de la zona acudían a su casa desesperadamente para que les hiciera immaculados vestidos de novia, las cuales solía bordarles en la parte baja, escondida entre los pliegues de las telas, una pequeña bolsita de tul con unas semillas de lavanda, hojas secas de rosa y de cedrón, para que la pareja que contrajera matrimonio comenzara la nueva etapa con amor verdadero, sin problemas o falencias. Era una gran pastelera, por lo que cualquiera que fuese a visitarla, ya fuera por una consulta, terminaba al menos unos veinte minutos en su

comedor de pequeña mesa redonda comiendo rebanadas de pastel o de exquisito budín de pan.

Por eso y más las personas querían y confiaban en la señora Dervants.

Esa calurosa mañana, Regina caminaba por la calle principal con una enorme canasta de mimbre en la mano derecha y un sombrero anaranjado en la cabeza, las faldas de su vestido amarillo crema ondeaban pacíficamente sobre los rostros de los niños que iban en fila tomados de la mano detrás suyo, cantando animosamente una de las canciones que Regina les había inventado.

— ¡Uno, dos y tres, uno dos y tres, dijo el ciempiés, dijo el ciempiés, moviendo sus patitas al derecho y al revés! ¡Uno, dos y tres, uno dos y tres, dijo el ciempiés, dijo el ciempiés, moviendo sus patitas al derecho y al revés!

Eran tantos niños que tenía ese día a su cuidado, que no tenía lugar en su casa, y como hacía un clima tan hermoso no tuvo mejor idea que hacer una caminata que terminaría en un bello picnic en los terrenos altos, para tener una vista panorámica del poblado.

— ¡Uno, dos y tres, uno dos y tres, dijo el ciempiés, dijo el ciempiés, moviendo sus patitas al derecho y al revés!

Aquella era la primera vez que los niños se alejaban de sus casas, generalmente sus padres trabajaban tanto que el único momento de esparcimiento que compartían era estar cinco o diez minutos en el patio trasero de sus hogares (o al menos de los que tenían jardín), la mayoría de las veces estaban demasiado cansados y sólo comían y se acostaban temprano.

Se sentían como grandes exploradores, observando todo con ávidos ojos, tratando de aspirar lo más profundo aquel aire fresco y dulzón que emanaba de los pinos y eucaliptos, cada tanto la cadena humana se rompía cuando uno de ellos se quedaba boquiabierto señalando con su pequeño dedo índice a una borrosa y lejana figura blanquecina con ramas en la cabeza que se asomaba por entremedio de troncos y volvía a ocultarse.

— ¡Uno, dos y tres, que pierdo los pasitos y me voy a caer! ¡Que el ciempiés no pierda los zapatitos otra vez! —recitaba la mujer cada vez que pasaba algo similar para que los niños se tomaran las manos nuevamente.

Pero a pesar de eso, la excitación de los niños era tan grande que cuando llegaron al borde de aquel bosque, los niños se embelesaron no sólo con los ciervos blancos, sino también con los patos que atravesaron en fila por

el cielo, con una jabalí que corría con sus crías, o con las mariposas que revoloteaban de aquí para allá sobre las flores silvestres celeste eléctrico que se esparcían hasta donde alcanzaba la vista moviéndose en una gran ola al unísono cuando el viento las acariciaba.

—Hemos llegado —dijo Regina dejando finalmente la pesada canasta en el suelo, los niños instintivamente se tiraron en la hierba y tocaron algunas flores o miraron con detenimiento el movimiento de algunas orugas—. ¡Nuestra amada Hiwarddkloff de fondo! —señaló con una sonrisa y los pequeños observaron primero a su dedo y luego a la joven ciudad que estaba muchos metros más abajo; desde ahí se podía ver todo el poblado, incluso las construcciones que comenzaban a edificar sus pilares al ras de la tierra. Los ojos de los pequeños se mantuvieron fijos por un largo rato en todo aquel hermoso espectáculo, nunca habían imaginado que verían de esa manera el lugar en donde ellos vivían, y tampoco se habrían imaginado que las montañas de alrededor eran tan grandes y tan majestuosas—. Miren bien: ¿Alguien desde aquí puede identificar su casita?

Los niños al unísono comenzaron a levantar la voz para hacerse oír, diciendo que su hogar estaba a la izquierda o a la derecha, aunque dada la distancia era imposible saberlo, sólo la iglesia era visible a simple vista con la hermosa cúpula azulada que escupía miles de brillos gracias a los mosaicos miniatura de la que estaba forrada. Regina reía contenta, y los niños la imitaron.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los niños más grandes mirando hacia la entrada del bosque a sus espaldas.

—¿Ah? ¿A qué te refieres, Maurice?

—Eso —señaló con el brazo extendido manteniendo la mirada fija. Maurice tenía cinco años, era uno de los más grandes del grupo de aquella mañana—, es como una niñita.

—¿Niñita? —Regina no podía ver nada, por ello dio una palmadita en el hombro del niño—. Quizá sea un hada —respondió, tenía conocimiento de que ese enorme bosque era sinónimo de habladurías y malos presagios pero no se preocupaba porque era de día y estaban relativamente a una distancia prudencial, y porque pensaba que esas historias eran sólo para asustar a campesinos ignorantes. Tocó con disimulo uno de los extremos de la cruz de oro que tenía colgada del cuello.

—No, es una niña, y está sobre los árboles, se está acercando...

Regina largó una risa de nerviosismo y colocó al muchachito junto a sus compañeros, formando un círculo. Tomó la cesta y sacó de ella unos

pequeños cuadraditos anaranjados.

—Les tengo una pequeña sorpresa —dijo afinando su voz mientras los repartía cariñosamente.

—¡Bizcochuelo! —dijo una niña pecosa que llevaba unas asimétricas trenzas terminadas en nudo de cordón bordó.

—¡Es de naranja! —habló uno mientras intentaba tragar de un bocado el esponjoso manjar.

—Tiene coco —agregó otro —. ¡Con dulce de leche!

—Excelente, mis niños, es un gran bizcochuelo al que corté en pedacitos para que lo podamos compartir —Regina tomó asiento y sacó un pedacito, le dio un mordisco y volteó su cara al camino que serpenteaba entre el bosque—. ¡DIOS MIO, MAURICE!

Se levantó de inmediato dando tropezones, volteando por completo la cesta de mimbre, tirando los bocaditos de bizcochuelo y otros dulces que había preparado para esa mañana; a lo lejos, a unos veinte metros estaba el pequeño Maurice, caminando mientras se alejaba más y más por el bosque.

—¡NO, MAURICE! ¡QUÉDATE QUIETO!

Entre sollozos y lágrimas Regina movía sus piernas que ya le dolían; era como si el niño estuviera más y más lejos a pesar de que estaba detenido en medio del camino observándola con los ojos bien abiertos. Se esforzaba mucho, no quería que nada malo le pasara al pequeño, estaba tan concentrada en llegar a él que olvidó que tenía llorando a otros diez niños que la llamaban y comenzaban a gritarle algo que no podía comprender.

—¡Estoy llegando, Maurice, por favor no te muevas!

Pero Maurice no hizo caso, y luego de regalarle una pequeña sonrisa hizo seis pasos hacia atrás, sin dejar de mirarle fijamente. A lo lejos los niños continuaban llorando, agitando los brazos con fuerza y gritando esas palabras confusas. El muchacho se detuvo y dibujó con una ramita algo en el suelo, una extraña forma, una especie de triángulo; fue ahí cuando Regina se dio cuenta de lo mucho que se había internado en el camino, el aire a su alrededor ya no era fresco y dulce, sino húmedo y asfixiante.

Paró en seco y miró hacia atrás con gran agitación y los ojos llenos de lágrimas, ahora oía lo que los pequeños decían:

—¡Señora Dervants! ¡Señora Dervants, vuelva! ¡Maurice está aquí!

Entre la multitud de pequeños desesperados se encontraba Maurice, llorando y agitando los brazos para que regresara. ¿Qué estaba pasando?

Comenzó a correr para regresar, no iba a voltear por nada del mundo, el corazón le latía tan fuerte que le dolía, sabía que algo venía tras ella, oía claramente pesados pasos. Aunque pusiera todo el empeño del mundo, el camino quedaba en suspenso, como si corriera sobre una gran superficie pulida de mármol bañada en aceite, no existía forma alguna de que se acercara a los chicos que agitaban como locos los brazos como si así pudieran hacer que llegara a ellos más rápido.

Una piedra misteriosa en el camino hizo que se tropezara y cayera al suelo, rodando ensangrentada.

—¡Señora Dervants! ¡Señora, Dervants, no!

Los gritos de los niños enmudecieron de inmediato cuando algo negro arrastró violentamente a Regina entre los matorrales, profiriendo guturales gruñidos.

—No teman, pequeños, Regina está jugando.

Aquella voz chillona venía de una rama a unos cuantos metros sobre ellos, había una persona, la que había visto Maurice minutos antes, pero no era una niña, era una mujer que parecía que parecía sufrir alguna enfermedad del crecimiento por su baja estatura, llevaba un vestido negro con manchas secas, uñas largas y blanquecinas, y su pajoso pelo estaba sujeto por una extraña hebilla que parecía de hueso. Los niños se quedaron en silencio, era imposible que alguien pudiese estar sentado así, tan al borde de una rama tan fina sin evitar caerse.

Se colocaron en círculo, los más pequeños protegidos por Maurice y dos niños más.

—¡Muy bien, muy bien! Regina estará tan feliz cuando dejemos de jugar, que les dará a todos un dulce de ciruela —dijo mientras se dejaba caer y descendía como una pluma, lentamente; eso los dejó desconcertados.

— ¿Quién eres? —preguntó una niña de largo cabello rubio.

—Soy la tía Ábinis, y él es mi amiguito Orobas, pero... oh. ¿Dónde estás, Orobas? —teatralizó mirando hacia los lados con una enorme sonrisa—. ¿estás aquí? —buscó entre sus ropas pero sólo expulsó al menos unas doscientas burbujas de color rosado.

Los niños comenzaron a reír, pensando que se trataba de un juego.

—Orobas.... ¿me ayudan a llamarlo? —preguntó Álbiniis sonriendo tan exageradamente que uno de los pequeños se asustó por lo deforme de sus dientes y comenzó a llorar—. Si lo llamamos todos, podremos ir a buscar muy rápido a la señora Dervants. ¿Qué les parece? A la cuenta de tres gritamos su nombre, ¿sí?

—¡Sí! —gritaron los inocentes al unísono.

— Uno...., dos....,

—¡OROBAS!

Un relincho fue seguido por un bello caballo marrón oscuro casi negro que asomó su cabeza muy cerca de Álbiniis, la que no se sorprendió por verlo. Le besó el hocico y le hizo una especie de reverencia, como si se tratara de un rey, los niños rieron y varios hicieron lo mismo.

—Sabía que iba a agradarles, como a Regina, que estuvo jugando con él.

—¡Es un caballito de ojos azules! —dijo un pequeño con sorpresa.

—Oh, sí, Orobas es un caballito muy hermoso.

El caballo tenía el pelaje más brillante y los ojos más hermosos de un color azul acuoso profundo, pero aún se mantenía quieto, moviendo la enorme cabeza de aquí para allá como un gran títere, escudriñando a cada uno de los presentes y haciendo constantes relamidas a un ya húmedo hocico.

—Si gritamos nuevamente su nombre, bien fuerte, podremos sacarlo de esas plantas malas que lo tienen encarcelado. ¿Lo ayudamos?

Nuevamente los pequeñitos gritaron que sí, al unísono, y con mucha expectativa; nuevamente la bruja gritó la cuenta regresiva, acompañada por la mímica de sus huesudos dedos.

—Vamos, Orobas, sal a jugar con nuestros nuevos amiguitos....

Fue entonces cuando el animal se puso de pie, saliendo definitivamente de los matorrales: Tenía al menos dos metros de largo, no tenía patas con cascos sino unas garras largas de color oscuro, su torso era humanoide musculoso, y una enorme mancha de sangre goteaba por entre sus piernas y su enorme sexo. Dio un grito gutural y saltó sobre Maurice, a quien le arrancó la cabeza de un mordisco, con unos curvos y afilados

colmillos.

—¡A jugar, Orobas! —rió a carcajadas Álbis abalanzándose sobre un niño regordete. Empezaba a ahorcarlo, poniéndolo rojo mientras dejaba escapar sus últimos gritos hasta perder la conciencia, con los ojos blanquecinos, luchando inútilmente con sus pequeños bracitos que se agitaban agotando las últimas fuerzas—. Vamos a comer...

Horas más tarde fueron encontrados los cuerpos mutilados de los pequeños once niños que aquella mañana habían salido con a la señora Regina Dervants, algunos solamente eran una cabeza rasgada con algo de pelo y un líquido viscoso gris. Fue imposible reconocer los cuerpos, a excepción de Maurice, el cual lo tenía completo a excepción de su cabeza.

Los familiares de los niños culparon a Regina, alegando que era una maniática que se había vuelto loca y que se había desquitado con los niños. A pesar de haber hecho un amplio rastrillaje, no encontraron vestigios de ella, por lo que supusieron que había huido. Enfurecidos, fueron en masa acompañados por varios pobladores a su casa, donde destruyeron todo y donde terminaron enfrentándose con su anciano marido, a quien terminaron hiriendo de muerte, y al que luego prendieron fuego. Todo había sido una vorágine de gritos, sangre y locura.

Por órdenes del intendente de entonces, los implicados tuvieron que sufrir la muerte por horca como castigo.

Aquel horrible día sería recordado siempre como la Matanza de los Once; desde entonces también se conocería a esa enorme masa de naturaleza no como el Camino de las Sombras, sino como el Bosque Diabólico.

Capítulo 10

10

-LEVIATÁN-

—Entonces... —preguntaba Mell por vigésima vez.

Ya hacía más de dos horas que iban caminando junto al carruaje sin parar, a una marcha lenta, pues los caballos todavía estaban dolidos, cojeaban mucho y no querían que se dañaran más. Dentro de él, Katie abrazaba a su esposo y a Ruppert, que ya tenía un enorme chichón violeta en la cabeza. Zétcaro se veía lejano, pero aún así todos sentían la presencia de aquella maldita bruja Lehnden, y un miedo enorme les corroía los huesos.

—El nombramiento, según se cuenta, está ligado a una serie de acciones que van dando el paso a paso— respondió James, apoyándose por un lado con su cetro como bastón, y las riendas de uno de los caballos por el otro para amortiguar un poco el dolor que comenzaba a sentir en los dedos de los pies, estaba muy cansado, como si hubiera vuelto a tener uno de aquellos largos y agotadores enfrentamientos mágicos, como cuando era joven. Rootwing bajó los cristales del carruaje para escuchar—. En fin, resumiendo nuevamente: cada Lehnden seleccionado encuentra un libro.

—Un libro... —repitió el regordete sacerdote.

—Sí, un libro, de oro —afirmó el hechicero. Después del encuentro con Álbis, no le producía ningún placer hablar sobre aquel oscuro mundo, pero era un fiel convencido de que para saber a lo que uno se enfrentaba, tenía que conocerse bien cada detalle—. Tal libro es el que actuará como maestro guía, donde el Lehnden aprende cosas; ¡imagínate las perversidades que esconden sus páginas, Mell! Siempre que el nombramiento es realizado...ocurre una horrible desgracia.

El sacerdote no dijo nada y miró hacia el horizonte, el camino adelante ya comenzaba a desaparecer, volviéndose más agreste. Todavía le ardía el escupitajo que aquella bruja le había dado. De tanto en tanto se pasaba una compresa humedecida que llevaba en uno de los bolsillos.

—...Entiendo —respondió luego de un largo rato, tragó saliva y miró al interior del carruaje, la cabeza de Rootwing estaba perdida en el camino, con los ojos enrojecidos, absorto en profundos pensamientos; era lógico, lo mucho que habían experimentado en tan poco tiempo era demasiado fuerte para ser digerido, hasta él mismo dudaba, o quería creer que todo

eso era parte de un mal sueño o de una alucinación colectiva. Por un fugaz momento pensó en su iglesia, y en cómo le hubiera gustado estar tomando una buena taza de té o café. Miró de reojo a James que no borraba de su rostro una mala cara y en vez de darle palabras de ánimo se quedó en silencio y se puso a rezar en latín de manera automática y repetitiva, de tanto en tanto giraba entre sus dedos la tisrelita, su textura lisa le calmaba.

Ya habrían pasado las cinco de la tarde, y aunque el calor había mermado bastante, el sol se mantenía firme en el horizonte, con unos tintes anaranjados presagiando que en poco tiempo se ocultaría. De pronto el carruaje se detuvo y Rootwing y Katie que habían permanecido dormidos despertaron de sobresalto. La joven madre abrió la puerta del carruaje y descendió con una enorme sonrisa en sus labios, frente a ellos una extensa playa de arena y bambúes que crecían a alturas exorbitantes, y más adelante se abrían kilómetros y kilómetros de agua que oleaban con tranquilidad. Una gran brisa fresca le dio en la cara agitando sus cabellos. Se puso a gritar de alegría y corrió con su esposo hacia la orilla para poder tirarse un rato en la arena y así poder refrescarse. A los pocos minutos ya estaban dándose un baño. James y Mell en cambio, se encargaron de quitar las riendas a los pobres caballos, que en señal de agradecimiento dieron un leve relincho al unísono.

— ¿Qué es lo que haremos ahora? —quiso saber Mell cuando estuvieron refrescando sus hinchados pies en el agua fresca.

—No podemos continuar por tierra —respondió el hechicero mirando hacia el horizonte, por más que se esforzara no podía vislumbrar la tierra, aquel río era uno de los más anchos que había visto en su vida—. Sería demasiado riesgoso y tardaríamos más.

—¿Entonces? —preguntó Rootwing ayudando a Ruppert que trataba de ponerse de pie mientras balbuceaba en respuesta a lo que su madre le decía con ternura.

—Creo que es obvio —le respondió James mirándole fijamente.

—No entiendo —Intervino Mell.

—Tenemos que cruzar el agua —contestó Rootwing antes que el anciano.

—Exacto —el hechicero se ponía de pie con ayuda de su cetro mágico.

—¿Eso es posible?

—Claro que sí, Katie, claro que sí. Deberíamos comenzar a hacer una balsa con este regalo bendito — extendió su cetro hacia una de las matas de aquellas gruesas cañas—. Se ven lo suficientemente fuertes y nos

ayudarán a cruzar a la otra orilla. En dos o tres horas podremos pisar tierra nuevamente.

—No tenemos lianas, y por lo que veo tampoco hay aquí —volvió a interrumpir Mell con desanimo.

El anciano no dijo nada, sólo se alejó con pasos acelerados hacia el carruaje y regresó a los pocos minutos con unas telas de color blanco entre los brazos.

—Tenemos estas sábanas.

—¡Esas son mis sábanas! —gritó el regordete poniéndose de pie y quitándoselas de la mano.

—Con retazos de las sábanas serán más que suficiente para atar las cañas; no existe otra forma, Mell, no contamos con otros materiales.

—Esa no es la razón —contestó ofuscado el sacerdote elevando la voz, y por un instante Rootwing y Katie volvieron a percibir aquella horrible energía que hacía que aquellos dos se repelieran constantemente—. No destruiré las sábanas de mi iglesia.

—¿Esa es tu respuesta? ¿negarte a ayudarnos?

—Ni siquiera has cortado las cañas, James —el sacerdote trataba de no explotar en una rabieta pero le estaba costando mucho, ya sus puños cerrados estaban poniéndose rojos.

—Está bien —aceptó el anciano—, pero antes quiero preguntarte algo: ¿de qué pueden servirte las sábanas en este viaje? Sabes bien que tenemos que dejar el carruaje y también los caballos. ¿O piensas hacerlos nadar hacia el otro lado?

Mell se quedó sin palabras, no quería pensar en lo que le había dicho James, no quería que lo contradijeran.

—Es un regalo de mi amigo Robbert Seghers.

—¡Por favor, Mell, no seas iluso! ¡los amigos comparten momentos juntos, no andan obsequiándose sábanas!

—¡Sólo lo dices porque no lo quieres como tampoco él a ti! —gritó Mell enfurecido.

—¡No es por eso! —respondió el anciano de igual forma—. Ese Robbert Seghers no se quiere ni a sí mismo, ¡Y DE TODAS FORMAS, LAS

MALDITAS SÁBANAS NO TE SERVIRÁN!

—¡Tómalas, entonces! —le contestó Mell lanzándole las sabanas en la cara.

Luego de aquel fugaz chispazo James y Rootwing se encargaron de seleccionar las cañas más anchas y rectas, dando machetazos derrumbaron varias, aunque les llevó más tiempo del que habían pensado porque las cañas eran duras. Katie por su parte se encargó de trozar las amadas sábanas. Mell, como un niño regañado se quedó a unos metros de distancia sentado en el suelo observándolo todo y luego se levantó para poder dar el último adiós a sus amados caballos, a los que acarició con vehemencia y hasta les hizo una bendición para que no corrieran peligro, prometiendo que rezaría por ellos para que encontraran un mejor porvenir.